

## Corresponsales Internacionales

Fernando Burgos (Estados Unidos)  
Lauro Zavala (México)  
Julio Escoto (Honduras)  
Pedro Crenes Castro (España)

## Director

Enrique Jaramillo Levi  
henryjaramillolevi@gmail.com

## Diseño Gráfico y Diagramación

Sección de Diseño Gráfico-UTP

## Diseño y dibujo de portada e ilustraciones

Técnica: pintura digital  
Enrique Jaramillo Barnes  
jaramillo\_e@yahoo.com

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA  
IMPRESA  
DICOMES/UTP

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

## EDITORIAL

### NOVÍSIMAS CUENTISTAS DE PANAMÁ

**Trece** 4  
*Johana D. Sinclair Calvo*

**Alina** 9  
*Stefanie Nieto*

**Emprendedores** 11  
*Gabriela Toro Da Silva*

**La pasajera** 13  
*Cleopatra J. Campbell Pitty*

**La vereda maldita** 15  
*Mirna González*

**Magia** 17  
*Aura Sibila Benjamín M.*

**Atrapada** 18  
*Claudia Escobar Casillas*

**La eterna pesadilla** 20  
*Irasema Herrera*

**Casa grande** 22  
*Magda De Icaza*

**Silencio** 24  
*Aileen B. Brown Solís*

**En un santiamén** 26  
*Melissa Melina Sánchez S.*

**Los remedios de Miss Harrington** 28  
*Eyra Harbar*

**La lectora** 31  
*Gloriela Carles Lombana*

**Lucio** 31  
*Arabelle Jaramillo*

### MISCELÁNEA

Siete poemas de Héctor Aquiles González 36

Sergio Ramírez: la sencillez y la grandeza en la literatura 39  
*Joaquín González J.*

Tres poemas 41  
*Gloriela Carles Lombardo*

Cuatro escritores de Querétaro, México: Araceli Ardón; Rodolfo Loyola Vera; Cony Pedraza; Miguel Aguilar Carrillo 43-57

Cuentista internacional invitada "Una profesión como cualquier otra" Ana María Shua (Argentina) 58

Los tejidos del universo en los personajes de Pretextos para contarte, de Danae Brugiati Boussounis (ensayo) Fernando Burgos Pérez 61

Tres Poemas 67  
*Julia Aguilera*

Otras dos cuentistas panameñas:

El Susurro del Pez "Pretextos para contarte" Olga de Obaldía 70

Misteriosa Panamá 73  
*María Laura De Piano*

### TALLER

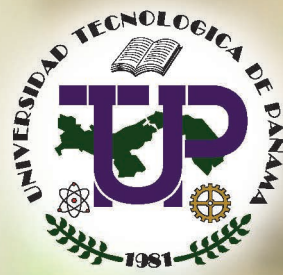
*Gilza Córdoba* 76  
*Lucía Kusial Singh* 78  
*Indira Morales* 82  
*Brígida Tobón* 84  
*Jennifer Betancourt* 85

### RESEÑAS

Los Bartlebys de Vila-Matas 87  
*Carolina Fonseca*

NOTICIAS CULTURALES DE LA UTP 89

# Números Anteriores de la revista



# maga

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA



# Editorial

---

“Maga, revista panameña de cultura” esforzadamente llega a su número 82. En sintonía con el auge que está teniendo el cuento en nuestro país, de lo cual tantísimos no-lectores no se han dado cuenta ni les importa, en esta página privilegiamos ejemplos destacados de escritura creativa en ese fascinante género, tanto de autores de recia trayectoria como de nuevas voces. Y dentro de esta tónica general, ofrecemos singulares cuentos de mujeres que ya destacan o que empiezan a darse a conocer con entusiasmo y talento, fenómeno este que empieza a marcar un nuevo derrotero a nuestras letras. Escritoras de ficción breve, unas más conocidas que otras, comprometidas con su necesidad de contar historias significativas, pero la mayoría ignoradas todavía. De ahí que en este número de “Maga”, así como en un extenso libro que saldrá a fin de año –Puesta en escena. Compilación de cuentistas panameñas (2005-2018)--, se busque visibilizarlas, apreciar sus méritos literarios y humanos, darles su merecido lugar en el ámbito de la cultura escritural.

Así, autoras como Olga de Obaldía, que ya llevan años escribiendo, ponen de relieve su particular sensibilidad y fuerza narrativa, al igual que María Laura De Piano y Lucía Kusial Sing aunque sean menos conocidas. Y más recientemente, novísimas creadoras de ficción que empiezan a publicar en libros colectivos, tales como: Aileen B. Brown, Melissa Melinna Sánchez Salazar, Aura Sibila Benjamín, Johana D. Sinclair Calvo, Stefanie Nieto, Mirna González, Claudia Escobar Casillas, Gabriela Toro da Silva,

Cleopatra J. Campbel P., Irasema Herrera y Magda de Icaza, Arabelle Jaramilo; y otras dos que publican su primer libro de cuentos en 2018: Eyra Harbar y Gloriela Carles Lombardo.

De igual manera, hemos querido destacar la cuentística de la internacionalmente conocida escritora argentina Ana María Shua y dar a conocer a cuatro talentosos escritores de Querétaro (México): Araceli Ardón, Rodolfo Loyola Vera, Cony Pedraza y Miguel Aguilar Carrillo. Y en el terreno ensayístico, poner de relieve el trabajo analítico del crítico chileno Fernando Burgos Pérez (Universidad de Memphis, Tennessee) acerca de la cuentística de Danae Brugiati Boussounis. Y un artículo de Joaquín González acerca del *Premio Cervantes* otorgado este año al destacado escritor nicaragüense Sergio Ramírez.

Además, como es usual en “Maga” desde hace muchos años, aparecen las secciones “*Taller*”, con autores de talento que han publicado poco o lo hacen por primera vez; “*Reseñas*”, con un texto de la escritora Carolina Fonseca (venezolana residente en Panamá) sobre una obra del español Enrique Vilá-Matas; así como “*Noticias Culturales de la UTP*”.

Deseamos entusiastas lecturas a quienes una vez más apuestan por la creatividad literaria a través de “**Maga, revista panameña de cultura**”, publicación bianual de la Universidad Tecnológica de Panamá.

E.J.L.  
Abril de 2018

## TRECE

Johana D. Sinclair Calvo



Desde muy chica escuché hablar del temible número trece, según muchos, el número de la mala suerte. El martes trece, el viernes trece, y hasta veía como en los edificios altos eliminaban el piso trece, por temor a que pudiera pasar algo malo. El número trece, quien diría que ese número tendría un significado tan importante en mi vida.

Mi madre, Paulina, se casó muy joven con mi padre. Pocos fueron los meses de felicidad, pues luego de que mi padre se enterara que yo venía en camino a este mundo, comenzó a serle infiel a mi madre. Ella siempre me culpó por las cosas que le hacía mi padre, me decía: “si no me hubiera embarazado de ti, estoy segura que tu padre seguiría a mi lado, y no hubiera tenido la necesidad de irse con la zorra esa”. Siempre me sentí culpable, pensaba que todas las cosas malas que pasaban en mi casa eran por mi causa.

Fue un 13 de junio del año 2001, cuando llegué a este mundo con aquella inocencia que tienen todos los bebés. A diferencia de las demás habitaciones de aquella sala de maternidad, en ese frío hospital de paredes blancas y puertas

grises, puertas que eran adornadas con detalles que denotaban la alegría de la llegada de cada bebé, mi habitación estaba vacía y su puerta no tenía nada. En los pasillos del hospital, se escuchaban los murmullos de las personas felices que celebraban el nacimiento de su nuevo miembro de la familia. Pero en mi habitación, había un silencio tan ensordecedor, que estoy segura que las personas pensaban que no había nadie.

Mi madre era recepcionista de una multinacional que vendía bloques, tenía un salario cómodo y con lo que le daba mi padre por mi pensión, se suponía que debíamos vivir bien. Y digo que “se suponía” porque su vicio por los juegos de azar, la lotería y en especial el bingo que hacían en el club de la lotería los miércoles en la noche, acababan rápidamente con el dinero que entraba a nuestra pequeña familia de dos.

Tengo que darle las gracias a mis abuelitos por parte de mamá, si ellos no hubieran pagado la colegiatura de mi escuela y el salario de mi nana Josefina, estoy segura que hubiera sido analfabeta, o peor aún, hubiera muerto de desnutrición o cualquier otra enfermedad, porque mi madre ni siquiera se preocupaba si comía, dormía o si tenía mis vacunas al día. Josefina no era una figura materna, pero por lo menos se encarga de hacer su trabajo y me cuida bien hasta que mi madre la echó de la casa. Ojalá no lo hubiera hecho, ella me hubiera salvado de muchas cosas, pero Josefina era una mujer hermosa, una morena de ojos café, cabellos rizados negros hasta la cintura y caderas contorneadas que llamaban la atención de cualquier hombre que pasara a su lado. Esto para mi madre era peligroso, y no necesitaba esto en su casa. En aquel entonces yo tenía doce años, así que ya tenía edad suficiente para cuidarme yo sola.

En uno de esos días en los que mi madre salió a jugar al casino, no recuerdo si era jueves, viernes o sábado, o a lo mejor era domingo,

la verdad da igual, conoció a Benjamín. Un hombre de mediana edad, canoso y con una mirada un poco perdida, como si no estuviera en este planeta. Benjamín era un adulator que con palabras bonitas podía llevarse a la cama a la mujer que quisiera. Por alguna razón, no sé bien cual era, quiso tener una relación seria con mi madre. La verdad no entiendo por qué, si ella a su corta edad de 35 años y la vida de de vicios, cigarrillos y alcohol, que llevaba, se veía casi como mi abuelita. Y no es que quiera ofenderla o hablar mal de ella porque nunca me quiso, pero estaba muy desgastada por la mala vida que llevaba.

No voy a olvidar el día que mi madre me dijo que Benjamín iba a vivir con nosotras, y que por eso Josefina se tenía que ir. La verdad, no entendí nada de lo que estaba pasando, pero luego de sentarme a pensar y pensar en las noticias que había acabo de recibir, comprendí que Josefina podía ser causal de que a mi madre la volvieran a dejar por otra mujer.

Llegó el día y Benjamín llegó a vivir en nuestra casa. Mamá comenzó a llamar todos los días en las tardes, pero no para saber como yo estaba. Ella llamaba para darme las indicaciones de cómo tenía que cocinar. Me decía que tenía que comer, fregar y dejara todo listo para que cuando ellos llegaran pudieran estar solos, sin ningún estorbo. Yo me tenía que encerrar en mi habitación a penas ellos llegaban, para que no sintieran mi presencia mientras estaban en la sala, comedor, cocina, lavandería, baño de visitas, patio o su propia recámara. Cuando las risotadas, gemidos y risitas terminaban, yo sabía que ya estaba todo despejado.

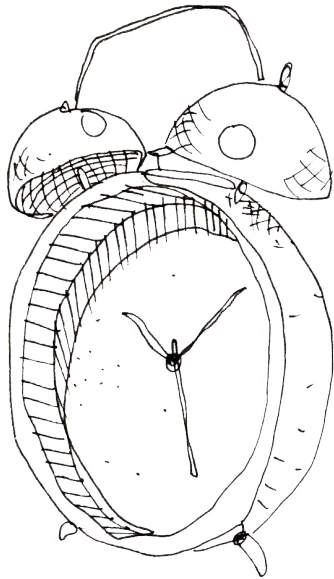
La verdad es que él nunca me dio muy buena espina, yo sabía que en aquellos viajes extraños de negocios él estaba con otras mujeres. Pero mi madre le creía, y eso no era problema mío. Además, mientras ella estuviera feliz con él, no había insultos, ni reproches de lo desdichada que era su vida porque yo había nacido.

Y así pasaron los tres primeros meses, sin

novedad alguna. Yo extrañaba a Josefina, pero a pesar de todo estaba tranquila. Por lo general, antes de Benjamín, mi madre llegaba tomada en las madrugadas a golpearme o gritarme alguna barbaridad relacionada a lo infeliz que era por mi culpa. Ahora las cosas habían cambiado; ella llegaba a tener sexo con ese hombre, o a seguir tomando hasta quedarse dormida a su lado, y a mí ni me miraba. Eso era lo mejor de todo, y de verdad le agradecía a ese hombre por llegar a su vida.

Pero como mi vida estuvo maldita desde el día en que nació, era claro que mi tranquilidad no iba a durar mucho. Benjamín salió de vacaciones, y lo peor es que fue justo cuando yo salía de vacaciones de medio año de la escuela. Mi madre me ordenó no solamente cocinarle, sino también atenderlo en todo lo que él necesitara. El hombre era un patán, me gritaba, me amenazaba con echarme de mi casa cuando no le gustaba algo que cocinaba, o cuando decía que su ropa quedaba mal lavada. Y hasta llegó a golpearme, porque su pollo estaba muy caliente y se había quemado la lengua. Pero esto no fue lo peor en aquel momento. Lo peor fue cuando se lo conté a mi madre y ésta me dijo “bien hecho, nadie te mandó a servirle la comida tan caliente. Te lo merecías.” Yo sabía que no contaba con ella, pero tampoco pensé que a tal punto.

Era un miércoles en la tarde, lo recuerdo claramente por que por fin me habían dado permiso de salir en la noche al cine con mis compañeras de la escuela. Era la primera vez que iba a salir de casa y estaba muy entusiasmada, siempre había querido ir al famoso “miércoles de medio precio”. Estaba en mi cuarto, doblando la ropa y escogiendo que ponerme cuando escuché que Benjamín salía de su recámara y caminaba a la cocina. Escuché un estruendo, como cuando un vaso cae al piso y se quiebra en pedazos. Sabía que si no iba de inmediato me golpearía, y lo haría tan fuerte que me dejaría marcada y no podría salir



a ningún lado. Así que corrí a la cocina, corrí para limpiar el desastre que él había hecho. Cuando llegué, él no estaba allí, pero desde el comedor escuché una voz que me gritó, es tu culpa, recógelo. Al estar arrodillada recogiendo los vidrios rotos, sentí como Benjamín se paraba frente a mí. Me tomó por sorpresa al agarrarme por el cabello. Levantó mi cabeza hasta posarla en su entrepierna, yo cerré los ojos por el dolor que me provocó, pero cuando abrí los ojos pude ver que él estaba desnudo y que su miembro estaba frente a mi cara. Recuerdo sus palabras, con una voz de victoria me decían “quiero que te lo metas a la boca, o te mato”. Yo estaba muy asustada, y con lágrimas en los ojos abrí mi boca y el introdujo su miembro poco a poco en ella. Luego me gritó “ahora, chúpalo”. Yo no sabía que estaba pasando, solo sentía una rara sensación en mi boca y mucho dolor en mi cabeza por los tirones que le daba a mi cabello. No podía parar de llorar. Tampoco podía respirar bien porque se me tapó la nariz de tanto llorar y el aire no entraba por mi boca. Fueron los minutos más largos de mi vida, hasta que de repente escuché un pequeño gemido que él soltó. Luego de esto, solo puedo recordar estar en el baño escupiendo un líquido blanco y enjuagándome la boca. Esto lo hice

por una hora y aún así, no me podía quitar ese sabor tan desagradable.

Esa noche salí con mis amigas, pero no podía borrar el recuerdo de aquel episodio de la tarde. No quería regresar a mi casa, así que llamé a mi papá para pasar la noche con él. Él me dijo que no, que había acabado de nacer mi hermano, y que necesitaba paz y tranquilidad en su casa. Llamé a mis abuelos, pero nadie contestó. No sabía qué hacer, estaba desesperada y quería huir, pero no tenía a donde.

Regresé a mi casa lo más tarde que pude, pero al abrir la puerta los vi en la sala. Allí estaban los dos tirados en el sillón, tomando ron y con el volumen de la música en su máximo nivel. Benjamín me miró con ojos de satisfacción, mi madre ni se inmuto, y yo pasé callada hasta mi cuarto. Nadie se iba a enterar de lo que había pasado esa noche.

Los siguientes días fueron muy duros. Yo no quería salir de mi habitación por temor a que él me hiciera algo, o a que se volviera a repetir aquella escena. Pero la vida tenía que continuar, y yo tenía que seguir atendiendo al señor. Pasó una semana luego del incidente, y de verdad pensé que todo quedaría allí porque él no me miraba y prácticamente me ignoraba. Era como estar sola en la casa.

Faltaban dos días para mi cumpleaños, y yo la verdad no estaba nada entusiasmada por celebrarlo. Todos los años era igual, mi madre no se acordaba, y si lo hacía me reclamaba sobre mi nacimiento, o maldecía ese día. La verdad, prefería que no se acordara. Mi padre se acordaba, pero de él solo recibía una llamada. Creo que eran tres llamadas las que recibía de su parte al año, en navidad, año nuevo y mi cumpleaños.

Era miércoles, lo recuerdo bien; estaba en la cocina haciéndole el almuerzo al señor de la casa, cuando de repente sentí que él se paró detrás de mí. Yo estaba frente a la estufa, y con mucho cuidado a penas moví la cabeza para ver la figura de Benjamín, acercando su

cara cada vez más a mí. Cuando lo tuve tan cerca que pude sentir su cuerpo pegado al mío, me susurró “este año tu regalo de cumpleaños será inolvidable, ya lo verás”. Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo, una sensación extraña recorrió mi estómago hasta mi vientre y mis manos sudaron frío. Estaba aterrada, tenía mucho miedo. Él se alejó de mí, yo apagué la estufa y corrí a encerrarme en mi cuarto.

Después de mucho pensar, decidí que debía decirle a mi madre lo que estaba pasando, ella de seguro lo iba a echar de la casa. No era posible que una madre fuera tan despiadada con su propia hija. Pero como siempre, una vez más mis ilusiones de que mi madre me defendería fueron más fuertes que la razón. Luego de contarle lo que Benjamín me había hecho, y decirle lo que me había susurrado al oído, ella me miró fijamente y me dijo: “te dije que lo tienes que complacer en todo, así que sin lagrimitas. Si te pide tener sexo, lo haces. Si te pide sexo anal, lo haces. Si te pide la cena, se la preparas.” Y con eso me pidió que saliera de su habitación, y que no la molestara más con estupideces.

A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y dejé todo listo: el desayuno de ambos, el almuerzo de él sobre el mostrador de la cocina y de la cena ya vería como me las ingeniaría para preparársela

Ese jueves 12 de junio pasó sin novedad. Él se levantó, se arregló y salió de la casa. Regresó con mi madre a eso de las once de la noche, ambos ebrios, por supuesto. Yo estaba escuchando música en mi habitación cuando escuché que entraron en la de ellos. “Perfecto” pensé. Ya se van a dormir esos pendejos.

Salí de la habitación para usar el baño y regresé para acostarme, pero olvidé algo muy importante: poner el seguro a la puerta. Apagué las luces y me dormí.

Recuerdo que todo estaba oscuro, y que el susurro de un “feliz cumpleaños” me despertó. Él estaba sobre mí. Ya me había despojado de mis pantalones del pijama y con la parte de arriba había inmovilizado mis manos. Estaba bajando mis pantis en ese momento. Yo intenté gritar, decir algo, pero ningún sonido salía de mi boca. No podía ver nada, solo sentí cuando aquel hombre tan asqueroso me forzó a abrir mis piernas e introdujo su miembro en mí. Sentía mucho dolor y asco. No podía creer lo que estaba pasando. El



solamente sabía decirme que este era un cumpleaños que yo jamás iba a olvidar, y por cierto, tenía toda la razón.

La puerta de la habitación se abrió y la luz se encendió de repente. Era mi madre. Él le gritó que apagara la luz y cerrara la puerta, y ella así lo hizo. Él terminó de hacer con mi cuerpo lo que había querido. Yo solo tomé la sábana, y me envolví a llorar en una esquina. El salió del cuarto, y se dirigió donde estaba ella. Entonces, fue cuando escuché un ruido muy fuerte y un grito. No me atrevía a salir del cuarto. Volví a escuchar el mismo ruido dos, tres, cuatro, o cinco veces más. La verdad perdí la cuenta.

Cuando todo se calmó, me puse nuevamente mis pijamas y me atreví a abrir la puerta, caminé por el pasillo y vi a mi madre sentada en el piso de la sala fumándose un cigarrillo. A un lado de ella estaba el cuerpo de Benjamín tirado en el piso y un charco de sangre que brotaba de su cabeza. Del otro lado, tenía la única cosa que mi padre había dejado en la casa. Un bate de beisbol. Mi madre, por primera vez en la vida, me había defendido.

La miré fijamente, sorprendida y asustada. Ella me miró y me dijo:

- “Ves, siempre es tu culpa todo.”

Me quedé allí parada, mirándola. Ella terminó su cigarrillo, se levantó, se paró al lado mío y me dijo:

- “Limpia este desastre.”

Ella caminó hacia su recámara, escuché que entró en su baño y abrió la regadera.

En aquel momento no supe que hacer, pero mi intuición me llevó a arrastrar el cuerpo de Benjamín hasta el patio trasero. Lo cubrí con un pedazo de lona que encontré en el depósito. Luego, entré a la casa y limpié lo mejor que pude toda la sala. No recuerdo bien por qué, pero tomé el teléfono y llamé a la única persona que siempre había estado allí para mí, mi nana Josefina. En poco menos de una hora, ella estaba allí con su hermano, quien para suerte mía era un hombre del bajo mundo que había cometido

ya varias fechorías. Josefina me indicó que me encerrara en mi recámara, mientras ella se encargaba del desastre que había ocasionado mi madre.

Eran las 6:00 a.m., cuando ella abrió la puerta de mi cuarto y con un fuerte abrazo me dijo: “mi niña, tienes que salir de este lugar.” Yo asentí con la cabeza, metí mis pertenencias en una maleta, y me fui con ella.

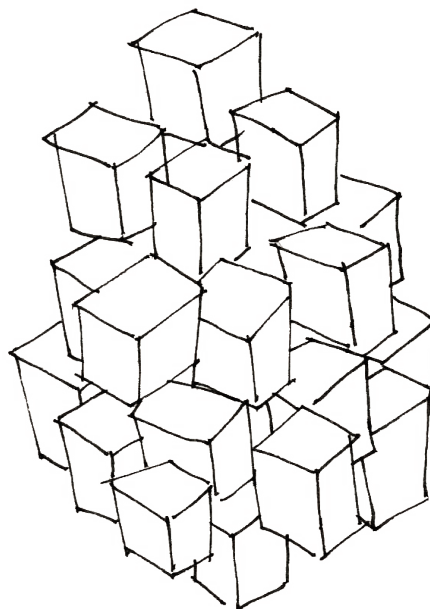
Ese día no celebré mi cumpleaños, y nadie se acordó de él tampoco. Aquel viernes 13 del año 2014 fue una fecha memorable.

De mi madre no supe más nada, y ella tampoco se inmutó en buscarme. He tratado de seguir con mi vida, pero no dejo de tener esos deseos despiadados de buscarla y matarla. Quizás algún día tenga el tiempo de buscarla y logre encontrarla, quizás.

---

**Johana D. Sinclair Calvo.** Nació en la ciudad de Panamá el 11 de agosto de 1982. Traductora de profesión, de los idiomas Español e Inglés. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2017. Forma parte del libro colectivo **Doce por tres** (2014).

---





## ALINA

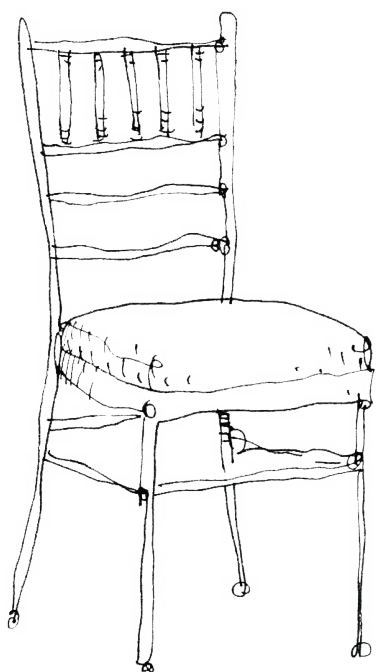
Stefanie Nieto



Siempre andaba de un lao pa otro nunca me quedaba quieta desde pelaitapa aquí pa allá por eso mi abuela me puso patita e perro ¡Ay mi abuela! Coño esa vieja si sufrió conmigo pero es que ella pretendía que yo fuera normal con la tanda de drogas que consumió mi mamá durante el embarazo creo que bastante bien resulté pa lo que se esperaban. Y mi papá, quién sabe quién será el hijueputa ese, mi mamá según ella no sabía quién era. Mi abuela y yo siempre sospechamos del yeyesito ese que llegaba de vez en cuando en un carro bien lujoso. Mi mamá se subía al carro, ahí se quedaban encerrados por un buen rato con el carro prendido y mi abuela me metía mi *cocorrón* para que dejara de vidajenear por la ventana. Al rato mi mamá salía como si nada y se ponía a gritarle a las vecinas vidajenas su poco de palabras sucias. El tipo medio que bajaba la ventana y me saludaba de reojose iba junto con el desfile de carros como que lo cuidaban lo escoltaban yo no sé la verdad, digo, obvio se metían en pleno San Miguel de seguro taban cagaos de miedo. No sabía que

hacía mi mamá en ese carro tanto tiempo pero lo que sé es que regresaba bien contentita. A mí al principio me preocupaba pero después me fue gustando la cosa porque de una nos íbamos pa la central a comprar ropa y lo que yo quisiera, por eso digo que ese ensacao era como mi papa pues. Pero ahora que una ta grande se pone a pensar, yo era tesa, mi mamá se estaba prostituyendo ahí al frente de la casa y yo como si nada pa que fuera a comprarme mi combinación pa pifearle a mis amiguitas del barrio! Mansa dementa, tenía como ocho años que yo iba a saber, pero esa inocencia me duró poco. Y esta estúpida entonces, no pretende deja de mirame. No te voy a responder ni mierda maldita idiota yo no necesito ninguna prueba psicológica ni nada. Pero xuxa me puso a pensar de mi niñez con su poco de preguntas. Vamos a ver quien se cansa primero blanquita payasa oíste. Tu puedes seguir hablando todo lo que te de la gana, si hay algo que te enseña la calle es a no decir ni una palabra, primero que te maten antes de hablar. Ah no te vas a callar, ahora quieres venir dizque a preguntarme de mi trabajo. Perate siéntate y anota ahí: Alina Solís puta, drogadicta y delincuente como su mamá. Si mira déjame contate cuando me comencé a prostituir a los trece años después que mi abuela se murió porque le cayó una bala perdida ahí sentada en el balcón. Nadie puede entender por todo lo que hemos pasado las que estamos aquí, ver tirada a tu abuela ahí en el piso con la sangre tiñiendo tus más grandes miedos, mientras mi mamá no podía ni bajar las escaleras después de los huecazos que se había metido donde el vecino. Si claro déjame contate toda mi vida, porque la verdad es que este sistema es tan confiable que lo que mas me preocupa es que los *klinex* esos me den roncha cuando me seque las lágrimas. No llores Alina, ya toda esa mierda se quedó en el pasado y es justamente lo que quiere la linda licenciada Muñoz. Quebrarte. En el barrio cuando te dicen que te van a quebrar es que te van a matar, aquí es que te van a destrozar

por dentro, que al final es lo mismo. Dejarte como una cucaracha, pero si ya somos cucarachas, encerradas sin poder salir, sin poder hacer nada. Y sigue la hijueputa preguntando mierdas, yo creo que ésta disfruta cada vez que sale una de nosotras llorando, debe llegar a su casa feliz. ¡Ja! Hice llorar a una maldita delincuente. ¿Qué tas anotando payasa? Esa es una de las cosas que no le enseñan a la gente blanca. A leer las miradas. En el barrio tu sabes clarito cuando alguien te va a pela. Na más con mirarlo a los ojos ves el demonio de frente, se te paran los pelos y ahí es donde todos, hasta el más incrédulo, empieza a rezar rogando que el diablo elija a otro desdichado. Al final, la muerte dirá que diferencia tiene llevase a uno o a otro, todos nacimos arrastrando la miseria, la pobreza, la desgracia y vienen ahora, cuando ya no hay nada que hacer, a danos charlas de superación personal que la sociedad que u que a. ¡Dale de aquí! La igualdad no existe o ¿es que tu tuviste que dejarte coger por un sidoso pa podé come a los quince años o a esa edad tabas bailando tu vals en una gran fiesta? ¿Qué tas anotando, que toy loca? ¿Qué se me aguaron los ojos? Que



haga lo que le de la gana, lo que escriba esa payasa en su carpeta fina me tiene sin cuidado. Mírale la pluma, seguramente esa mierda vale más que mi propia vida. Tengo un nudo en la garganta coño que rabia, mi mamá era bien bonita, que desgracia. En el barrio decían que podía ser señorita Panamá pero que va, la droga te va consumiendo. La mala vida. Al final no supe si se murió de Sida o la droga le secó los órganos como lo hizo primero con sus sueños. Al principio le reclamé que hubiera muerto, no la entendía, la odiaba. Sabía que me estaba dejando sola y no hizo nada para cambiar, se dejó morir. Fueron pocos años los que logré conocerla, mi mamá, la verdadera Susy, de la que todos hablaban en el barrio. Una de piel morena, que brillaba como si no se bañara con jabón de perro. Piernas largas y gruesas, unas nalgas redondas y respingás y una cintura pequeña que delataba el hambre que pasaba. Sus pechos rellenos y redondos que dibujaban el perfecto escote para los que pagaban por poseerla. Su cutis era de seda, ojos almendrados y color miel, nariz de come mierda y unos labios carnosos que enmarcaban una sonrisa, digna de las mejores pastas de diente, aunque la verdad es que nos cepillábamos con sal, si es que había. Tenía una de esas bellezas exóticas, de esas que no pasan desapercibidas. Que huevo, a algunas mujeres del barrio lo de ser bonita las salvan, se encuentran a un man rico que las saca de la miseria. Pero a mi mamá la jodió. Se metió con la gente equivocada desde los doce años. Yo nací cuando tenía catorce y mi abuela como pudo me crió. Planchaba en varias casas de familia. Recuerdo sus manos torcidas, su mirada cansada. Me repetía: nunca saldremos de este hueco al menos que tú seas diferente Alina. Puta madre no aguanto el llanto, defraudé a mi viejita, mírame a donde estoy, yo espero que ella no pueda ver esto porque debe estar sufriendo, aún muerta. Esa vieja qué no hizo pa sacarme adelante, pero cuando le tocó morir se murió parte de mí junto a ella. Maldita

muerte, cientos de delincuentes, lacra de la sociedad como dicen los letrados y viene a llevarse a mi abuela que era un pan de Dios. Su desgracia fue caer ahí en ese barrio, pero ¿pa onde más iba a ir? Le tocó meterse en ese cuartito de mala muerte y tratar de echa palante con su hija. Madre soltera. Yo digo que ya uno viene fichado a este fucking mundo. Los fines de semana agarraba un poco de la platita que había recolectado para hacer codito con tuna, sao y eso, pa vender en el barrio. Siguió planchando hasta el día de su muerte, si ella no se hubiese muerto estoy segura que jamás me hubiese dejado descarrilarme, ya había aprendido la lección con mi mamá. Ah mira que bien, ahora viene este policía asqueroso a seguir con el interrogatorio. Se me salieron unas lagrimas pero de odio oíste maldito asno. De asco. ¿Sabes cuántos policías me jodieron cuando dormía en las calles cuatro años atrás? ¿Qué hace una niña tan bonita durmiendo aquí? Me preguntaron la primera vez y les creí, me subí a la patrulla confiada que me iban a llevar a un refugio y esa noche terminaron de matarme. Chiquilla pendeja tenía catorce años, huérfana de madre y de abuela, porque la palabra papá es un lujo cuando naces marginado. No es lo mismo prostituirte con cuanto asqueroso que a que te violen. No, no es lo mismo. Desde esa noche, con cada penetración, el demonio se apoderó de mi cuerpo. Uno a uno me ultrajó a su antojo, cerré mis ojos y perdí la cuenta de cuántos uniformados eran. Jamás sabrán la verdad. Aquí nos vamos a quedar toda la noche, ustedes hablando y yo mirándolos. Los veré perder la paciencia, buscar cada una de sus técnicas para hacerme hablar. Veré al demonio apoderarse de sus ojos, por la ira, la impotencia de que una maldita lacra no les dé ningún detalle. No puedo evitar reírme a carcajadas. Ahora sí que van a pensar que estas loca Alina. No saben como disfruto verle los rostros de desconcierto. Me encantaría preguntarles qué se siente ser ignorados. Que nadie te escuche. Que nadie te

mire. Quizá no puedo parar de reír al pensar que están experimentando un poquito lo que he sentido mi vida entera. Ahora que me pongo a pensar, ¿Habrán encontrado el pene o solo el cuerpo?

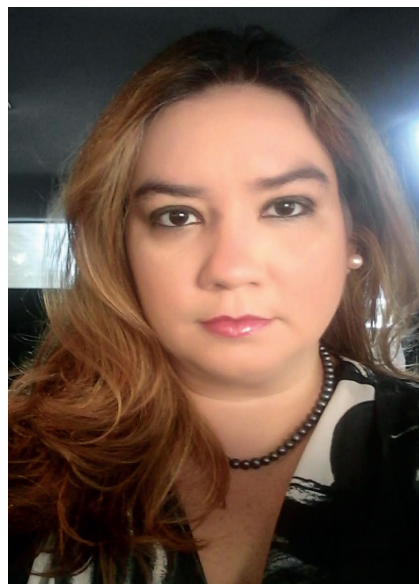
---

**Stefanie Nieto.** *Nació el 19 de mayo de 1983 en la ciudad de Panamá. Licenciatura en Publicidad y Mercadeo con énfasis en Producción Digital, por la Universidad Latina de Panamá. Estudios en actuación y creación de personajes, producción y guión de televisión en el Centro Cultural San Martín, Buenos Aires, Argentina. Certificación en Coaching en el International Coaching Institute, Panamá. En 2017 egresa del Diplomado en Creación Literaria de la UTP. Forma parte del libro colectivo **Doce por tres** (2018).*

---

## EMPRENDEDORES

Gabriela Toro Da Silva



Sin trabajo, sin dinero, sin marido. Lo único que tengo es la pensión que quincenalmente me da el papá de mis hijos. Todos los meses me tengo que montar en un patrulla como si fuera delincuente para ir a reclamar mi cheque

porque si no es así, él no cumple. Y para colmo no alcanza; cada vez que siquiera le insinuó que la suba, me amenaza con bajarla.

Pero, ¿qué quiere él que yo haga con doscientos cincuenta dólares al mes y cuatro comearroces? ¿Acaso le doy comida a dos un día y al otro día solo comerán los otros dos?

Cuando la trabajadora social me recomendó junto a la terapeuta de familia que dejara a mi marido por el exceso de violencia doméstica en que vivíamos, sabía que iba a ser difícil. Es muy complicado criarlos sola aunque no es que él ayudara cuando estábamos juntos tampoco. Si al menos pudiera pagar una niñera, eso me permitiría ir a trabajar y así ganar algo más, pero la manta no arropa tanto y aquí hace mucho frío.

Este mes decidí hacer empanadas y dulces para vender. Mordí cien dólares de la quincena para poder jugar esta apuesta. Me compré una hielera grande para meter la venta ahí dentro, los ingredientes y un par de moldes para hacer que los dulces quedaran con formas bonitas.

Uno me agarra la mano, al otro le pido que atravesase sus deditos en el chicote trasero de mi pantalón y apriete bien duro, el bebé lo llevo cargado y el grande ayuda a llevar la hielera tupida en empanadas de maíz con relleno de pollo, y los dulcecitos de chocolate que saben a gloria. Salimos del apartamento los cinco emprendedores, emocionados por nuestro nuevo negocio que pudiera hacernos salir de este ahogo.

Como siempre, los elevadores estaban dañados, y debido a que llevo casi un año de no pagar el mantenimiento, no tengo cara para reclamarle al administrador que los tiene que arreglar. Así que abrimos la puerta de las escaleras para bajar diecinueve pisos, pues no quedaba de otra.

Siempre me dijo mi mamá que eso de apostar no es buena idea. En el primer escalón que bajo, mi chancleta, que ya mis hijos me habían dicho que debía cambiar por su

desgastada apariencia, se rompió provocando que me cayera. Los empujé a todos en la caída, tratando de hacerles el menor daño posible. Logré empujar al grande mientras yo caía para que no perdiera el equilibrio encima de los otros, me convertí en un bollo humano poniendo a los tres pequeños casi que adentro de mi cuerpo: entre mi vientre, mis senos y mis piernas. Rodé escaleras abajo. La hielera se abrió, las empanadas volaron por un lado y los dulces por el otro para luego caer trágicamente en los escalones. Encima de las empanadas y dulces quedamos todos aplastándonos.

Los tres pequeños a punto de llorar por la pérdida se quedaron encima de mí viéndome a los ojos esperando mi estallido de furia, mientras el grande corrió hacia mi para ayudarme a reincorporarme.

Ahora, tengo cien dólares menos, me quedé sin chancletas, pero en vez de llorar los exhorté a desahogarnos riéndonos a carcajadas sin parar por unos diez minutos. Porque, ¿qué más podíamos hacer?

---

**Gabriela Toro Da Silva.** *Nació en la Ciudad de Panamá el 5 de enero de 1977. Egresada de la Universidad Latina de Panamá, con Licenciatura en Mercadeo y Publicidad con énfasis en Gerencia de Ventas, en 2007. Cuenta con más de quince años de experiencia en el campo de la gerencia de ventas y servicio al cliente. Ha cursado un taller de cuento en el INAC, así como el Diplomado en Creación Literaria de la UTP en 2017. Forma parte del libro colectivo **Doce por tres** (2018).*

---



## LA PASAJERA

Cleopatra J. Campbell Pitty



Me sentía agotado por las casi once horas de trabajo que llevaba ese día y me dije que la próxima sería mi última carrera, total yo soy dueño del taxi y a la única que tengo que llevarle la cuenta es a mi esposa, que es la administradora de nuestros bienes, porque en la práctica ha demostrado que en sus manos el dinero alcanza y hasta sobra para darnos algunos gustos.

Ya eran las 10:28 de la noche, así que por precaución no aceptaba carreras para zonas peligrosas de la ciudad; bajé por Avenida de La Paz y en la entrada del Edificio Siglo XXI vi a una joven vestida con jeans y camisa roja que sacaba la mano en señal de que necesita mi servicio, me detuve, le hice la pregunta de rigor y ella respondió que iba para la urbanización Chanis, le dije que eran seis dólares incluyendo el recargo por la hora, movió la cabeza en señal de aprobación y subió al taxi.

Por lo general no me gusta mucho entablar pláticas con los clientes y menos a esas horas de la noche cuando lo que más me interesa es llegar a casa, quitarme los zapatos, tomarme una taza de té, entregarle el dinero del día a

Yadira y ponerme al tanto de todo lo que pasó durante mi ausencia, pero cuando miré por el retrovisor algo en el rostro de aquella joven que me llamó la atención, así que le pregunté:

-¿Usted se siente bien? Disculpe, pero es que parece preocupada.

Me miró fijamente, sonrió con dulzura y me dijo:

-Sí, lo que pasa es que estoy pensando en mi mamá, mi papá y mi hermano que deben estar muy preocupados porque aún no he llegado a casa.

-Tranquila joven, no se preocupe, le prometo que pronto llegamos.

Sin dirigirme la mirada comentó:

- Hace bastante frío esta noche, espero que no llueva fuerte como ayer.

-Estamos en pleno febrero linda, ayer no llovió. Tal vez lo soñaste.

Volvió a sonreír y susurró con voz apenada:

- Sí, seguro lo soñé.

En el transcurso del viaje la miré por el retrovisor un par de veces, ella observaba por la ventana y tenía una leve sonrisa en su rostro que me indicaba que ya estaba más serena. Efectivamente, en menos de quince minutos llegamos a la Avenida quinta de Chanis, detrás de la Farmacia Metro y la chica me indicó que la dejara en la segunda casa a la derecha, cuando detuve el auto ella me dijo que tenía que ir a buscar el dinero en su casa, yo le pedí que por favor no demorara y confiadamente me puse a darle una ojeada al periódico del día que no había logrado terminar de leer.

Un sonido extraño que me recordó a una canción de niños me sacó de mi ensimismamiento, miré el reloj, ya habían pasado veinte minutos, me sentí algo confundido, porque me parecía imposible que hubiera transcurrido tanto tiempo, si no había alcanzado a leer casi nada del periódico, pero la idea de haber sido timado por una chiquilla que bien podía ser una de mis hijas, me hizo bajar del carro con mi bate de béisbol en la mano y

dirigirme hacia aquella casa. Una brisa helada me sobrecogió y aceleré el paso.

Entré a la terraza, toqué la puerta con fuerza, dije buenas noches a todo pulmón y antes de que volviera a tocar una señora un poco mayor que yo entreabrió la puerta de madera, en su rostro hallé mucho parecido con la jovencita que me debía los seis dólares. La mujer sin abrir la puerta de hierro me dijo:

-Buenas noches, señor, ¿qué necesita, por qué toca de esa manera a esta hora?

-Buenas noche, señora, hace casi media hora traje a una joven hasta aquí, ella me pidió que la esperara porque venía a buscar el dinero a esta casa y en vista de que no regresó, pues aquí estoy, así que le agradeceré que la llame o que me pague el dinero de la carrera.

El rostro de la señora se deshizo en una mueca de espanto y dolor, se agarró al marco de la puerta de madera y gritó: -¡Irving!

En segundos apareció un hombre joven, de unos 30 años preguntándole a la mujer que qué pasaba y ella visiblemente afectada le respondió:

-Otra vez, hijo, otra vez lo mismo, ya no sé qué más hacer, siento que no puedo con esto, es demasiado para mí. Por favor busca dinero para pagarle al señor, mira que no es justo que el pobre este perdiendo más su tiempo.

-Tranquila, mamá, yo me encargo, por favor ve a la recámara, recuéstate a descansar que yo iré a acompañarte en un rato.

Yo miraba la escena y venían a mi mente tantas posibilidades, pues en cada familia hay un loco y al parecer a mí me había tocado lidiar con la loca de esa casa.

Cuando el hombre regresó con el dinero, abrió ampliamente la puerta de madera, me entregó veinte dólares, me pregunto si con eso me bastaba, yo asentí y él me hizo un gesto para que mirara dentro de la casa, allí en la sala estaba una foto enorme con el rostro de mi última pasajera, debajo había una mesa con velas encendidas, una Biblia abierta y una

flores que se veían frescas, quedé petrificado porque obviamente ese era un altar de los que la gente del campo suele poner para rezarle a sus muertos, y balbuceé: -¿Pero cómo así?

Irving abrió la puerta de hierro y me pidió que pasara, yo hice un gesto de negación principalmente porque no lograba hacer que mis piernas se movieran.

El comenzó a contarme la historia, la de la foto era su hermana menor, se llamaba Luisa y había muerto hace cinco años, el día de su muerte ella se había quedado hasta tarde haciendo una tarea de la universidad en la casa de una compañera que vivía en el Edificio Siglo XXI por la Avenida de La Paz, la amiga dijo que la acompañó a tomar un taxi, pero no volvieron a saber de ella hasta seis días después, cuando en las noticias vieron que unos pescadores artesanales de Boca La Caja habían encontrado un cuerpo de mujer irreconocible que llevaba puesto un jean y los restos de una blusa roja.

La autopsia arrojó que la chica había muerto de manera instantánea debido a un salvaje golpe en la parte trasera de su cabeza, pero a pesar de los esfuerzos que hicieron ellos y las autoridades, nunca lograron esclarecer las causas de la muerte o atrapar a los responsables.

La pequeña familia se vino abajo, la madre comenzó a tener ataques de pánico, a los pocos meses el papá se fue de la casa argumentando que no podía lidiar con su propio dolor y menos con los episodios de histeria de su esposa. Irving, que estaba a punto de irse al extranjero a estudiar una maestría, decidió quedarse para cuidar a su madre y no se arrepentía porque la agonía aumentó el día en que se cumplió el primer aniversario de la muerte de Luisa, ya que cerca de las once de la noche un conductor de taxi iracundo llamó a la puerta de su casa reclamando el dinero que Luisa no había pagado.

Según me contó, yo había sido el único que entabló una conversación con ella, mientras secaba sus lágrimas, me agradeció

por contarle los detalles de la plática que tuve con su hermana, sobre todo por mencionarle que la vi con una expresión de tranquilidad. Ya más calmado me mencionó que esperaba que después de esto Luisa por fin lograra descansar en paz.

Desde aquel día no he vuelto a ser el mismo. Comencé a encontrarme con personas que me pedían ayuda y que tenían ese mismo no sé qué que me llevó a iniciar aquella conversación con Luisa. A estas alturas tengo que esforzarme mucho para diferenciar entre una persona viva y un alma en pena, porque lucen tan parecidas, traté de conseguir ayuda de todo tipo pero nadie pudo aliviarme; la situación llegó a volverse tan insoportable que intenté suicidarme dos veces, sin éxito.

Si no fuera por el amor de Yadira, creo que hubiera enloquecido por completo, fue por ella que lo busqué, no sé exactamente quién le dijo que esta sería una buena opción, pero confío, doctor Freud, que siendo usted el psicoanalista más renombrado que ha existido, pueda ayudarme a comprender mejor la locura en que se ha convertido mi vida.

---

**Cleopatra J. Campbell Pitty.** *Nació el 5 de octubre de 1976, en la ciudad de Panamá. Licenciada en Administración de Empresas con énfasis en Recursos Humanos en la Universidad de La Paz y tomó un Diplomado en Alta Gerencia en la Universidad Tecnológica de Panamá. Actualmente trabaja en la Autoridad del Canal de Panamá. En 2017 participa en la versión número 15 del Diplomado de Creación Literaria de la UTP. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres** (2018).*

---



## LA VEREDA MALDITA

Mirna González



Iba caminando por una vereda oscura rumbo a casa, miré el reloj, marcaba las 11:00 de la noche. La pertinaz lluvia había humedecido todo mi cuerpo, el silencio era tan abrumador que parecía como si la tierra se hubiera tragado en un instante todo el bullicio ensordecedor de aquel barrio. De pronto escuché un perturbador ruido entre los matorrales que me erizó la piel; no quise averiguar qué era, por lo que comencé a correr con la respiración entrecortada y el miedo carcomiendo mis sentidos.

Hacía seis meses que me había mudado a aquel inmundo barrio. Aunque estaba lejos del centro de la ciudad, tuve que hacerlo, pues me quedaba cerca de mi nuevo trabajo y era un ahorro tremendo, tanto de tiempo como de dinero. Recién me había graduado de la Universidad y estaba emocionada por mi nuevo trabajo. “Esa área es peligrosa, tienes que cuidarte, no camines sola a altas horas de la noche”, me habían advertido mis amigos más cercanos y hasta algunos familiares, quienes habían escuchado algunas noticias sobre el lugar en los periódicos.

Vivía en unos cuartos de alquiler bastante cómodos, propiedad de un señor de avanzada edad, largos bigotes y mirada languidecida por

la pérdida de su única hija en un trágico hecho del cual ninguno de los inquilinos de aquel vecindario quería hablar. “Fue horroroso”, señalaban desviando siempre la conversación. Sentía mucha intriga por saber qué había pasado, sin embargo las largas jornadas laborales me habían hecho perder el hilo de aquella historia, sin imaginar que ese dejadez me tenía viviendo esta eterna pesadilla que hoy me asfixia y me persigue cada día en cada rincón con asqueroso frenesí, demoliendo mi sano juicio.

Sin embargo, ahora me encontraba corriendo casi sin fuerzas por la sombría y húmeda vereda, muerta de frío, cuando repentinamente, desde una loma repleta de matorrales, cae sobre mí un tipo de piel negra y baja estatura. Solo llevaba puesto un pantalón y su rostro cubierto con el suéter, dejando apenas entrever sus ojos sin sombra, casi inertes. No logré avizorarlo a tiempo y ahora lo tenía encima tratando de neutralizarme. Me tapaba la boca para que no gritara, mientras yo intentaba a toda costa zafarme. Le di una fuerte patada en sus genitales, logré que me soltara y cuando me disponía a correr con todas mis fuerzas sin parar, otro tipo mucho más alto y flaco, con el rostro también cubierto, me frenó de golpe. Empecé a temblar, el miedo me paralizó, no podía hablar, ni siquiera llorar.

El tipo de enfrente me tomo fuertemente y me aventó a los matorrales, caí golpeándome la cabeza. Se trepó encima de mí, tenía un cuchillo en su mano derecha.

-Si te mueves te mataré, perra, así que es mejor que cooperes -me dijo mientras rasgaba mi camisa con el cuchillo. El más pequeño, ya repuesto del golpe que le propiné, me aventó dos patadas en el costado sin piedad. Me quedé sin aire, mientras el otro le dijo ya déjala e introducía con brutalidad su duro miembro que raspaba mi vagina. Les supliqué que me dejaran ir, pero las cachetadas iban y venían mientras se turnaban para satisfacer sus ansias.

Estaba casi inconsciente, cuando a lo lejos

logré escuchar el sonido de una sirena, no logré diferenciar si era una patrulla o una ambulancia; los dos tipos salieron despavoridos. Traté casi a rastras de llegar hasta la orilla de la carretera para pedir ayuda, tenía mi cara y mi entrepierna ensangrentadas.

Estuve casi una semana en el hospital. En mi último día de estadía, el viejo del alquiler, para mi sorpresa, llegó a verme. Era la última persona que imaginé que fuera a visitarme.

-Me alegra que estés bien, jovencita, gracias a Dios estás viva. Hace dos años mi hija fue violada también en otra vereda que está antes de la parada, al sujeto lo condenaron a quince años de prisión, ella nunca pudo superarlo y terminó por suicidarse meses después, luego de enterarse que tenía SIDA. Rompió en llanto y guardó silencio por unos minutos, yo permanecí atónita y conmovida al ver su fragilidad.

El viejo con su mirada perdida en el suelo, respiró hondo y prosiguió: “Un tiempo atrás me enteré que ese maldito bastardo que le desgració la vida de mi hija se escapó de la cárcel hace cuatro meses, esa bestia no merece vivir”.

Sentí en ese momento como si un puñal atravesara mi garganta. Me arranqué con violencia las agujas de la muñeca, grité, tiré todo lo que había a mi alrededor ante la mirada estupefacta del viejo. Tres enfermeras irrumpieron en la sala, dos me sujetaron con fuerza mientras otra me clavaba un calmante que me fue desvaneciendo hasta cerrar por completo mis ojos.

---

**Mirna González.** Nació el 6 de agosto de 1987, en Santiago de Veraguas. Licenciada en Periodismo por la Universidad de Panamá. Laboró en el diario Panamá América, en el El Siglo y en La Estrella. Egresada del Diplomado de Periodismo Electoral de la Universidad de Las Américas (2014) y del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá (2017). Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres** (2018).

---



## MAGIA

Aura Sibila Benjamín Miranda



Recuerdo cuando palpé la rica humedad granulada a mi alrededor. Se percibía una temperatura agradable, un calorcito nivelado que me hacía sentir totalmente relajada. La sensación era de cobijo, alegría y pertenencia. Entendí que por fin había llegado a mi elemento y, debido a la sutileza de los fluidos que me acariciaban y a la grata abundancia que me nutría, pude presagiar que pronto sería originada una transformación en mi existencia.

Súbitamente, tras una noche de llovizna menuda y silenciosa, advertí que un rayito de luz tornasolada rozó ligeramente mi redondez a través de la greda, y mi cuerpecillo, que hasta ese momento había permanecido impenetrable, ya no pudo contenerme y estallé. Fue algo espontáneo e inevitable. De mí brotaba algo que no había conocido hasta ese momento y por un breve espacio de tiempo me asusté creyendo que mi vida había terminado. Estaba rota y algo pequeño y delicado, pero vigoroso, había surgido de mi interior.

Traté de acomodarme, pues la existencia del pimpollo reclamó que me fijara con firmeza al sustrato y en ese afán advertí que, de mi otra

orilla, la que se enfilaba hacia lo más compacto del mundo que me rodeaba, salían también unos pequeños y frágiles filamentos que empezaron a absorber la humedad que me envolvía. No sabía con certeza lo que me pasaba. Estaba atemorizada. Era testigo de mi propia desarticulación y, en medio de mi aparente deterioro, no tuve más remedio que confiar en que mi instinto interior me guiaría. Empecé a analizar todo sintiendo cada parte de mi ser, revisando uno a uno mis componentes, y concluí que me encontraba bien, incluso fortalecida. Nuevas energías me impulsaban a seguir creciendo. Así continué por un par de días hasta que un amanecer fresco, lleno de delicados aromas, me sorprendió al verme fuera de lo que hasta entonces había sido mi único hogar, la tierra. Ahora estaba en otro elemento, el aire. Me sentí insegura, pero él me mimó tan tiernamente que me estiré aún más para conmovirme en su suave espíritu.

Apenas hubo luz, un sinfín de seres de diversas formas, tamaños y colores me saludaron. Todos bailaban con las caricias del viento. Algunos trinaban hermosas melodías. Otros se posaban delicadamente en mis láminas verdes. Otros caminaban por la tierra, cada uno haciendo lo que correspondía. Todo era impresionante y la algarabía era placentera y vivaz.

Ha pasado algún tiempo y mientras disfruto del paso de los días y las noches, percibo que algo nuevo está naciendo entre mis tallos y mis hojas. Mis vecinas las veraneras me han dicho que son capullos. Las mariposas me han confiado que cuando mis pétalos estén vistosos, me visitarán para narrarme cuentos de otros jardines mientras se alimentan con mi néctar. Es hermoso. Estoy rodeada de hacendosas mariquitas y libélulas que vuelan a mi alrededor con sus delicadas alas transparentes. Bailo al son del viento cuando veo las nubes, y el sol y la lluvia que me brindan su ternura todo el tiempo. Las aves siguen dejando caer pequeñas semillas sobre la tierra, que se convertirán en otras plantas y flores.

Ahora comprendo, yo era una semilla y todo

eso por lo que pasé no es más que la magia de la naturaleza. Mañana seré flor y abriré mis pétalos para que de mí se enamoren las mariposas.

---

**Aura Sibila Benjamín Miranda.** Ciudad de Panamá, 26 de abril de 1970. Egresada de la Universidad de Panamá, como Licenciada en Diseño Gráfico en 2006. Maestría en Dirección de Negocios con especialización en Mercadeo Estratégico en la UTP en 2015. Asiste al Programa de Formación de Escritores del INAC, donde toma talleres de Cuento y Poesía. En 2017 asistió a la XV versión del Diplomado en Creación Literaria de la UTP. Cursa el Profesorado en Educación Media Diversificada en la Universidad de Panamá. Forma parte del libro colectivo de cuentos *Doce por tres* (2018).

---

## ATRAPADA

Claudia Escobar Casillas



José yace sobre su cama pensando cómo llegó ahí, todo le resulta muy confuso. Sólo recuerda haber despertado en el hospital, no sabe bien qué tiene, pero es grave. Su cuerpo no responde, por lo que todos le tratan como si no pudiese escuchar. Como nadie le habla directamente sobre su enfermedad, se ha hecho

una idea, hilando las conversaciones que se dan dentro de su habitación. No puede moverse, ni hablar, pero escucha y comprende todo. Siente su mente lúcida, pero no se puede expresar. Es un cliché eso de estar atrapado en su propio cuerpo, pero hoy esa frase tiene más sentido que nunca.

Todas las mañanas llega una enfermera y me toma la temperatura, la presión y quién sabe qué más. Revisan la bolsa de venoclisis, me ponen una linterna en los ojos y se me quedan viendo como si fuese un maniquí.

-¿Cómo está, señor Pérez? -me preguntan.

-¿Cómo quieres que esté pendeja? Soy un vegetal. En realidad, estoy peor porque los vegetales no se enteran de lo que les pasa; no tienen consciencia ¿o sí?

Hago un esfuerzo para ver si a través de mi mirada puedo comunicarme, pero es en vano. En mi mente les estoy pelando los ojos, subiendo las cejas, parpadeando, pero nada, no se dan por enterados. Esta situación me tiene la mar de cabreado. No tengo miedo a morir, ya he vivido lo suficiente, por mí que desconecten las máquinas. Apagamos la luz y se acabó esta vaina. Sin embargo, temo por el sufrimiento de Pedro. Ese chiquillo creció muy apegado a mí, lo protegí demasiado, pero ¿cómo no hacerlo? ¿Qué haces con un niño que a los tres años pierde a ambos padres? La vida había sido ya muy dura con esa criatura. Además, era mi único nieto y todo lo que me quedaba de Sofía, la niña de mis ojos.

-Me lo quieren desconectar, me quieren desconectar al viejito que es lo único que tengo. Yo no recuerdo a mis padres, ni a mi abuela, iban todos en el mismo carro el día del accidente. Sólo quedamos él y yo.

-¿Y qué crees que te habría dicho en esta situación?

-Tú lo conoces, me habría dicho que desconectara esa mierda que eso no es vida. El problema no es ese. Lo que me atribula es la incertidumbre. ¿Qué tal si doy la orden

y él estaba por recuperarse? Es como si yo le hubiese quitado la vida. Además, Dios no puede ser tan hijo ‘e puta conmigo ¡coño!

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude seguir hablando. A esto le siguió un silencio incómodo. ¿Qué más podría seguir? Uno nunca piensa en tener este tipo de conversaciones. ¿Qué podría haberme dicho Juan que me hiciera sentir mejor sobre la inminente muerte de mi abuelo? Eso, más que una conversación, fue un desahogo, al pobre le tocó nomás escuchar y ser empático. Me despedí como pude, dándole las gracias por la cerveza. Ni mi mejor amigo, ni las pintas, nada puede quitarme este dolor que cargo en el pecho. La muerte de mis padres fue un dolor de golpe y la verdad estaba tan chico que casi no recuerdo, pero esto de mi abuelo es una agonía. Los doctores no saben decir si despertará o no, mientras la cuenta del hospital se acumula y la soledad se va tomando los espacios de la casa que compartimos sólo él y yo desde mi orfandad. “*To live or not to live*”, he ahí el dilema. El problema es que me toca decidir por una vida que no es mía, pero es mi todo.

Me parte el alma verlo tan flaco y con esas ojeras que le llegan a la mandíbula. Tiene los ojos rojos. Como siempre, lleva un libro consigo. Lo abre y me lee un capítulo de *La Metamorfosis*. Ni en los momentos más difíciles se le quita lo impertinente a este muchacho. ¿Cómo se le ocurre leerme esa vaina? Quisiera pararme de pronto, decírsele y soltar una carcajada. Y, sin embargo, me siento precisamente como el insecto de Kafka, sólo que a diferencia de él, mi única familia, hace lo imposible por salvarme. Yo sé que Pedro desespera por sacarme de este capullo y no puede. Me dice que me ama, que no sabe qué hacer. No quiere vivir sin mí. Siento una opresión en el pecho y deseo gritarle que no se angustie. Quiero que este maldito cuerpo me obedezca para abrazarlo como cuando era niño y decirle que todo va a estar bien. Revivo en mi

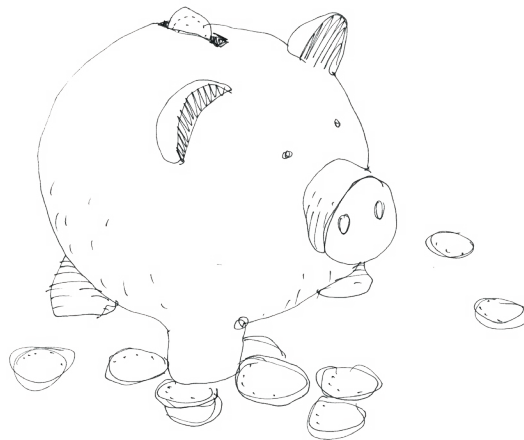
mente el día que jugaba con él cuando recibí la noticia. Fue él quien me mantuvo cuerdo, perder a mis dos princesas el mismo día, es un dolor que sólo pude superar por la voluntad de querer hacerlo feliz. ¡Qué ironía! Dedicué mi vida a protegerlo de más penurias y hoy soy yo quien se las causa.

Han entrado la enfermera y el doctor, le piden que salga; él se niega. Me colocan medicamento en la venoclisis. Siento la presión de sus manos sobre las mías, siento sus lágrimas caer sobre mis brazos; ha puesto su cabeza en mi pecho. Cómo quisiera acariciar sus cabellos y contarle una historia con un final feliz, como cuando era pequeño y tenía pesadillas. Me pesan los párpados, vuelvo a sentir sus lágrimas llover sobre mi piel y una sensación de paz envuelve mi inerte cuerpo.

---

**Claudia Escobar Casillas.** *Nació en la Ciudad de Panamá el 5 de septiembre de 1972. Licenciada en Psicología por la Universidad Santa María la Antigua. Maestría en Administración de Empresas con énfasis en Recursos Humanos por la misma universidad, así como estudios informales en Filosofía Clásica. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2017 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Es Coach Certificada. Actualmente es Gerente Regional de Capital Humano en PwC Interaméricas. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres** (2018).*

---



# LA ETERNA PESADILLA

Irasema Herrera



Hola, me llamo Lola y como toda mujer soñaba con el momento de casarme y formar una familia. Pero nadie me advirtió que ese sueño venía acompañado de algo llamado: suegra.

Al principio ella era muy linda conmigo, sólo porque pensaba que Ernesto no iba en serio y que me podía manipular, pero de un momento a otro se convirtió en la peor pesadilla; me hacía la vida miserable, todo porque veía en mí a la rival que le robó a su niño, la luz de sus ojos. Gran vaina.

Cuando quedé embarazada, la vieja esa creía que iba a ser niño y cuando se enteró que era niña, ¿qué creen que me dijo?

- Ni para parir un niño sirves – urrrgg, qué rabia.

Así que si creen que su suegra era mala, la mía era peor.

Mi esposo hacía lo posible por tratar de llevar la fiesta en paz entre nosotras, pero era

una tarea imposible. Bien que mal, así pasamos un par de años, una que otra visita obligada, las reuniones familiares de rigor; pero de las que podía zafarme lo hacía y sin ningún pesar.

Mi suegra era viuda, ya entrada en años y mañosa; no lo digo para excusarla ni para que le tengan lástima, porque los años en vez de convertirla en una abuelita dulce, no hizo más que volverla más odiosa, amargada y manipuladora que nunca.

Ya con los años, no podía vivir sola y me tocó hacerle honor a los votos matrimoniales; porque a pesar de ser una vieja de lo peor; su hijo era el mejor esposo del mundo; así que me la tuve que aguantar cuando se mudó con nosotros para acompañarla y cuidarla.

Ahora el viacrucis se vivía en mi casa, la vieja criticaba cada cosa que hacía o dejaba de hacer. Mi forma de vestir, mis peinados, la limpieza, mi comida, cómo hablaba; que si esto, que si aquello, en fin, todo lo que venía de mí era malo.

Pero no saben lo peor, la desgraciada se veía que disfrutaba el perseguirme y martirizarme cada vez que podía. Tanto era el infierno en que convirtió mi vida que llegué a desear que no existiera más.

Y mi deseo se cumplió, la vieja se murió; obvio que tampoco me alegró, tan mala persona no soy. Mmm bueno, quizás un poquito.

Su muerte fue toda una conmoción para la familia, mi esposo se deprimió muchísimo, y como buena esposa que soy, escondiendo mi alivio, por supuesto, me encargué de todos los arreglos con la funeraria y su despedida final, aunque debo confesar que muy, muy en el fondo me hubiera gustado poder llevarme bien con la doña.

Yo no creo mucho en ciertas cosas, pero unas semanas después del entierro comenzaron a pasar sucesos extraños en la casa. Al principio pensaba que era mi imaginación; pero por momentos, sentía la presencia de la vieja en cada rincón, que hasta me encontraba

encomendándome a Dios, pidiendo perdón por cosas que ya no vienen al caso.

Una noche, mientras dormía, sentí que algo se me trepó encima; traté de moverme, pero mi cuerpo no me respondía y sentí una mano huesuda acariciando mi cabello. Quise gritar, llamar a mi marido, pero la voz no me salía, tenía el cuerpo inmovilizado por no sé qué fuerza; con mucho trabajo pude entreabrir los ojos solo para medio ver una sombra, que finalmente se desvaneció.

No podía ser otra, tenía que ser ella que aún después de muerta no me quería dejar vivir en paz.

Estos eventos me comenzaron a pasar varias veces por semana, me daba miedo dormirme; ya no podía distinguir si era real o una pesadilla. Mi esposo no me creía, me decía que era mi conciencia acusándome. Nadie me podía ayudar, estaba desesperada. ¿Por qué venía ella justamente a acariciarme el pelo cada vez que podía? Me iba a volver loca.

Comencé a investigar en internet y me di cuenta de que estas experiencias son más comunes de lo que uno espera y la mayoría coincidía en lo mismo: que había que calmarse y enfrentarse al ente o ex muerto para averiguar qué lo había hecho volver o qué lo retenía todavía en la casa.

Tuve que mentalizarme, no sabía si podría hacerlo, pero tenía que intentarlo; porque si no, no iba a poder dormir tranquila nunca más. Así que cuando esa noche sentí la presión sobre mi pecho, comencé a tratar de controlar mi respiración, hasta que finalmente pude abrir mis ojos y la vi. ¡Dios, era ella! Pero ahora como una sombra oscura, huesuda, que estaba inclinada sobre mí y me acariciaba el cabello como siempre. Con miedo y todo me dije: ya no más. Traté de hablar lo más alto que pude y le pregunté:

- ¿Qué es lo que quieres decirme?

Mi suegra, sin soltarme el cabello, acercó su translúcido rostro al mío y con una suavidad

fantasmal, me susurró al oído:

-Ese tinte no te queda.

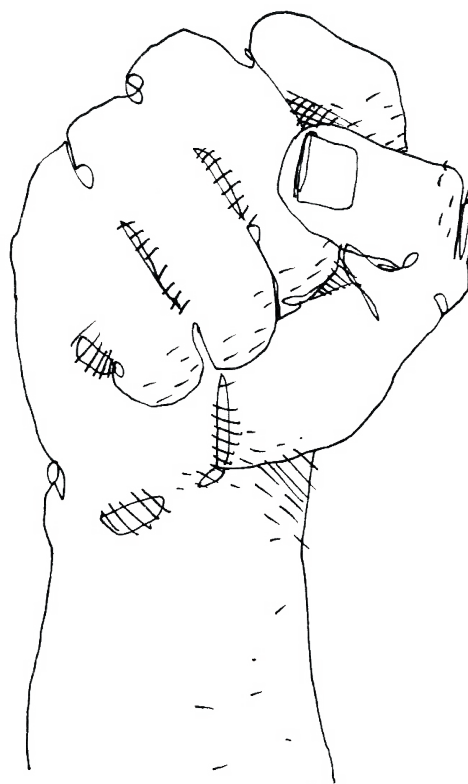
¡Pueden creer! ¡La vieja maldita había vuelto del infierno para criticarme el tinte!

Pero ni modo, ya no la he vuelto a sentir más desde que uso mi color natural.

---

**Irasema Herrera.** *Nació el 9 de marzo de 1977, en la ciudad de Panamá. Licenciada en Contabilidad con idoneidad de Contador Público Autorizado (Universidad de Panamá); posee un MBA en Finanzas y Banca así como un Postgrado en Docencia Superior (Universidad Latina de Panamá). Diplomado de Creación Literaria 2017 de la Universidad Tecnológica de Panamá, así como en un taller de poesía (INAC) y taller de cuento avanzado, con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Se desempeña como Tax&Treasury Manager de importante Transnacional Británica. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres** (2018).*

---



## CASA GRANDE

Magda De Icaza



Sábado, 4:00 p.m. Mis dos hermanas y yo aguardábamos a mi mamá frente a las escaleras, paradas detrás de una rejilla de madera, colocada ahí para evitar que los niños rodaran por ellas, esperando indicaciones. Mi madre doña Rosa dijo: “Bajen con cuidado”. Los escalones se iban alineando, bajamos tres pisos y salimos por la parte de atrás de la casa, giramos a la izquierda y después a la derecha donde nos encontramos con un largo callejón, el callejón Martiz.

En el camino nos iban corrigiendo: “Lulú, saca los pies. La O, endereza la espalda. Maricarmen, mira para delante”. Al final, había una casa de madera de dos pisos, color verde claro, que todavía guardaba el *glamour* de sus buenos días, un poco ladeada por el pasar de los años y el abandono de sus dueños originales. Para verla bien tenías que mover la cabeza cinco grados hacia la izquierda.

En la entrada de la casona había un pequeño vestíbulo con una mata de ruda, en la parte superior del marco de la puerta guindaba una bolsita de arroz sin pilar asida a unas ramitas

de laurel. Una señora carabalí con un gran cuerpo esférico, un ojo color pardo y otro de vidrio, fumando un tabaco con la candela hacia dentro, sentada en una poltrona de mimbre, con voz ronca dijo: “Rosita, entra”. Al cruzar la puerta se sentía un olor a canela mezclado con vinagre de manzana, agua de romero y los inciensos colocados en las esquinas. A la mano derecha, pegada a la pared estaba un pocillo blanco con agua bendita, de uso obligatorio al entrar y salir del lugar; seguido, en la mitad de la pared sobre una tablita, un Cristo Negro con un collar de oro, y al lado, una vela de siete colores. Contiguo, un estante de madera con tres divisiones por dentro y puertas de vidrio. En la primera división se guardaban todas las memorias de los familiares difuntos, la del medio contenía las fotos de cumpleaños de los hijos y nietos, las de los bautizos, las graduaciones y los recordatorios de cada uno de estos eventos. En el tercero, todos los adornitos de los regalos recibidos: una patita de conejo, una herradura de caballo, las estatuillas de metal de los tres dioses chinos de las estrellas, sólo por mencionar algunos.

Hacia la derecha, un sofá para tres personas con cojines en los asientos y en el respaldo, al lado, una mesita con un teléfono estilo Luis XV, arriba había un cuadro de los perros jugando póquer. Al frente, un mueble con tocadiscos, encima de este, un *maneki-neko* mediano; arriba, colgado, un cuadro de la mano poderosa. Frente al sillón, un televisor con mueble, encima, la estatuilla de San Cono. El piso de la pequeña sala estaba cubierto con linóleo, en el centro había una mesita cuadrada de madera con vidrio en el centro. En la esquina que daba hacia la puerta, un elefante color blanco con la trompa hacia arriba; en la siguiente, en dirección a las manecillas, una Nigüenta de cerámica sentada sobre dinero y billetes de lotería; luego, un buda de madera; en la última, una estatuilla de la diosa Lakshmi y en el centro, una plantita millonaria.

Para separar la sala del comedor y la cocina había un biombo hindú; detrás, en una silla del comedor, estaba sentado un negrito delgado, alto, tralalaila, que era el secretario de la casa. Al rato, llamaron: “ven Rosita”. Rosita nos miró y nos dijo: “Se sientan y no toquen nada”, sacó una libretita y entró. A la media hora salió, nadie osaba ni siquiera pensar preguntarle a mi madre qué estaba haciendo, ¡Ave María Purísima! Ella, hábilmente, nos cambiaba el pensamiento, llevándonos a tomar batido y a comer club sándwich al *Club House*.

Con el tiempo y con los años entendí que esa habitación que se veía tan llena y confusa, no era más que la **Casa Grande**, lugar donde se vendían chances clandestinos, *one-two*, *one-five* y rifas. Aquel muchacho sentado en una silla del comedor, además de secretario, leía las cartas, limpiaba y sahumaba la casa. La señora de la puerta, según decían, podía ver el aura de las personas y leía el tabaco. Cada objeto allí dispuesto tenía una razón. Todos, salvo las cosas de las dos primeras partes del estante, estaban relacionados con la suerte para los juegos de azar, tener buenas vibras, espantar a los malos espíritus, la prosperidad y conservar la armonía en el hogar.

Una noche, durante un pertinaz aguacero con fuertes truenos y relámpagos, hubo un apagón. La ciudad quedó a oscuras. El lector de barajas temblaba, pensando en todos los espíritus que rondaban por la pequeña habitación. Desesperado, tomó un fósforo y encendió la vela. Al caminar, se tropezó con la esquina de la mesita. El envase de vidrio se le zafó de la mano y cayó sobre los sillones. El cuarto ardió en llamas. Todo se quemó. De nada sirvieron tantos resguardos.

El tralalaila ahora anda buscando protección y huyendo de la dueña de la casa que tuvo que mudarse después de aquel suceso. Además, le paga a cuanto santero o bruja conoce para que lo santigüen y le saquen los espíritus malignos y demonios que lo acechan.

---

**Magda De Icaza (María Bustamante De Icaza).** Nació en Colón el 16 de diciembre de 1958. Catedrática de la Universidad de Panamá y Directora de la Escuela de Matemática. Fue Coordinadora de Ciencias y Tecnología del Instituto de Estudios Nacionales (IDEN) en la Universidad de Panamá; y Vicedecana de la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y Tecnología. Licenciatura en Matemática, por la Universidad de Panamá y Profesora de Segunda Enseñanza con Especialización en Matemática; Maestría en Matemática con Especialización en Investigación de Operaciones. Asimismo, Maestría en Gerencia Ambiental, por la Universidad Latinoamericana de Ciencias y Tecnología y Diplomado en Gestión de Recursos Humanos, por la Universidad Especializada de las Américas, así como Diplomado en Creación Literaria por la Universidad Tecnológica de Panamá en 2017. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres** (2018).

---



## SILENCIO

Aileen B. Brown Solís



Se dice que acampar en el bosque es una de las formas más divertidas de pasar un fin de semana, pero el silencio de los niños Lightwood demuestra todo lo contrario, aunque ya nunca lo podrán decir.

Los trillizos, Claudia, Randall y Poll eran niños inquietos y curiosos como cualquier infante. Sus padres Mery y Marco siempre estaban ocupados. Para compensar a los niños por su constante ausencia, tomaron la carretera rumbo a un lugar alejado del bullicio de la ciudad, el bosque Tei. El GPS les anunció la llegada a su destino. Dejaron el auto en el punto donde los árboles ya no les permitían seguir. Con sus mochilas y enseres a cuestas se adentraron en la espesura del lugar.

Mientras caminaban, Mery tuvo la extraña sensación de que alguien los observaba, incluso creyó ver una larga sombra moverse cual relámpago de un árbol a otro, trató de mentalizarse de que era algún animal y esperaba que fuese inofensivo. No hizo comentario alguno y comenzó junto a Marco a montar las carpas.

Ya instalados, los padres preparaban la comida, mientras tanto los trillizos jugaban

pateándose el balón unos a otros, éste rodó a cierta distancia entre algunos árboles y cuando corrieron a buscarlo comenzó a girar, por sí solo, poco a poco de regreso hasta sus pies. No prestaron atención y continuaron el juego.

Entrada la tarde, iniciaron la labor de encender la fogata, utilizando las brasas aún ardientes que habían sobrado del asador y algunas ramas secas. Una brisa que se presentaba en ráfagas dificultaba la tarea. Pronto la oscuridad amenazaba con sorprenderlos. Cuando finalmente lograron prender por completo la llama, llegó la noche, trajo consigo niebla y un rápido descenso en la temperatura, viéndose obligados a refugiarse en sus abrigos.

Dentro de su carpa, Mery y Marco cayeron sumidos en un profundo sueño, pero en la de los trillizos el panorama era distinto, aún Morfeo no había logrado su cometido y los inquietos jugaban a hacer formas con sus manos.

—Tu turno, tonto — susurró Randall.

—Estoy pensando qué forma puedo hacer — respondió Poll.

— ¡Sshhh!, miren — musitó Claudia.

Las criaturas divisaron sobre la carpa la sombra de unas extrañas manos. Eran más grandes de lo normal, con dedos largos y uñas puntiagudas que se transfiguraban en distintas formas: un perro, un avestruz, un balón y otras más. Los pequeños trillizos las adivinaban, se miraban entre sí y sonreían cada vez que aquellas manos les mostraban una nueva imagen, hasta que las atípicas garras hicieron un gesto de aplausos, como finalizando el espectáculo. Con el dedo índice les indicaba que salieran. Los tres infantes lo tomaron como una invitación a jugar y bien abrigados emergieron de la tienda de acampar sin medir peligro alguno. Miraron de un lado a otro, buscando a quien pensaron era su nuevo amigo de juegos. A lo lejos vieron una larguirucha figura alejarse a lo más denso del bosque y corrieron detrás sin pensarlo.

El camino se les iluminaba. Siguieron por un largo trecho hasta que la luz desapareció y ya



no vieron nada, hubo silencio, pero en un abrir y cerrar de ojos se materializó justo frente a ellos la estrambótica figura del ser delgado de exorbitante estatura, largos brazos que guindaban casi hasta sus rodillas, vestido de negro, sin cabello ni rostro visibles. Los niños estaban sorprendidos, pero en su infantil inocencia mezclada con una especie de sonambulismo, sonrieron frente al espectral amigo.

A media noche Marco despertó impulsado por el ansia de desaguar la vejiga. Tomó la linterna y caminó rápidamente hasta un árbol situado a cierta distancia de las carpas. De regreso abrió la tienda de los trillizos para ver cómo estaban, pero se encontró con el vacío dejado por los chicos. En seguida notificó a Mery, quien tuvo un mal presentimiento sobre aquello que al llegar al bosque creyó haber visto y nunca contó a su esposo. Con linternas y abrigados, apresuraron el paso en medio de los árboles gritando a voz en cuello los nombres de Claudia, Randall y Poll. En gran parte de su andar se sintieron confundidos, como si les movieran el camino a cada momento, estaban desorientados en medio de la penumbra sin saber con certeza si caminaban en círculos.

Cuando por fin encontraron a los niños estaban suspendidos en el aire rodeados por una espesa niebla. Sus pies no tocaban el suelo y giraban lentamente. Delante de ellos estaba el antinatural ser carente de faz con sus largos brazos estirados en dirección a los niños. Mery soltó un grito y la criatura se volteó hacia ellos, mostrándoles lo que debía ser el frente de su rostro vacío, totalmente en blanco. Se les abalanzó en un solo movimiento sin que pudiesen escapar, los trillizos cayeron al suelo saliendo de inmediato del trance.

La criatura elevó a la pareja, y ya en el aire se encontraron inmóviles. Se acercó a Mery y con una de las largas uñas, filosas como bisturí, le desgarró por completo la carne desde el pecho hasta a la cintura. La sangre fluyó a chorros y descendió hasta destilar por sus pies. La incisión era tan extensa y profunda que sus vísceras quedaron expuestas. Ella aún viva temblaba y

de sus ojos brotaban lágrimas entre gemidos inaudibles.

Todo esto, frente a la mirada indefensa de los pequeños, que daban alaridos horrorizados por la encarnizada escena. El ser no contuvo la furia y con solo mover sus garras los dejó mudos, como si les hubiesen cortado sus cuerdas vocales. Hubo silencio.

Esta vez se detuvo frente a Marco, aún suspendido en el aire e inmóvil, rogó piedad de forma inútil hasta que de su boca comenzaron a brotar pequeños e incontables gusanos amarillentos, hubo silencio. Luego se escuchó un largo crujir de huesos, ya sólo en su rostro se podía notar el sufrimiento, sus ojos parecían a punto de salir de sus órbitas mientras el ente sin tocarlo hacía con su mano derecha el gesto de apretar. Lo que quedó del cuerpo, acabó tendido en el suelo como un insignificante costal de piel. Sin rastro de estructura ósea.

Al amanecer, los tres niños fueron vistos caminando agarrados de las manos, junto a la carretera a las afueras del bosque, cuando un auto se detuvo. La pareja que allí venía intentó, con repetidas preguntas, saber qué les había sucedido y con quiénes estaban, pero ninguno respondió. Fueron entregados a las autoridades, quienes luego de muchas vanas investigaciones abandonaron el caso.

Los sucesos ocurridos en aquel bosque continúan siendo un enigma. Los trillizos no volvieron a enunciar palabra alguna y los cuerpos de los esposos Lightwood jamás fueron encontrados.

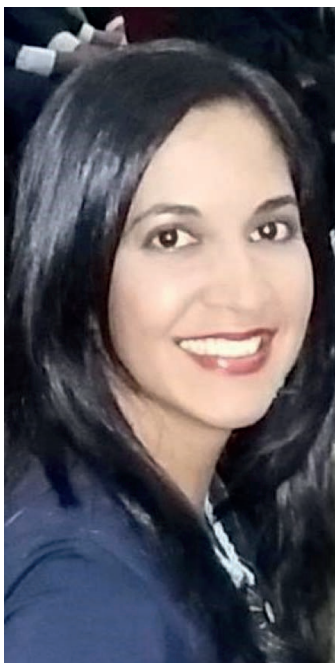
---

**Aileen B. Brown Solís.** *Nació en la ciudad de Panamá, el 4 de julio de 1984. Egresada de la Universidad de Panamá con Licenciatura en Economía. Ha participado de talleres de cuentos del Programa de Formación de Escritores del Instituto Nacional de Cultura, así como en el taller de cuento avanzado del escritor Enrique Jaramillo Levi. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Esto, aquello, lo otro y lo de más allá** (2018).*

---

## EN UN SANTIAMÉN

Melissa Melinna Sánchez Salazar



Las esperanzas entran de una en una por el portón del coliseo, cargadas de ilusiones y promesas. José con la fidelidad de un devoto, asiste con su compadre cada domingo diciéndose a sí mismo que “esta vez sí”. Aunque ha perdido muchas, se hace presente por costumbre o más bien, porque ya se ha hecho parte de su vida

Se respira ansiedad en el ambiente y los minutos, como espías, se mezclan con los rostros suspicaces que revisan los programas o con los que se están preguntando unos a otros por los “datos” o con aquellos que paran la oreja para ver si logran robar información que los ayude a salir victoriosos.

Los protagonistas son preparados con su indumentaria de batalla y dan vueltas en el Paddock siendo objeto de la mirada de los muchos soñadores. Entre los ejemplares está Lancelot, un ligero Alazán cuatroañero que no figura como favorito pero a José le da buena espina y apostará por él en contra de todo pronóstico. Lo ve tranquilo caminar en círculos siendo el más

pequeño de los demás, comparado con Polvoroso (un esbelto purasangre color tordo), parece un bicho. Su rostro da paso a una mirada noble que al mismo tiempo esconde un espíritu valiente. Pero el compadre al notar las intenciones de José intenta persuadirlo.

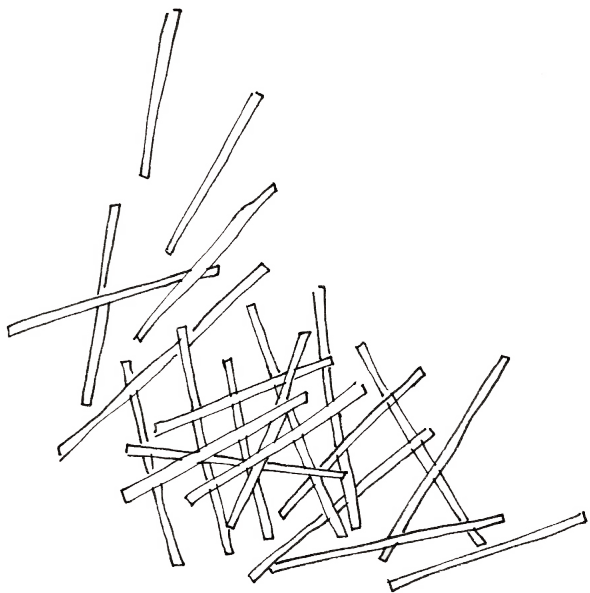
--Qué va, compa, no bote la plata, ese caballo no va pa ningún la' o. Me lo dijo Cachito, uno de los cuidadores. En la semana tuvieron que hacerle cuanta vaina porque tiene una pata jodida.

El tiempo apremia y solo faltan minutos para que empiece el clásico Independencia. Sintiendo la incertidumbre en su estómago y el acoso del reloj, desatiende los consejos del compadre, pide al cielo ayuda para salvar una deuda adquirida por su hijo, sigue su instinto, se dirige diligente a la boletería, paga dos dólares y apuesta a ganador al pequeño Alazán.

Sube a la gradería y toma asiento en una de las deterioradas butacas de madera llevando consigo un pequeño radio portátil para poder escuchar mejor. Mientras dan la llamada con las trompetas para el paseo protocolar, echa una mirada a su alrededor y ve a Luis, su vecino, tres filas más abajo, se pelearon en medio de una borrachera aquella navidad del noventa y ocho y aunque viven en el mismo edificio no se tratan para nada.

Luis se encontraba con un grupo de amigos fanfarroneando la buena apuesta que hizo por Azucena, una yegua color castaño claro que fue premiada múltiples veces, incluso llevándose una presea en el clásico Naciones Aliadas, un año antes. José lo escucha y duda por un momento sobre su decisión, pero retoma su idea recordando que es un juego y la suerte es loca y a cualquiera le toca. De pronto Luis mira hacia arriba topándose con el rostro de su enemigo, hace una mueca y vuelve la mirada a la pista.

Los caballos se dirigen a la gatera y a escasos tres minutos de empezar, una angustia cargada de incertidumbre invade a los apostadores. Los segundos se hacen eternos para muchos mientras los caballos son ubicados en el punto de partida. Para otros el tiempo da igual, especialmente



para los niños, que se encuentran en el espacio destinado a las carreras de canicas, si fuera por ellos los caballos correrían todo un día y así sus padres no los apartarían de su campo de entretenimiento.

A pocos momentos de empezar, las miradas se tornan nerviosas y el narrador, preparado para realizar su labor, inicia.

-Los caballos están fuera del partididor dando vueltas, vueltas y más vueltas como hielo en vaso. Van entrando uno a uno, ahora sí...Banderola, roja, están listos ¡se fueron!

Se abren las puertas y salen briosos los purasangres. Detrás de ellos dejan el camino polvoriento llevando en sus patas las esperanzas e ilusiones de mucha gente.

En tanto, en las gradas, José achica los ojos para agudizar la vista y poder seguir a Lancelot. Del mismo modo Luis mira confiado a Azucena que va cómoda en primer lugar.

El corazón de José aumenta su ritmo como el de aquel caballo, y su rostro contraído refleja la ansiedad al ver que su candidato va de quinto y siente cómo el tiempo galopa con los corceles arrollando sus proyectos. En esos escasos treinta segundos su esperanza permanece con vida y

confía en la diosa de la fortuna, en las patas del caballo, en el jinete y por si acaso, en la divina providencia. Sentado en una de las butacas de la gradería con el viejo radio pegado a la oreja derecha, escucha la narración de la carrera en la voz de Papito Duarte, que con su peculiar tono hípico hace crecer su zozobra.

Pasado un minuto, a la mitad de la primera curva, corre Lancelot pero delante de él se encuentran Al- ándaluz, Estrella, Polvoroso y Azucena. El jinete no se deja vencer y da fuetazos al caballo que se abre paso en medio de los demás, rebasando veloz a Al- ándaluz y a Estrella para luego acechar como una chita a sus contrincantes delanteros.

A solo un minuto y veinte de la partida el panorama cambia. Los ojos de Luis se tornan preocupados, sus dientes se aprietan mordiéndole los labios y grita improprios al caballo y al hijo de puta jinete y pasan los nueve para los ochocientos finales y sigue la lucha, Azucena adentro, a tres para el tercer lugar, Lancelot se adelanta.

José se pone en pie y emocionado deja caer el radio, que se deshace al caer al piso. Agita el brazo y utiliza el dedo índice como si fuera un látigo.

-¡Dale, dale, dale carajoooo! ¡Eso, eso, eso, papaaaá!

Pasan los seis para los quinientos metros finales, Polvoroso domina primero y Azucena vuelve a la carga pero a solo un cuerpo, Lancelot en el tercer lugar. Entrando a la recta final continúa la batalla y Lancelot adelanta a Polvoroso por una cabeza, domina por el pescuezo y lo rebasa peleando cuerpo a cuerpo con Azucena. Lleva el corazón acelerado, pisa fuerte la arena de la pista y percibiendo la adrenalina del jinete y el golpe en la cadera, aprieta el paso.

Quince segundos fueron suficientes para dar un revés a la vida. Luis se lleva las manos a la cabeza con el rostro deformado y enrojecido por la ira, al mismo tiempo que de sus labios se suicidan maldiciones y palabrotas. En tanto José con expresión de asombro, ríe a carcajadas

y continúa dando fuetazos imaginarios. De manera simultánea se escuchan ecos y gritos en la muchedumbre y al igual que los latigazos de José, el aire es surcado por los muchos jinetes de las gradas que azotan con sus dedos mentalmente a su favorito.

El caballo rebasa a Azucena por tres cuartos de cuerpo. Mientras el jinete cabalga con un brazo arriba al saberse victorioso, José celebra saltando como loco abrazando a su compadre como mujer histérica y Luis lanza al suelo con frustrante rabia el programa de las carreras.

El tiempo vuelve a su decadente ritmo como verdugo después de realizar su misión. Los ganadores, entre ellos José, se dirigen a la ventanilla a recoger su premio. Los dueños, entrenadores, el jinete cabalgando a Lancelot y el resto del equipo se acercan al círculo de ganadores, al caballo le colocan la corona de flores y todos posan para la fotografía de costumbre. El tiempo se vuelve risas y felicitaciones para algunos, en tanto para otros, se asienta en sus hombros como una pesada ave de rapiña.

Los desfavorecidos como Luis, salen con la cabeza gacha, la tristeza a cuestras y los sueños rotos, envueltos en un cielo moribundo para completar su desdicha. A lo lejos un conductor se detiene con la luz roja del semáforo y observa la fila de hombres alicaídos y hace un comentario indicándole a su mujer.

-Ahí va la procesión del silencio.

Su esposa extrañada mira a todos lados y le dice que no ve ninguna, él le explica que al final de cada carrera se reconoce a los perdedores porque al salir del hipódromo se ve una multitud caminar hasta las paradas de buses con la tristeza en el rostro y los programas de carreras dobladas dentro del bolsillo trasero de los pantalones.

El tiempo como un camaleón se va transformando poco a poco en penumbra al caer la tarde, el semáforo cambia a verde y los esposos continúan su camino viendo con cierta lástima perderse en la distancia a los participantes de la procesión.

---

**Melissa Melinna Sánchez Salazar.** *Nació en la ciudad de Panamá el 7 de diciembre de 1979. Egresada de la Universidad de Panamá como Doctora en Medicina. Especialidad en Medicina Familiar en el complejo hospitalario "Dr. Arnulfo Arias Madrid". Labora como especialista en la Policlínica "Dr. Manuel Ferrer Valdés". Inicia su formación literaria en el Programa de formación de escritores del INAC (Sección cuento), y en 2017 continúa en los talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2018 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Forma parte del libro colectivo **Esto, aquello, lo otro y lo de más allá** (2018).*

---

## LOS REMEDIOS DE MIS HARRINGTON

Eyra Harbar



La mujer caminó la avenida con una cesta en la cabeza pregonando a todo pulmón la oferta de golosinas, dulces, caramelos, bombones, pasteles y confites, con suficiente aire para continuar voceando el empalagoso listado de las delicias que tenía en venta. Si algo era bueno debía de ser del canasto de dulces de Miss Harrington. Sus manos tenían una forma especial de combinar

jengibre, masa y anís, y con agrado recibía a sus asiduos compradores. Miss Harrington matizaba la entonación con una cadencia semejante al canto. Lograba convencer, cual negra sirena, a los parroquianos adultos y a los niños que acudían a su encuentro. La negra sonreía y con su cuerpo inmenso ofrecía la bandeja de dulces al balancearse entre Santa Ana y Calle 12.

Fue en aquellos días que conoció a Mista Keith, un negro jamaicano de corta estatura que vivía en las riberas del Canal. Había sido reclutado para las obras de construcción y penosamente sobrevivió a las difíciles condiciones de la excavación, a las autoridades y a la segregación racial del *silver roll*. El hombre estaba un poco sordo debido a la quinina que le habían suministrado para la malaria y por un accidente con la dinamita de las explosiones cojeaba ligeramente. Trabajaba ahora en la reparación de los rieles del tren, cambiando tablas y polines a lo largo de la vía terrestre y se alojaba en una de las antiguas casas de madera que había reparado poco a poco.

Keith era de lento hablar y poco moverse, por eso raras veces viajaba a la Ciudad de Panamá. A pesar de su experiencia en la reparación de los caminos del tren, evitaba utilizarlo, porque el movimiento lo mareaba. Sin embargo, en su última visita había visto a esa mujer, dejándolo perturbado desde que comió uno de los panes de canela que ofrecía en venta. La imagen de Miss Harrington, lejos de serle indiferente, permanecía anclada en su memoria con aquel recuerdo de jengibre. Regresó al mismo lugar en donde la había encontrado semanas atrás deseando encontrarla con aquella bandeja en la cabeza que a leguas dejaba reconocer un gusto a nuez moscada, el carácter del clavo de olor y un dulzor de amapolas que acompañaban el ambiente. Además, esa azucarada pastelería le recordaba a su familia antillana.

Vistiendo con sombrero de copa y ropa limpia, Mista Keith acudía con esmero a visitar a la vendedora de golosinas y dulces, y ésta

sonreía ante la inusual galantería del negro, que consistía en comprar alguna mercancía e invitarla a tomar un plato de sopa al finalizar la jornada. Pasado algún tiempo en esta rutina, a solicitud de la Miss habían intentado realizar un viaje en una de las pequeñas embarcaciones que recorrían la costa, pero, a pesar de las buenas intenciones para complacer a la mujer, Keith había terminado descompuesto en el primer tramo de lancha, por lo cual la malograda idea fue descartada.

En esos vaivenes se encontraban cuando el hombre cayó enfermo. Pensaron que se trataba de una gripe común, pero su sordera empeoró y empezó a quedarse sin palabras. Miss Harrington entró en pánico. Su atento pretendiente había entrado en un mutismo total que no parecía mejorar. Empezó a viajar cada día en tren hasta la casa de Keith, haciendo parada cerca de las Esclusas de Pedro Miguel. Sólo funcionaba un lenguaje de señas para comprender qué quería Mista Keith y cómo se sentía. *Aquí*, decía Keith marcando con el dedo índice, *eat dulce* y señalaba hacia la cocina con el otro. La Miss entendía que el hombre tenía antojo de un pan de banano que luego colocaba tiernamente en la boca del enfermo para complacer su extraño estado de salud. Le brindaba viandas de bacalao con *akke* para compensar la falta de energía, *patty y plantain tart* por las tardes, unas torrejitas *bragadá* para devolverle la voz al mudo y arroz con coco al mediodía para afinarle la voz.

Keith caía en fiebre alta por las noches con un delirio que le hacía temblar, sudoroso, hasta que la mujer regresaba al día siguiente con sus bebidas de alga y el menú de la jornada consagrada a recuperar a su sordomudo enamorado. *El Run Down se hace así, escucha Keith*, le decía al hombre y la fiebre se apaciguaba:

#### **Ingredientes:**

4 ó 5 trozos de yuca fresca  
Mucho plátano verde, quizás 4, -“*you eat mucho, Keith*”-, advertía.

2 cocos rayados  
 Unos cuantos domplín  
 2 libras de bistec cortado en trozos  
 pequeños (-¿o te doy pescado, Keith?-)   
 Cebolla y pimentón picados  
 Chile picante  
 Pimienta  
 2 dientes de ajo  
 Sal

Mista Keith, proseguía con la habilidad escénica que tanto gustaba a sus clientes, hay que mezclar con el coco, agregarle agua and *you know*, Keith, lo ponemos in *one pot*. Te dará más fuerza en la voz —explicaba la negra con seguridad de maestra. Do yá want rice, Mista Keith?

Las peores fiebres sobrevinieron después con escalofrío por las noches. Poco lúcido, confundía pensamientos con su viejo caserón inundado en el agua dulce de la esclusa, el recuerdo de la enfermera inexperta inyectando la jeringuilla para la malaria, luego el delirio, de nuevo la fiebre. Miss Harrington entre las imágenes, Miss Harrington color de anís y colorida, Miss Harrington con la piel fresca, su vestido de frutas y olor a pan, la Miss acariciándole la cara y diciéndole *coma, my sweety*.

Esa mañana el hombre despertó esperando con ansias que la mujer bajara del tren. Se espabiló pensando que la fiebre debía terminar. La dejó llegar. Recibió a Miss Harrington en el portón. No le dio los buenos días. Su voz devuelta de las cenizas fue ronca y raspó con sólo escucharla. Estremecía el tono lodoso que parecía maquinaria estancada y que ahora arrancaba providencialmente. Su intervención sumaria consistió en una receta de solo cinco palabras: *come to live with me*.

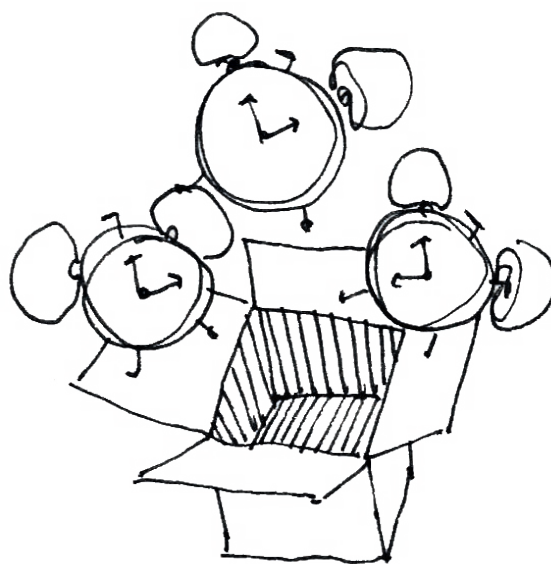
Miss Harrington dio gritos de alegría, repitiendo *oh my God*, sin saber si alababa a Dios por la recuperación del hombre o por la abreviada propuesta que le hacía su callado jamaicano.

La selva alrededor del *silver town* esparcía un intenso olor de espora tropical y madera húmeda al borde de la Cordillera de Culebra, señal de que un aguacero llegaría a los pocos minutos de la declaración amorosa. Continuó Mista Keith, definitivo esclavo de la sazón y cuidado de Miss Harrington: *the fivá is already gone*.

---

**Eyra Harbar.** Nació en Almirante, Bocas del Toro, el 19 de agosto de 1972. Escritora y Abogada, con especialidades en gestión cultural y proyectos sociales. Tiene Diploma Superior en Cultura y Comunicación por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Argentina. Publicó los poemarios **Donde habita el escarabajo** (2002) y **Espejos** (2003) con su trabajo premiado en concursos nacionales de poesía “Gustavo Batista Cedeño” (2002), “Demetrio Herrera Sevillano” (1996) y “Esther María Osses” (1995). En 2013 gana el concurso “León A. Soto” con **Paraíso quemado**. En 2015 primer lugar en el Concurso IPEL “Esther María Osses” con el poemario **Desertores de Alborada**. En 2017 Primer Premio en el Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil con la obra **Cuentos para el planeta**. En 2018 publicará su primer libro de cuentos: **No está de más**.

---



## LA LECTORA

Gloriela Carles Lombardo



Ella tenía ganas de llorar. Hacía siglos. Pero no comprendía por qué le costaba tanto abandonarse al llanto.

Hasta que una tarde, mientras leía, sintió que sus ojos empezaron a humedecerse y reclinó su cabeza sobre sus brazos cruzados encima del incunable. El llanto, natural, empezó a nacerle en aquellos ojos sin tiempo.

Lo que prometía ser un verdadero desborde de aguas se interrumpió de golpe.

Ella recordó que aquel libro no era suyo y que la primera indicación de su dueño había sido regresarlo sin daño alguno, so pena de muerte.

Pero se durmió.

Al despertar, en medio de una sutil y reconfortante tristeza alegre, vio cómo su saliva hacía las veces de lupa sobre las letras borrosas de aquella página nunca más immaculada.

---

**Gloriela Carles Lombardo.** *Nació en la ciudad de Panamá, el 20 de marzo de 1977. Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá 2015, posee Maestría en Psicología Clínica por la Universidad de Panamá. Además estudios de postgrado en Docencia Superior en la Universidad Latina*

*de Panamá. Es Coach Ontológico y Educadora Experiencial en Metatraining (enseñanza a través de metáforas). Ha asistido a cursos de pintura y a talleres avanzados de poesía. En 2018 publica su primer libro: **Fugacidades en un panal de fuegos** (minicuentos y minipoemas) (2018).*

---

## LUCIO

Arabelle Jaramillo



Siempre quiso parecerse a su padre, él solía imitarlo a cada paso, sin que aquella figura imponente lo supiera. Lucio, un niño frágil y callado, era un experto recolector de todo rastro que dejaba su progenitor...

Una vez, al retirarse su padre de la mesa, Lucio en un rápido movimiento se sentó en su puesto y comenzó a atragantarse de la misma manera que lo hacía aquél, con la boca abierta, sin modales y despotricando cualquier cantidad de necesidades e insultos. Nunca le gustaba la comida, siempre se quejaba de todo, que si está fría, que si me quemé la lengua, que si está salada, que si no... En fin, el hombre era un grotesco espectáculo que Lucio repetía sin pudor.

Lucio disfrutaba mucho estas aventuras, le permitían ser importante y el centro de atención aunque nadie lo estuviera viendo.

--Padre, ¿puedo tomar más jugo? -preguntaba Lucio agachado y sin mirarlo a la cara.

El padre ni siquiera le respondía, solo le arrebatada la jarra de jugo de las manos frágiles y sucias cuando el chico trataba de servirse.

Lo que no sabía aquella figura desagradable, era que una vez que se retiraba de la mesa, Lucio se daba un festín atragantándose igual que él... Y aunque sí disfrutaba todo lo que se comía y siempre reservaba el pan de queso para el final, pues era su favorito.

Doña Lola lo horneaba en su estufa de leña, ya que estaba acostumbrada a cocinar de esta manera. Aunque aquel viejo tacaño no valorara sus succulentos platillos, ella lo hacía por el pequeño. Todos los días tocaba a su puerta para llevarles el desayuno calentito y listo para servirse, y así Lucio podía apurarse y llegar a la escuela a tiempo, en lugar de quedarse a preparar algo para el viejo refunfuón.

Después, al llegar la noche, una vez más ella tocaba a la puerta y dejaba la comida envuelta entre paños para guardar el calor, y se apresuraba a retirarse antes de que el padre de Lucio la recibiera, y le aventara la comida quejándose de que siempre era lo mismo, y que quería probar cosas nuevas.

Lucio había conocido a su vecina una vez que, para sorpresa de la señora, él estaba pedaleando en la acera frente a su casa con mirada desorientada girando en círculos, y cargando un bolso de payaso con rayas rojas y azules, a la vez que trataba de equilibrar su cuerpo sobre un monociclo, con unos enormes zapatos de payaso que por obvias razones al no ser suyos excedían como 5 veces el diminuto pie de quien los portaba.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Doña Lola.

-Lucio -contestó el intento de payaso.

-¿Y qué haces, Lucio? -cuestionó nuevamente la señora.

-Estoy trabajando en mi número de circo, quiero ser un payaso como mi padre. ¿Y usted cómo se llama? ¿Dónde vive? -preguntó apenado.

-En este portón -respondió Doña Lola, señalando un enorme portón que decía "Fonda Doña Lola".

-Ah, ya veo, entonces ese olor a pan recién horneado viene de ahí, todos los días desearía estar comiendo un pan... -contestó nuevamente al caer del monociclo en el que había estado pedaleando. -¿Y será que puedo probar un poco de ese pan?

Lucio se veía bastante delgado para su edad, era un niño ojoso, de mirada triste y cabellos lacios castaños, pero lo salvaba su gran sonrisa y habilidad para imitar, que justo eso estaba haciendo, imitando a su padre, hasta que lo interrumpió Doña Lola.

-Claro que puedes probar, es más, ¿te gustaría pasar a comer algo a la fonda? ¡Seguro te gustará!

Pero en ese momento salía su padre del edificio listo para su jornada en el circo, llevaba un disfraz de payaso demasiado ajustado al cuerpo, viejo y desgastado por el paso de los años. Sus kilos de más y la vejez hacían de este personaje más que un payaso de circo, el cual debería agradar al público y hacer reír a la audiencia, un ser desagradable y tenebroso.

Tenía una enorme sonrisa hecha con maquillaje sobre su rostro pintado de blanco, pero por debajo de aquella línea roja se ocultaba más bien una mueca retorcida, pues era un ser bastante infeliz y malhumorado.

De reojo buscó a Lucio y lo llamó enseguida.

-¿Cuántas veces te he dicho que me tengas lista la comida, qué no ves que tengo hambre? -despotricaba mientras se le dañaba el maquillaje de tanto abrir la boca para exigir con tal desagrado lo que todos los días ordenaba hacer al niño.

-Ya va, padre, es que no me di cuenta de la hora, en seguida subo -susurró con la mirada al suelo.

Doña Lola, que había estado como espectadora, interrumpió la conversación, ya que no podía creer semejante atropello, aquella criatura necesitaba ser rescatada de esa ardua labor.

-Señor, si me permite, el día de hoy tengo algunos platos adicionales, y les puedo convidar, no es necesario que me los pague.



Pobre Doña Lola, ella no sabía que a partir de este momento estaba condenada a cocinarles sin paga alguna, pues el padre con el tiempo había caído en cuenta de que ella le tenía aprecio a Lucio, y que con tal de que no lo maltratara les cocinaría sin cuestionamiento alguno.

En una ocasión, estaba Lucio realizando una de sus tantas imitaciones, solo que esta vez estaba escondido debajo de la cama, pues su padre estaba por llegar del circo, y seguramente estaría de muy mal humor. La última vez había caído del monociclo en plena función, su ropa interior había sido expuesta, ya que la gordura no había ayudado a que aquel traje apretado no se reventara en el acto, mientras que todos se reían y le gritaban obscenidades obligándolo a salir de la función sin paga, y sin dignidad. Lucio en aquella ocasión lo había visto todo, ya que había seguido a su padre para poder precisar su siguiente imitación, y tuvo que correr apresurado a su casa para no ser descubierto y severamente castigado.

Ahora había tomado precauciones: de manera muy sigilosa instaló una campanilla cerca de la puerta, para que con la brisa ésta sonara al abrirse, y así había sucedido. La campanilla estaba sonando, y Lucio sudaba para no ser atrapado, pues estaba en la habitación que había quedado clausurada después del suicidio de su madre años atrás. Él apenas lo recordaba, pero escuchaba a su padre hablar a solas en la habitación, repitiendo una y otra vez lo ocurrido aquella mañana.

De sopetón entró a la habitación aventando la puerta y sollozando, buscó en la gaveta el revólver con el que se había quitado la vida su mujer, y que sería disparado por segunda ocasión cuando al escuchar un ruido debajo de la cama, el viejo payaso gruñón quedó petrificado pensando que era el fantasma que lo acosaba por maltratar al niño. En un momento de enojo, ira y frustración dispararía hasta el cansancio para ya nunca más volver a ser imitado.

---

**Arabelle Jaramillo.** *Nació en México, DF. El 23 de abril de 1978. Panameña por consanguinidad.*

*Estudios parciales de Relaciones Internacionales en México. Emprendedora y fotógrafa, ha publicado poemas y cuentos en la revista "Maga". Ha tomado talleres de cuento con el escritor Enrique Jaramillo Levi, su padre. Aparece en "Los recién llegados (54 cuentistas inéditos cuentan en Panamá: antología)" (2013) y en el libro colectivo "9 Nuevos cuentistas panameños" (2013).*

---



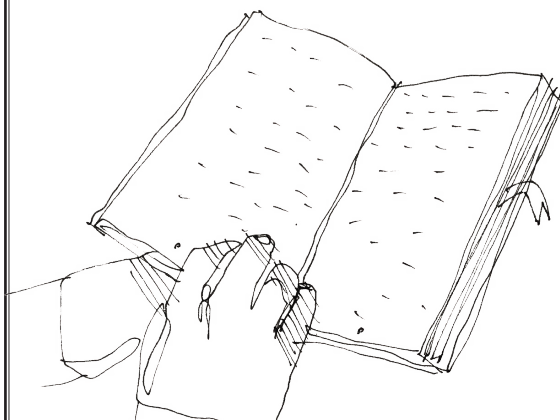
## VERDADERA HISTORIA DE LA CREACIÓN DEL DÍA DE LA ESCRITORA Y EL ESCRITOR PANAMEÑOS

INFORMACIÓN BÁSICA EN TORNO  
A LOS ANTECEDENTES Y CREACIÓN  
DE LA LEY 14 DEL 7 DE FEBRERO  
DE 2001, QUE INSTITUYE EL  
"DÍA DE LA ESCRITORA Y EL  
ESCRITOR PANAMEÑOS" Y CREA LA  
"CONDECORACIÓN ROGELIO SINÁN"

1. El escritor Enrique Jaramillo Levi propone, por primera vez, la creación del "Día del Escritor" en la revista cultural **Maga**, No. 16 -17, correspondiente a enero - abril de 1991, pág. 62. En los 8 siguientes números de dicha revista se sustentó la misma propuesta, sin éxito.
2. En abril de 2000 la Universidad Tecnológica de Panamá presenta un Ante-proyecto de Ley en la recién creada *Oficina de Participación Ciudadana* de la entonces denominada Asamblea Legislativa, para la creación del "Día del Escritor", a instancias de Enrique Jaramillo Levi, entonces Coordinador de Difusión Cultural de la dicha institución,

y con el aval del Ing. Héctor Montemayor, Rector de la UTP

3. El 27 de diciembre de 2000 se le da Primer Debate a este Anteproyecto de Ley en la Asamblea Legislativa. Dicha reunión se celebra en el Campus "Víctor Levi Sasso" de la Universidad Tecnológica de Panamá, con la asistencia de autoridades y profesores de la institución, y de diversos escritores invitados.
4. El 31 de diciembre de 2000, se aprueba en segundo y tercer debate, en la Asamblea Legislativa, la creación del "**Día de la Escritora y el Escritor Panameños**" y de la "Condecoración Rogelio Sinán" (cada dos años, ésta), a celebrarse cada año el 25 de abril, día del natalicio del insigne escritor nacional Rogelio Sinán. El apoyo dado a esta iniciativa por la entonces legisladora, poeta Gloria Young, y el entonces Director General del Instituto Nacional de Cultura, escritor Rafael Ruiloba, fueron primordiales
5. El 7 de febrero de 2001, la Presidenta de la República, Sra. Mireya Moscoso, sanciona la Ley 14 que crea el "**Día de la Escritora y el Escritor Panameños**", así como la **Condecoración Rogelio Sinán y el Consejo Nacional de Escritores y Escritoras de Panamá (formado por 9 escritores nombrados por nueve instituciones culturales del país)**, entidad encargada de designar, cada dos años, al escritor o escritora que, por sus méritos literarios y humanos de toda una vida, merezca dicha Condecoración. Las tres iniciativas, complementarias entre sí, forman parte de la misma ley.
6. El 25 de abril de 2001, el Instituto Nacional de Cultura organiza, por primera vez, el "**Día de la Escritora y el Escritor**



**Panameños**" (con el tiempo, esta fecha ha sido denominada según la propuesta original, como es gramaticalmente correcto: "Día del escritor panameño), con una Mesa Redonda en el Ateneo de Ciencias y Artes (Sociedad de Ingenieros y Arquitectos), titulada "El reto del escritor panameño". Participan los escritores: Justo Arroyo, Elsie Alvarado de Ricord, Enrique Jaramillo Levi, Consuelo Tomás y Rosa María Britton ante numeroso público.

7. El 25 de febrero de 2002 la Presidenta de la República, Sra. Mireya Moscoso y la Ministra de Educación, Profesora Doris Rosas de Mata, firmaron el Decreto Ejecutivo No. 47, "por el cual se reglamenta el artículo 5 de la Ley 14 de 7 de febrero de 2001, que declara el 25 de abril de cada año, Día de la Escritora y del Escritor Panameños y se crea la Condecoración Rogelio Sinán". (1) Este Decreto se publicó en la Gaceta Oficial el 1 de marzo de 2002.
8. El Consejo Nacional de Escritores y Escritoras de Panamá abre una amplia convocatoria en febrero de 2002, a fin de que personas e instituciones debidamente acreditadas postulen candidatos y candidatas a la Condecoración Rogelio Sinán 2002.

Dicho Consejo recibe cinco postulaciones; se trata de los escritores: Elsie Alvarado de Ricord, Justo Arroyo, Ernesto Endara, José Franco y Luis Carlos Jiménez Varela. Tras estudiar detenidamente los documentos de cada candidatura, el Consejo selecciona y designa a Elsie Alvarado de Ricord, poeta y ensayista destacada, para recibir la Condecoración Rogelio Sinán.

9. El 15 de abril de 2002, la Ministra de Educación, Prof. Doris Rosas de Mata, anuncia que ha sancionado la designación hecha por el Consejo Nacional de Escritores y Escritoras de Panamá para que la poeta y ensayista Elsie Alvarado de Ricord, por sus méritos literarios y humanos, reciba la Condecoración Rogelio Sinán.

El 25 de abril de 2002, la Presidenta de la República, Sra. Mireya Moscoso, entrega en el Teatro Nacional la Condecoración Rogelio Sinán a la poeta y ensayista Elsie Alvarado de Ricord ante un lleno completo (Elsie Alvarado de Ricord fallece tres años más tarde en la ciudad de Panamá el 18 de mayo de 2005).

10. Esta Condecoración consiste en:
  - a) Medalla de oro con la efigie de Rogelio Sinán;
  - b) B/.10.0000 (aportados a partes iguales por el Ministerio de Educación y el Instituto Nacional de Cultura);
  - c) Pergamino de Honor al Mérito;
  - d) Copia de la Resolución mediante la cual se ha designado a determinada escritora o escritor para tan alto honor.
11. Posteriormente, se ha seguido celebrando cada 25 de abril el “Día de la Escritora y el Escritor Panameños”; y cada dos años también se ha continuado seleccionando a un destacado escritor o escritora para

otorgársele, por parte del Estado, la Condecoración Rogelio Sinán.

Así, los creadores literarios que han recibido después de Alvarado de Ricord esta distinción son los siguientes: Guillermo Sánchez Borbón (Tristán Solarte), en 2004; Carlos Francisco Changmarín, en 2006; Pedro Rivera, en 2008; Demetrio Fábrega, en 2010.

(1) La Condecoración Rogelio Sinán, que se otorga por la excelencia de la obra literaria de toda una vida, no debe confundirse con el **Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán”**, creado en la Universidad Tecnológica de Panamá, en 1996, por el escritor Enrique Jaramillo Levi, entonces Coordinador de Difusión Cultural de dicha institución, el cual es el único certamen internacional que tiene la República de Panamá en el campo de las Letras; este concurso ha continuado convocándose anualmente por la UTP durante 22 años, en géneros literarios alternados: Novela, Cuento, Poesía. El Premio consta ahora de B/. 10,000.00, Diploma de Honor al Mérito y publicación de la obra ganadora.

\* Este texto se publicó en mi libro **“Con calma y buena letra”** (UTP, Panamá, 2011), págs. 242-246. Habría de reproducirse también en la sección sobre la labor cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá de mi libro de ensayos **“En resumidas cuentas (La UTP y la literatura panameña: Mi testimonio y otras reflexiones afines)**, porque la Ley que crea el *“Día de la Escritora y el Escritor Panameños”* y la Condecoración “Rogelio Sinán” es un importante mérito cultural específico de la Universidad Tecnológica de Panamá que hay que destacar. (EJL)

## SIETE POEMAS

Héctor Aquiles González



### La magia del alcohol

*En aquella casa de leyenda  
el dueño desapareció  
en su botella de ron.*

### Noches blancas

*Felicidad efímera, amar libremente a otra persona,  
aun cuando el destino indique que no pueden estar juntos.*

*Fiodor Dostovsky*

*Lo que sucede en una taza de café:  
La retorsión del ánimo, es decir, los  
espasmos de caer en el líquido hirviendo.*

*El remedio que describe los males, es decir,  
los desuellos que desnudan el corazón.*

*Combinación que obliga a no explicar  
lo inexplicable.*

## Insomnio poético

*Hay poemas que no duermen  
que vagan con sus tintas invisibles  
para que no los aprehendan  
para que no los plagien  
para que no los condenen  
al eterno silencio.*

## Draculiana

*Oscura noche  
Con aullidos de lobo y tempestades*

*Espejos sin reflejos/  
dientes de ajo por el suelo esparcidos.*

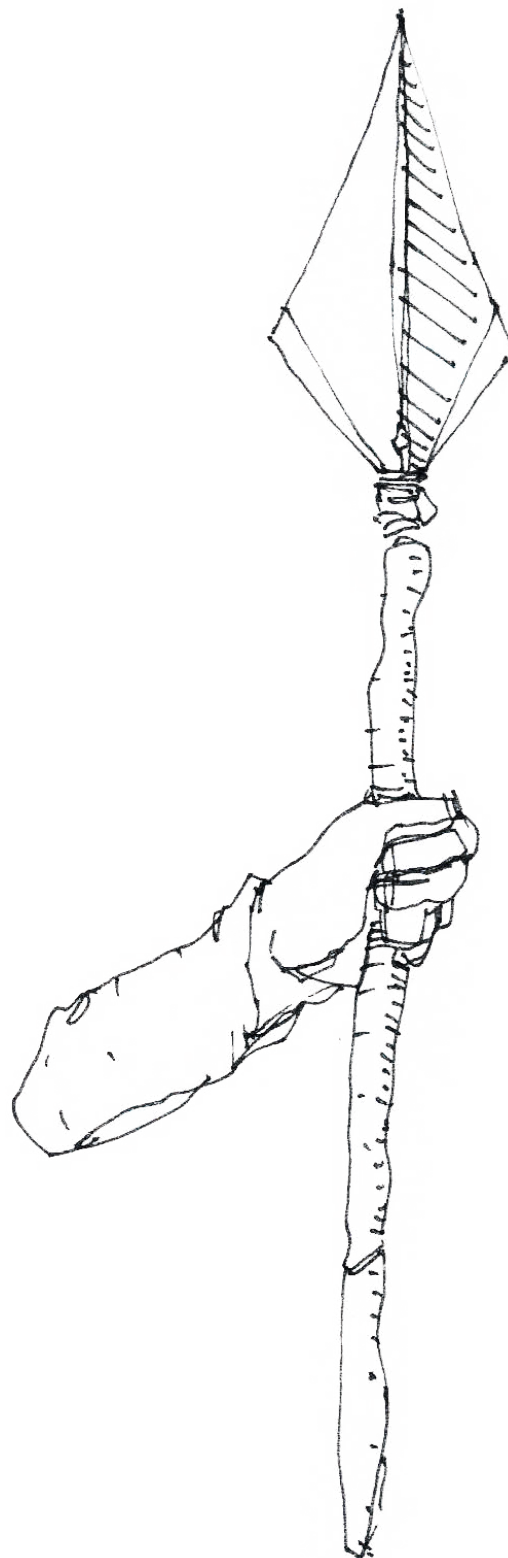
*Senos erguidos por un viento  
que azota cabelleras.*

*Sediento, sus mordidas seductoras  
tocan fondo.*

## Desnudos

*Son los frescos que en la madrugada  
desmaya un pincel sobre el blanco lienzo:  
protesta del rojo, azul y verde en la alquimia  
que intenta plasmar los gritos de niños en la calle*

*desnudos de calor,  
hambrientos  
dejados solos.*



## Cuenta

*Ayer,  
pergamino exhumado  
en arenas del desierto.*

*Hoy,  
mundo enroscado  
en conciencias moribundas.*

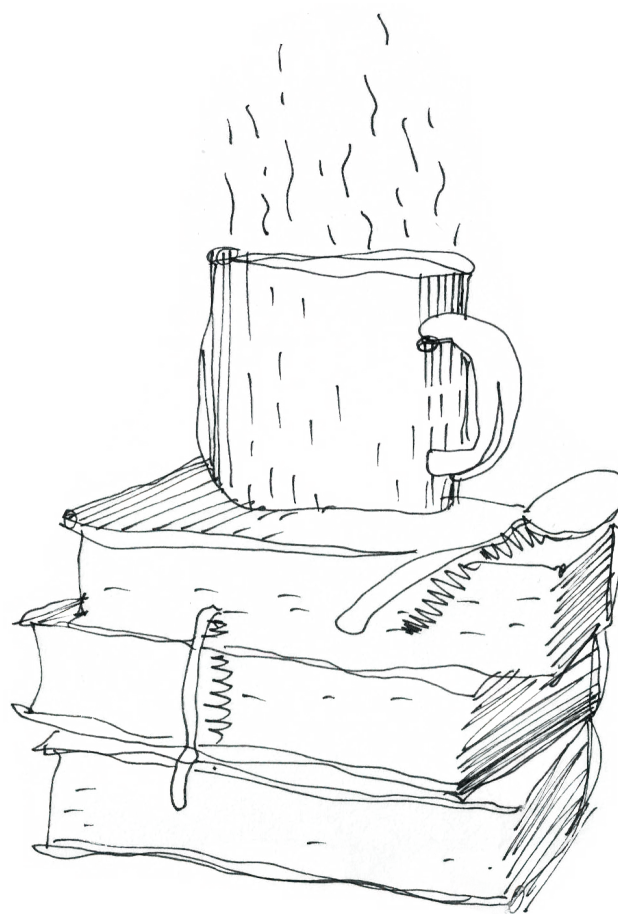
*Mañana,  
¿El recuerdo superfluo de un planeta extinto?*

## Rechifla

*I.  
Ovación en la gran carpa  
a punto de cerrar.*

*Un escape ilusorio,  
recurso de teatro*

*II.  
Gran vuelta de tuerca:  
bombos y platillos,  
salva de cañonazos  
y la muerte del escapista.*



*\*Tomados de Héctor Aquiles González. **Como un muro es la pregunta**, el duende gramático, Panamá, 2018.*

---

**Héctor Aquiles González.** Ciudad de Panamá, 1963. Licenciado en Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras por la Universidad Interamericana de Panamá y Educador en Docencia Media Diversificada por la Universidad de Panamá. Egresado del Diplomado en Creación Literaria de la UTP. Libros de cuentos: **El espejo burlón y otros relatos...** (2012); **La última carcajada y otras minificciones** (2013) y **El sabor del barrio y la calle** (2017). Novela: **El sheriff de Panamá.** Poesía: **Como un muro es la pregunta** (2018).

---

## Sergio Ramírez: la sencillez y la grandeza en la literatura

Joaquín González J.



El Premio Cervantes, considerado por muchos como el Nobel de literatura en idioma español, fue otorgado este año al escritor nicaragüense Sergio Ramírez Mercado.

Enterarme de este merecido reconocimiento, me llenó de inmensa alegría, no solo por tratarse de un magnífico escritor latinoamericano (de paso uno de mis autores favoritos), sino especialmente por tratarse de un ser humano de excepcional sabiduría y sencillez.

Es común encontrar a Sergio Ramírez cada año en La Feria del libro en Panamá, recorriendo las estanterías y ojeando libros como cualquier mortal. Cada vez que puedo, me divierto poniendo a prueba su humildad al reconocerlo entre el público. Me acerco, lo saludo y siempre accede a autografiar libros con el mismo entusiasmo, emoción y alegría

de su primer ejemplar.

*“Escribo entre cuatro paredes, pero con las ventanas abiertas”,* dijo Sergio Ramírez en Alcalá de Henares en su discurso de recepción del premio Cervantes, en clara alusión a que si bien su literatura es producto de la imaginación, está siempre “encandilada” por la realidad.

Con un lazo negro en la solapa de su saco, empezó diciendo: *“Permítanme dedicar este premio a la memoria de los nicaragüenses que en los últimos días han sido asesinados en las calles por reclamar justicia y democracia, y a los miles de jóvenes que siguen luchando sin más armas que sus ideales porque Nicaragua vuelva a ser república”.*

Para reivindicar el protagonismo que la literatura reserva a aquello que muchas veces es ignorado por la historia, en otra parte de su intervención agregó: *“una novela es una conspiración permanente contra las verdades absolutas”.* *“Como novelista no puedo ignorar la anormalidad constante de las ocurrencias de la realidad en que vivo. “Cerrar los ojos es traicionar el oficio”.*

Sus puntuales aseveraciones me hicieron recordar una cita del escritor portugués José Saramago: *“Nuestro oficio es levantar piedras. Si debajo de ellas encontramos monstruos, no es nuestra culpa”.*

Sin duda, Ramírez es un escritor natural que sabe de qué está hablando. Conversa con suaves ademanes. No se desgañita. Enamora con las palabras. Parla como un arroyo cristalino. Es un agudo observador que sabe cómo convertir la realidad en una obra de arte a través de la imaginación plasmada en sus novelas.

Ramírez afirma que a través de los siglos, la historia se ha escrito siempre en contra de alguien, o a favor de alguien. La buena literatura en cambio, logra plasmar la realidad, pero sin tomar partido, ya que si lo hace, "arruina su cometido". A través de la novela, ambos mundos: el real y el imaginario, se complementan y a la vez sirven de contrapeso ante los ojos del lector que desea formarse un juicio propio.

Escuchar las ponencias de Sergio Ramírez siempre es un deleite para el intelecto, y su discurso de aceptación del Premio Cervantes no fue la excepción, ya que sin perder de vista el tema de "la realidad" que circunda al novelista, el núcleo de las palabras del escritor de "Margarita está linda la mar", fue una vez más, un sublime canto al vínculo transatlántico del idioma español, con nuestra América mestiza.

Ramírez hizo esta vez, una audaz comparación entre el papel fundacional que jugaron los ejemplares de *El Quijote*, llegados a Portobelo en 1605, y el poemario de Rubén Darío (*Azul*), llegado a Madrid en 1888. A partir de estos dos eventos, afirma Ramírez, quedó inaugurada la Modernidad en la literatura hispanoamericana.

Como era de esperarse, el escritor galardonado con el Premio Cervantes rindió homenaje a su familia, a sus maestros y a sus amigos. "Siento que soy la síntesis de mis dos abuelos, el músico y el ebanista", subrayó antes de recordar y agradecer también las enseñanzas que obtuvo de Carlos Fuentes, García Márquez, Cortázar, Rulfo y Vargas Llosa, entre otros.

Al margen de la aparente frivolidad de nuestra cultura, ante un hecho como este, los panameños deberíamos sentirnos regocijados por esta distinción conferida a un escritor de la talla de Sergio Ramírez Mercado. Y por qué no, los escritores sentirnos, además, motivados a seguir su ejemplo de sencillez y grandeza.

---

**Joaquín González Justavino.** Nació el 12 de setiembre de 1953. Profesor de Biología, graduado en Universidad de Panamá. Libros: "**Intención de artista**" (Cuentos; 2004), "**La otra mirada**" (Ensayos; 2006), "**Polen del alma**" (Novela; 2014), "**La ocarina de oro**" (Novela; 2016).

---





## TRES POEMAS

Gloriela Carles Lombardo

### Cazador

*aunque le abrigue un tigre  
y de su cuello cuelgue una esquirra de marfil  
la muerte ondea en su oscuridad*

*tal vez las bestias lloren los trofeos que lo gobiernan  
y la sangre saboree en sus manos crueles*

*o tal vez su propia piel sirva de limpiabarros  
y los buitres picoteen sus ojos*

*este hombre clava un puñal contra sí mismo*

### Vendaje

*acercas a mi oído una intimidante respiración  
mientras me atas las manos y me vendas los ojos  
y presiento los días sobre mi espalda*

*así tan así*

*como cuando se colocan los sacos de cemento*

*uno*

*sobre*

*otro*

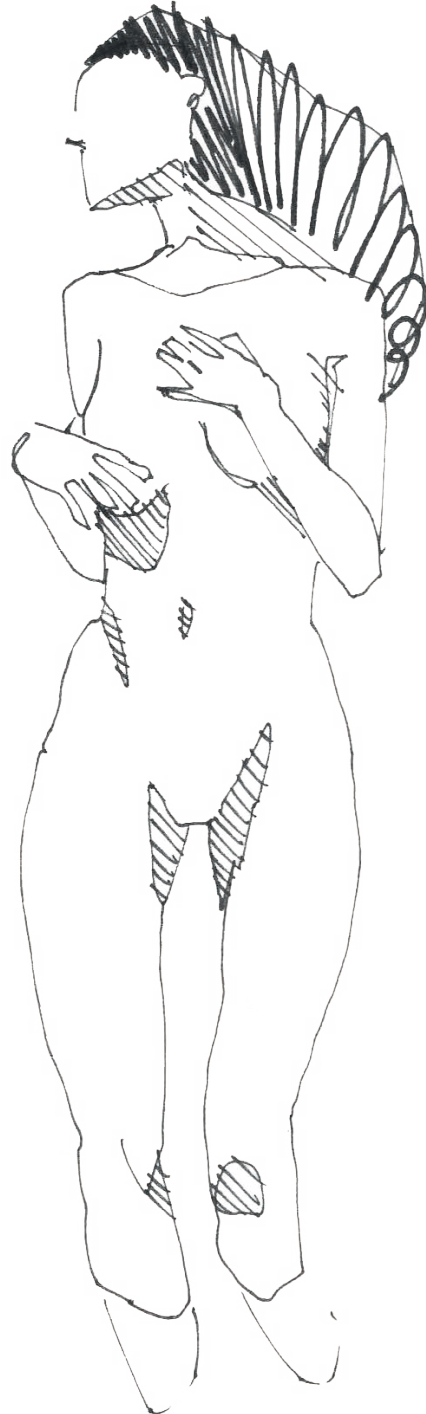
*en una laboriosidad incesante que tiraniza*

*¿por qué te escondes al vendarme?*

*piensas tú que no me dejas ver al otro lado*

*pero vuelvo al sol*

*antes de que amanezca*



## Biografía

*mis dientes chocan como crótalos  
mi barbilla sueña con cangrejos inmortales  
en mis pechos cantan dos sonajas  
una fruta se hornea en mi cerebro  
a mis pestañas las olas regresan de no-sé-qué-mar  
por mis orejas pastorean los barcos  
en mi nariz un libro se desbroza  
mi pupila izquierda respira cicatrices  
una luz violeta emerge entre mis muslos  
hay cosechas de mi índice en mi mente  
a mi corazón el sol se adhiere sin reservas  
una orquídea se abre hambrienta en mis lunares  
en mis caderas viene a yacer el horizonte*

*sí: soy un guiño de labio entre latidos*

---

### Rogelio Guerra Ávila gana Premio Sagitario Ediciones de Novela Corta 2018

*El escritor Rogelio Guerra Ávila es el ganador de la quinta versión del Premio Sagitario Ediciones de Novela Corta 2018, por Fallo unánime del jurado calificador, integrado por los escritores Margarita Vásquez, Rodolfo de Gracia y Joaquín González. La obra premiada lleva por título “UNA CORONA CON CANTÁRIDAS”.*

*Guerra Ávila se hace acreedor a la suma de B/. 2,000.00, Diploma de Honor al Mérito y la publicación de su novela galardonada por parte de Foro/taller Sagitario Ediciones. Tanto el acto de premiación como la presentación de esta novela se llevarán a cabo durante la Feria Internacional del Libro, que organiza la Cámara Panameña del Libro cada año en el mes de agosto.*

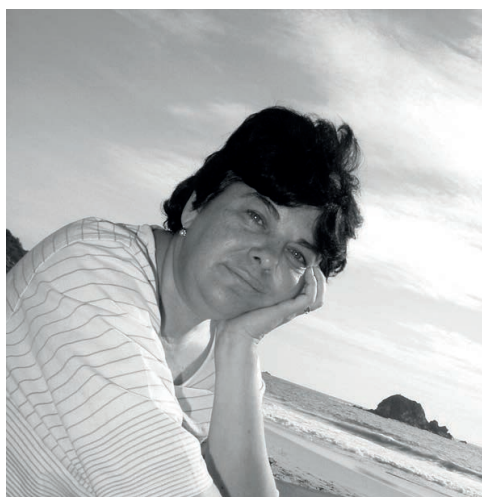
---

## CUATRO ESCRITORES DE QUERÉTARO, MÉXICO

Araceli Ardón; Rodolfo Loyola Vera; Cony Pedraza;  
Miguel Aguilar Carrillo

### Eleanor

Araceli Ardón



*Quando Dios no le hace beneficios al hombre,  
porque los ha de convertir el hombre en su daño,  
reprime Dios los raudales de su inmensa liberalidad,  
detiene el mar de su infinito amor  
y estanca el curso de su absoluto poder.*

*Sor Juana Inés de la Cruz  
Carta Atenagórica, 1690.*

*—Eleanor, abre la boca y cierra los ojos —ordenaba a mis oídos una voz ronca, varonil, llena de matices. Era el preludio de un juego fascinante.  
Yo obedecía, encantada de la vida. Tenía seis años: tiempos de plena confianza, sin preocupación alguna.  
Ponía todos mis sentidos en la breve ceremonia.  
Cerraba los ojos apretando mis pestañas para no ver, fruncía la naricilla respingada y me preparaba para el placer.  
Quería disfrutar con todo mi ser el divertido ritual que teníamos él y yo. Para ello, escuchaba con*

*emoción el crujir del papel dorado que envolvía la tableta. Contaba los segundos que él tardaba en abrir el tesoro.*

*El chocolate llegaba hasta mis labios abiertos y se posaba en mi lengua, que lo recibía como una mariposa de alas extendidas, golosa y brillante.*

*El aroma ascendía hasta llenar el paladar, el sabor de la cocoa envolvía los dientes, se esparcía por toda la cavidad, bajaba por la garganta. Mi corazón latía contento. Abría los ojos y me encontraba con su mirada que era una chispa en un rostro que sabía ser feliz y hacer felices a los demás.*

*Mordida tras mordida, mi cuerpo disfrutaba el dulce durante esos minutos, alargando el tiempo, atrapando la sensación para que durara todo el día.*

*No recuerdo si me sentaba sobre sus piernas. Es posible. Sobre todo al principio, cuando yo era muy pequeña. Después, cuando sus frases me sobresaltaban y algo en mi interior activaba la alarma para encender focos rojos en mis venas, puse todo mi cuidado en nuestra separación física, aunque seguía aceptando los dulces.*

*En la edad adulta, me tomó años de terapia aceptar que ese juego, en su primera etapa, era un acto inocente. Tuve que revivir el recuerdo de manera consciente y apartarlo de mi construcción mental para analizar mi miedo. No podía seguir en el dolor. No quería continuar en esa prisión.*

*Mi terapeuta, el doctor De la Peña, me explicó los peligros de seguir rumiando las escenas dañinas, reproduciendo la película de los recuerdos en la pantalla de mi mente, quizá añadiendo palabras, gestos, intenciones y respuestas que no ocurrieron en realidad.*

*La memoria puede caer en juegos perversos, lo sé bien.*

*Hace tres días me pasó algo curioso: salí de la sesión de terapia y en el radio del coche, en medio del tránsito, Shakira comenzó a cantar: “No se puede vivir con tanto veneno”. La pegajosa melodía se metió en mi cerebro. Todavía anda por ahí.*

*Dos semanas atrás, en un taller de sensibilización exigido por mi empresa, tuve que participar en una dinámica sanadora. El instructor nos hizo caer ciegamente en brazos de otros para aumentar el nivel de confianza. Nos puso a bailar, a cantar, a repetir frases. Yo traté en vano de no sentir que estaba haciendo el ridículo.*

*Odio esos talleres: me sacan de mi posición, de mi autoridad, de mi oficina. Pero esta dinámica me hizo reconocer que necesito recuperar mi confianza en los demás.*

*Después del taller, le comenté la experiencia al doctor De la Peña, quien me enfrentó a mis demonios.*

*—¿Cuáles son tus opciones? —me preguntó, sobre la situación en que me encuentro.*

*—Donar la casa a una institución —le dije.*

*Yo sé cuál será la reacción de mis padres ante mi rechazo a la herencia de mi padrino César: se pondrán furiosos, llamarán a todos en la familia, tocarán el tema en la comida de cumpleaños*

*de mi hermana Silvia. Me llamarán egoísta, pensarán que no sé aprovechar las oportunidades que me ofrece la vida. De cualquier manera, la decisión está tomada.*

*Ayer por la tarde anuncié a mi asistente que no volvería a la oficina después de comer. Pasé a recoger a mi madre al salón de belleza. Juntas fuimos por mi madrina Ana Luz. Mamá se quedó en el coche. Entré sola a la casa de mis padrinos, donde todo estaba igual que siempre, como si nada hubiera pasado.*

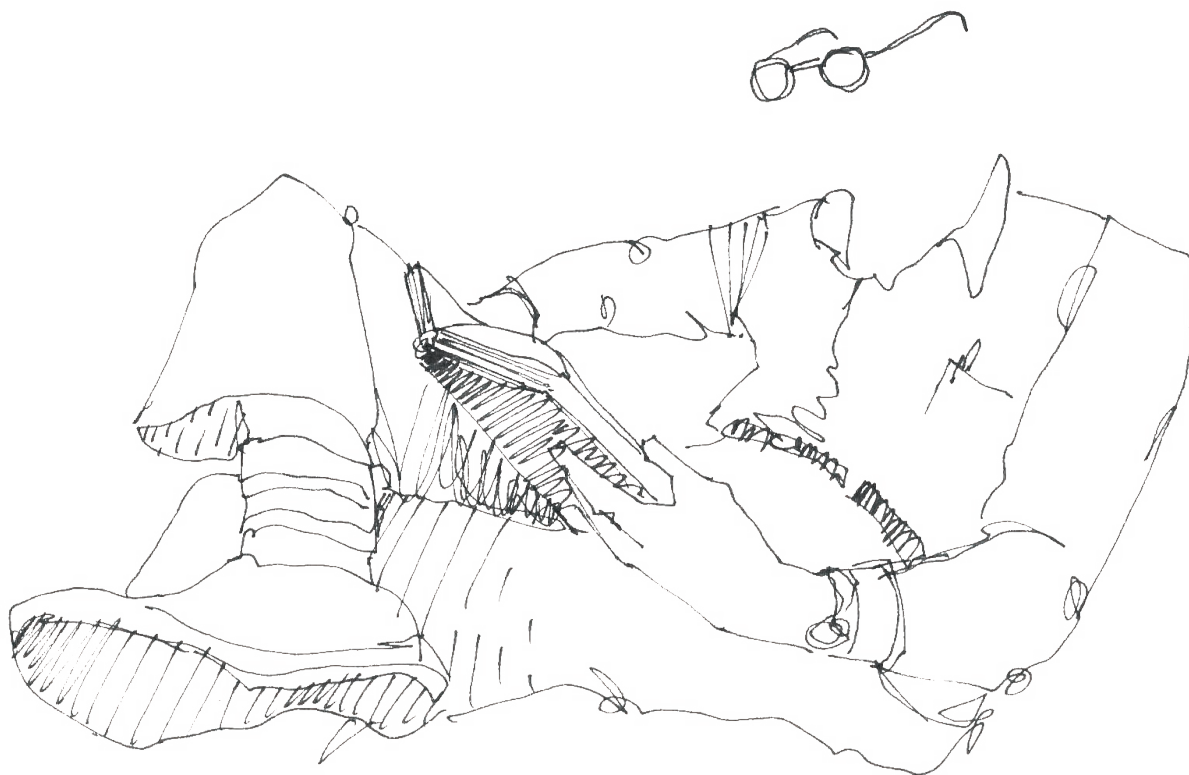
*El ambiente era el mismo: aromas picantes que venían de la cocina, más el polvo acumulado en los entrepaños de la biblioteca, y el olor callejero de los pelos del gato que forman madejas bajo los sillones.*

*La cocinera, la vieja Elvira, me recibió como si yo siguiera siendo una niña. Me abrazó con tanta fuerza que mis lentes cayeron al suelo. Los recogí y eso le provocó una carcajada. Para ella, yo estaba cometiendo una travesura.*

*Elvira no estaba aquel domingo, cuando aquella cosa horrible ocurrió. Yo tenía diez años. Nos habíamos reunido en la casa de mis padrinos. Las señoras habían ido al mercado por compras de último minuto. Mi padre había traído el carbón y las cervezas. Mis hermanos estaban en prácticas de atletismo. En ese momento, mi papá recordó que había dejado la botella de ron en nuestra casa.*

*—No tardo, compadre —dijo mi padre mientras corría al coche.*

*—No te preocupes, yo cuido a la nena —contestó mi padrino César.*



*La nena, que era yo, estaba tirada en la alfombra, leyendo el libro de Anna Frank. Mi padrino me pidió que le llevara una cerveza. La saqué del refrigerador, la envolví en una servilleta desechable, la destapé.*

*—Aquí tienes —le dije sonriendo.*

*Dio un trago a la bebida y eructó haciendo mucho ruido. Yo me reí como si estuviéramos jugando. Mi padrino César estaba feliz.*

*—Abre la boca y cierra los ojos —me dijo como siempre.*

*Entonces escuché los sonidos que ocuparon mis pesadillas por tanto tiempo: sus manos desabrochando su cinturón, el cierre de su bragueta que se bajaba por completo. Cuando me di cuenta, un trozo enorme de carne estaba dentro de mi boca. Abrí los ojos y me encontré con su ombligo.*

*Me sobrevino una arcada terrible. Una reacción de náusea abarcó mi ser. No podía vomitar: su mano dura y fuerte rodeaba mi nuca, apretando mi cabeza contra su cuerpo.*

*Su boca gemía.*

*Con su mano, dirigía mis movimientos, para que su miembro duro y grueso entrara y saliera golpeando mis dientes hasta llegar a la garganta.*

*Yo no podía detener la tortura.*

*Sentí el paladar lleno de esa carne palpitante, la lengua atormentada, mis ojos llenos de lágrimas.*

*Cuando se retiró dejando su rastro en mi boca, me escapé como pude y corrí al baño.*

*Tomé el pomo de la cerradura en mi mano y me giré para mirarlo: su rostro estaba enrojecido, bañado en sudor. Grandes manchas de humedad se adivinaban en su playera verde. Parecía un boxeador después de un round.*

*A mi padrino y a mi papá les encantaba ver las peleas en la televisión los sábados de noche. Las señoras preparaban la cena y los chiquillos jugábamos con el perro, corríamos por el jardín y nos peleábamos como lo hacen los hermanos.*

*Mis padrinos no tenían hijos.*

*Después de aquel encuentro, mi mirada de terror le impidió volver a tocarme. En los años siguientes, ni siquiera le di la mano. Era imposible no recibirlo en casa: era el mejor amigo de mi padre. Él y su mujer me habían llevado a la pila bautismal, habían ayudado a mis padres a elegir mi nombre.*

*En los meses posteriores al incidente, yo perdí el apetito.*

*El sabor de algunos alimentos me recordaba aquella experiencia. El médico advirtió a mis padres que yo estaba en peligro de afectar mi sistema y la anorexia podía causar un retraso en la llegada de la menstruación.*

*Esa fue la primera vez que mi madre escuchó la palabra anorexia. Ella se convirtió en*

*investigadora de las enfermedades vinculadas con los desórdenes alimenticios. Me premiaba mis calificaciones con pasteles, helados, postres riquísimos.*

*Mi crecimiento se detuvo. Me llevaron a la psicóloga de la escuela, quien me preguntó varias veces, con muñecas y dibujos, si yo había sido dañada en mi integridad física.*

*Esas eran sus palabras: integridad física.*

*Yo nunca acepté, nunca narré en su consultorio aquel episodio que involucraba a un hombre al que yo adoraba desde pequeña.*

*Con esfuerzos acepté decirle que en mi recuerdo más lejano había una tarde en que mi padrino me llevó a comprar dulces. Yo tendría cinco años.*

*—Eres tan bonita, que cuando seas mayor me casaré contigo —me dijo con el tono seguro y firme que usaba para dar órdenes.*

*—Pero ya tienes una esposa —me defendí como pude.*

*—No importa. Un hombre puede tener una mujer —engoló la voz— y una mujercita —fue la primera vez en que me llamó así.*

*—Le voy a decir a mi papá —amenacé.*

*—Tu papá sabe y me dio permiso —concluyó.*

*En aquel momento supuse que él decía la verdad y que mi padre autorizaba aquel acoso.*

*Ahora estoy segura de que nunca lo habría permitido. Mi padre me ama, en su vejez se preocupa por mí. Le duele saberme sola. Siente que cuando mueran él y mi madre, me quedaré en el desamparo.*

*—No haces ningún esfuerzo por sacarte provecho —mi madre me reclama, cuando entra a mi recámara.*

*Para ella, el que yo no haya tenido novio es mi culpa: primero por dedicar los fines de semana a estudiar, luego por trabajar tanto, ahora porque dedico mis horas libres a ver películas en pijama, en lugar de ponerme ropa linda, maquillarme, enviar mensajes de WhatsApp para reunir a mis amigos, irme de fiesta.*

*Mamá daría lo que fuera porque un sábado yo saliera con un muchacho, aunque regresara a casa el domingo por la mañana.*

*En el trayecto a la notaría, mi madre trató de consolar a mi madrina que gastó tres pañuelos desechables en limpiar la congoja. Todavía sufre la pérdida de su marido. Sus lágrimas fluyen con naturalidad, sin aspavientos.*

*Ana Luz, mi madrina, es la persona más bondadosa que yo he conocido. No recuerdo un momento de mi vida en que no haya estado presente: los viajes de la infancia, mi primera comunión, los premios deportivos, la graduación de la prepa, la entrega de mi título en la universidad.*

*Mi madrina ha estado siempre a mi lado. Me cuidó por años, me ayudó a sostenerme en mis*

*piernas al comenzar a caminar, compró mis primeros libros de cuentos. Me acompañó con amor incondicional. Salvo aquel día de la carne asada. Ella no estaba presente y no imagina lo que ocurrió.*

*A partir de ese día, César supo que nunca más volveríamos a estar solos.*

*Dejé de sentarme sobre sus piernas. Cuando me encontraba con sus ojos, rehuía su mirada.*

*También él parecía atribulado. Nunca hablamos del suceso. Nunca nos dimos oportunidad.*

*Pasó un año y volví a comer, recuperé el peso ideal. Los postres, sin embargo, no volvieron a tener el mismo sabor. Veía a mis amigas disfrutar en cada fiesta, y no logré recuperar el placer de comer helados. No se diga los chocolates.*

*Nunca más un chocolate, me ordenó una voz interior.*

*Una tarde de mi adolescencia, al regresar de la escuela, vi el automóvil de mi padrino afuera de mi casa. Mi corazón palpitó a tal velocidad que alcancé a abrir la puerta de la cochera, dejar por ahí mis libros y volver a salir a la calle. Como una gacela, como si el diablo me persiguiera, llegué a la casa de mi abuela.*

*Desde ahí llamé por teléfono a mi madre. Inventé una tarea escolar en casa de Luisa, vecina de mi abuela. Mi mamá me dio la recomendación de siempre: “Come bien, da las gracias, regresa antes de que caiga la noche”.*

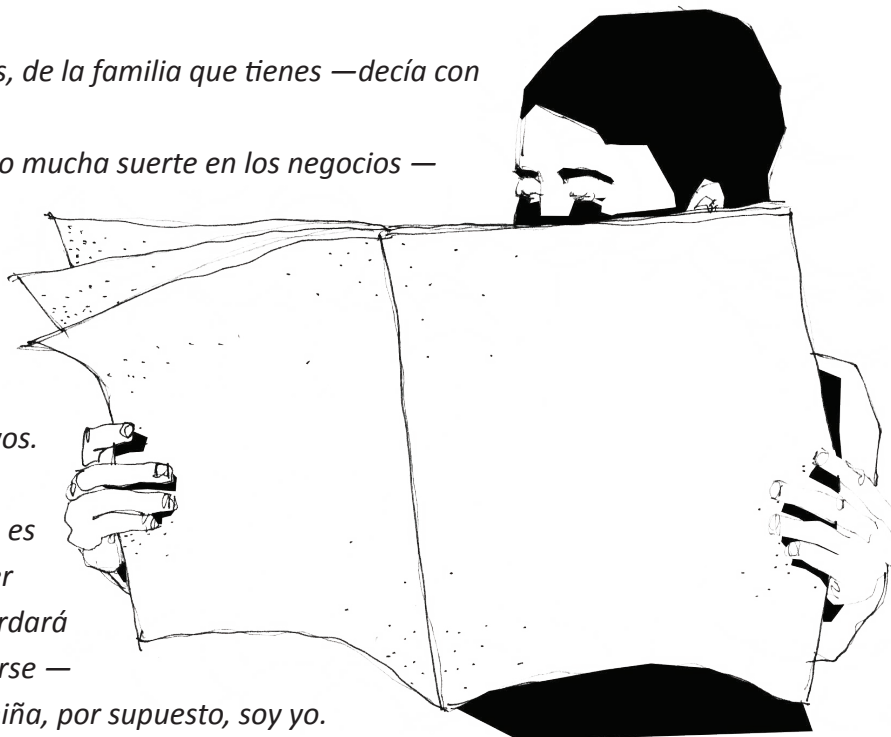
*En los últimos meses, el padrino César contaba sus achaques con los dedos de las manos. Había aumentado de peso y con ello llegaron la hipertensión, la diabetes, los problemas de movilidad.*

*—Dale gracias a Dios, Luis, de la familia que tienes —decía con los ojos húmedos.*

*—Compadre, tú has tenido mucha suerte en los negocios — refutaba mi padre.*

*—La felicidad no se compra —decía mi padrino y sacaba su teléfono para mostrar fotos de sus edificios nuevos.*

*—Yo quisiera uno de esos departamentos. Esta casa es muy grande para mi mujer y para mí. Esta niña no tardará en encontrar novio y casarse — contestaba mi padre. La niña, por supuesto, soy yo. La única hija soltera.*





*Un infarto al miocardio se llevó a César a la otra vida hace dos meses. Mi madrina soportó todos los ritos con mayor fortaleza de la que yo le concedía.*

*En la notaría, mi madrina firmó los documentos para que su enorme casa del Centro Histórico pasara a ser de mi propiedad. Ella tiene alquilada una linda habitación en una residencia para personas de tercera edad. "Me tratarán como reina", dice con mucha ilusión.*

*Después de firmar los documentos, hice que Mariela Ruiz pasara al despacho del notario. Ella dirige una institución que atiende a niñas víctimas de violencia familiar y abandono. Su nueva propiedad, donada por mí, es la casa de mis padrinos. El inmueble puede albergar dieciocho niñas. Tiene un jardín donde podrán instalar un taller de arte. La gran sala se dedicará al estudio y la lectura. Algunos muebles se venderán, otros serán de utilidad para esta labor de restauración de dignidades perdidas.*

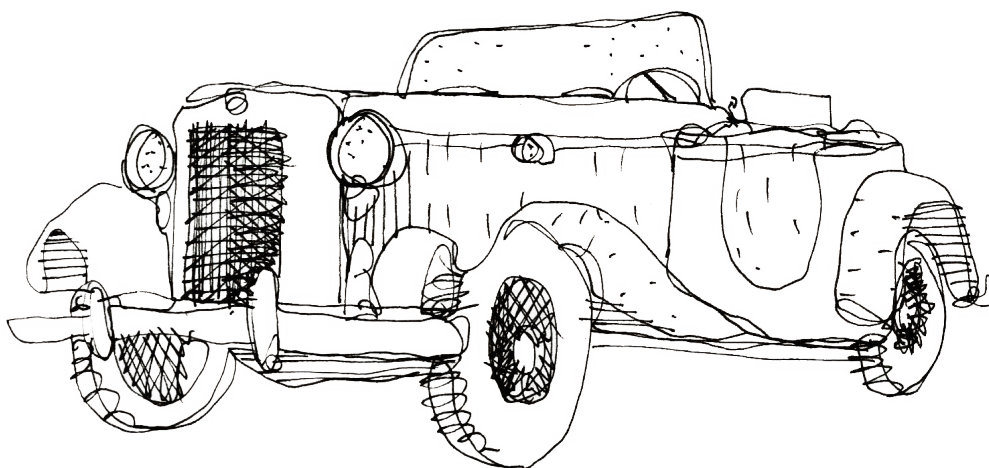
*Mi madrina lloró de emoción al escuchar a Mariela, cuando explicó cuál será el uso de la propiedad. Si algo intuye sobre lo que hizo su marido, no lo dejó traslucir.*

*Anoche dormí profundamente y desperté llena de vigor, como no lo hacía desde que era niña.*

---

**Araceli Ardón.** *Nació en San Miguel de Allende, Guanajuato en 1958. Reside en Querétaro. México. Licenciada en Ciencias de la Comunicación. En 1988 ganó el Premio Nacional de Periodismo "Rosario Castellanos". En 2006 le fue otorgada la "Medalla Junípero Serra" por el Congreso del Estado de Querétaro por su contribución a la promoción cultural en el estado. Ha sido profesora de Literatura y Español en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Querétaro, tanto a nivel preparatoria como profesional. También en la Universidad de Oregon y en Westmont College, en California. Dirigió el Museo de Arte de Querétaro. Novelas: **Historias íntimas de la casa de Don Eulogio** (1998) y **El arzobispo del gorro azul** (2006).*

---



## 8 RELATOS

Rodolfo F. Loyola Vera



### segunda vez

*Entre sombras miró a su madre doblarse, una vez más, bajo el peso de los puños de su padre. Las palabras hirientes de él estallaban en el rostro de ella. La sangre de ella era como plomo líquido sobre los ojos asombrados de ese niño. No resistió más y en ese momento dejó la casa para vagar enmudecido, intentando borrarse del mundo.*

*En su error tropezó con una casa ruinosa. La miró apenas y se vio en su lobreguez y abandono. Entró. En una de las habitaciones encontró un baúl desvencijado. Una curiosidad vaga le hizo abrir la cubierta para encontrarlo vacío. Como autómatas, se metió en su oscuridad e hizo caer la tapa. Ahí la negrura, la tibieza, el aislamiento y su mirar volcado hacia sí restañaron, con lentitud y firmeza, su espíritu quebrado. Cuando regresó al mundo, su sonrisa dejaba ver una pequeña porción del jardín interior que cultivó con dolor y alimentó con lágrimas.*

### la ceremonia

*Está muerta. La miro con repulsión mientras me recupero de la sorpresa del encuentro. Estoy frente al cadáver de una hormiga enorme, tal vez unos quince centímetros. Su cuerpo es más extraño aún porque tiene dos cabezas. El contacto con este despojo me perturba. Verlo, aun*

*muerto, me provoca una lucha interna. Es una mezcla de fascinación y repugnancia. Quiero cerrar los ojos y evitar el más pequeño contacto pero no resisto mirarla. Quiero irme ya y olvidar el incidente. Pero me quedo. Creo distinguir un llamado que me urge a buscar el hormiguero. El suelo agreste está surcado por múltiples fracturas. Cada grieta puede ser el umbral que debo atravesar para llegar a ese mundo que bulle oscuramente. Escucho un rumor que me perturba. Me acerco y encuentro una hendidura honda, una boca que exhala un helado murmullo. Un mandato que me apremia a bajar. Lo hago con paso incierto. El frío sube por mis huesos y el sonido me ensordece poco a poco. Algunos rayos de luz se filtran dando tumbos entre las rocas para iluminar algo que proyecta sombras caprichosas. El corazón se me encoge cuando me doy cuenta de que centenares de estos bicéfalos forman una vereda. Todos sus ojos me miran. Sus antenas están giradas como indicando la dirección a seguir. No puedo detenerme. Una fuerza invisible me obliga a avanzar. A cada paso los insectos me cierran el camino de regreso. Me acerco a un montículo extraño: ondea como si respirara. Ese promontorio está formado por miles de larvas. La muchedumbre de insectos es un cuerpo que me impulsa a tenderme sobre lo que ahora ya identifico como un altar de sacrificio. Siento en la espalda el calor pegajoso de las pupas. Sobre mí, cientos de patas me arañan la piel. Estoy inmóvil. Puedo ver cómo han dejado un espacio sobre mi pecho. Lentamente se acerca uno de esos monstruos, uno mucho más grande. Se detiene y con terror miro el movimiento de ambas cabezas curvándose sobre mi cuello. Su baba viscosa me humedece mientras abre sus mandíbulas para iniciar la ceremonia.*

## **mi hora**

*Esta mañana, al tiempo que la luz disuelve las sombras, siento que no puedo abandonar el sueño. No consigo abrir los ojos como siempre. Mi cuerpo casi no responde cuando intento levantarme. Con dificultad atisbo a mi alrededor. Una sensación rara y misteriosa me inunda conforme el sol entibia mi rostro. Ahora me siento ligero y distingo el paisaje como si me encontrara en una atalaya. Te veo. Estás ahí, sentada, acariciando los pétalos de una pequeña flor silvestre que se rinde a tu tacto. Tengo necesidad de tu cercanía: quiero llamarte y algo me lo impide. En un instante todo cambia. Te veo correr, casi volar, como un suspiro. Vas hacia el arroyo. Abruptamente te detienes y caes arrodillada junto a lo que parece ser un cuerpo. Miro la armonía de tu silueta inclinada y me estremezco. Estás encorvada. Tu cabello te acaricia las mejillas y cae como una cascada que vela tu rostro. Comienzas a agitarte. Me sobresalta la forma desgarrada como gritas mi nombre. Estoy desconcertado por las sacudidas que ahora siento. Ya no miro el paisaje. Con dificultad logro enfocar mi vista. Ahora me encuentro con tu rostro desencajado. Sin ser capaz de pronunciar una palabra, sólo intento decirte: abrázame. Ha llegado mi hora: déjame ir.*

## grito

*Creí que mi capacidad de asombro se había agotado. He acompañado durante gran parte de mis años al sufrimiento que produce tanto la enfermedad como la muerte. También he sentido la alegría de la vida que comienza. Ser enfermera es vivir ese camino.*

*Como un día cualquiera, dispuse lo necesario para que el médico realizara un típico ultrasonido. Fue cuando esa mujer llegó a consulta. Su embarazo rondaba por los cinco meses. La miré con atención y descubrí en ella, en su rostro, un dejo amargo; rastros de un dolor punzante que sólo puede nacer de entrañas lastimadas con crueldad por no sé que clase de ser. Al aplicar el gel sobre su redondez, tuve una sensación que aún ahora, mucho tiempo después, no puedo describir: una especie de horror sordo, que seca el alma y la esperanza que brota con cada nueva criatura. El doctor, ocupado, con el estetoscopio no miraba el monitor. Yo sí. examiné la imagen granulosa y supe que era un niño. Hice contacto con sus ojos vacíos y a través de esa mirada pude sentir en el centro de mi ser un grito: ¡Quiero morir!*

## ayuda

*A todas las que han atravesado mi campo de azucenas les he puesto un nombre. A ésta la llamé La Chula por su figura esbelta, andar coqueto y notoria alegría. Ella siempre pasaba acompañada por su perro.*

*Imaginé la dureza de su vida, comencé a sentir la furiosa necesidad de evitar que ella sufriera. Al día siguiente el animal llegó solo y muy inquieto: buscaba entrar a mi casa para encontrarse con su dueña. Lo acaricié tratando de decirle que La Chula ya no tiene motivo de preocupación. Ahora descansa en paz nutriendo los lirios que tanto me gustan.*

## manos

*Cerca, muy cerca, sentada junto a él, ella siente la mano varonil descansar en el cuenco de la suya. La misma que besó por primera vez apenas su adolescencia terminaba. Esa fuente de caricias que la ayudó a levantarse el día que la vida la derribó. Esa que, junto con su compañera, trabajaron con firmeza, recolectando dones para derramarlos con abundancia.*

*Ella se sumerge en su alma, observa los paisajes, tanto los agrestes como los plácidos, que pintaron durante su largo caminar. Abre sus ojos y él los suyos, se miran a través de sus lágrimas y recorren en silencio su vida juntos. Contemplan sus rostros iluminados por el presagio del ocaso inminente.*

*Un leve rigor se apodera de la mano masculina. Se extiende por su cuerpo y antes de que pueda*

*atenazar su boca, él dice: hasta luego, mi amor, allá te veo.  
Cerca, muy cerca, ella arropa con sus manos la mano muerta de su esposo.*

## los frutos de la alegría

*Hace cien años que nací de una semilla extraviada por una golondrina. Lo sé por esa ave que disfruta trayéndome noticias que le refiere el anciano árbol donde anida. Siempre he estado en contacto con el mundo que me circunda. Y así, el sol, la luna y yo nos miramos a diario. Sostenemos una conversación silenciosa. Recibo dones que, según escuché de un poeta vagabundo, me obsequian belleza. El viento me acaricia y, cuando se pone rabioso, me estremezco: mis viejas hojas caen y quedo esbelto. La lluvia, casi siempre fría, me espabila y limpia antes de buscar mis raíces en la tierra para ofrecerme alimento. De todas las visitas que recibo hay una que valoro en especial: la de aquella pareja que salta al descubrirme y corre a mi encuentro. Al llegar, él y ella revolotean, me abrazan, se abrazan, besan y miman hasta ingresar en ese estado que llaman exaltación. Con placer contemplo sus miradas ya apacibles y mi alegría estalla en la exuberancia de mis flores y frutos.*

## víspera

*Hace horas que el sol descansa detrás del horizonte. Es noche de luna nueva. El hombre camina recordando con inquietud la voz marina que un día le llamó. El hechizo se produjo en otro tiempo, al mirar la vasta llanura del océano. Entonces supo cuál sería su derrotero y se aprestó a seguirlo. Hoy se encuentra a punto de encarar su destino. Antes del alba, subirá a un barco para vivir su idilio con la mar. Debe entregarse a su grandeza, vibrar con la violencia de su oleaje y sentir el vértigo de su profundidad. Envidiar los amores del agua con el viento, escuchar su arrullo, sentir su lasitud y agradecer su abundancia. Hoy, 2 de agosto de 1492, sin que él lo sepa, comienza a germinar la semilla de un descubrimiento que será oscurecido por los horrores de una ambiciosa conquistadora.*

*Del libro "Desnudo"*

---

**Rodolfo Loyola.** *Nació en Querétaro, México, 1952. Estudios de Ingeniería Química; al nivel de Maestría ha completado un grado en Administración de Empresa y otro en Ciencias de la Computación. Obtuvo, el Doctorado en Ciencias Administrativas y Económicas. Consultor de empresas, docente y dedica una buena parte de su tiempo a impartir cursos de Ciudadanía. Su vida profesional ha estado muy ligada al sector de la administración académica como parte del Sistema Tecnológico de Monterrey. Libro, "Desnudo" en 2015.*

---

## Las Dos Caras de La Moneda

Cony Pedraza



*...a través de la cerradura se veía la calle; miré por la pequeña silueta enmohecida con la sorpresa de no saber lo que iba a descubrir. Niños con su ropa parchada llena de lodo iban hacia el rumbo del ingenio; algunos iban jalando una carreta repleta de niñas, los seguía un hombre con cinturón de hebilla quien llevaba entre las manos zarpas postizas y orejas de burro, al parecer de cartón. Ninguno corría para jugar. Ninguno llevaba mochila con útiles. Ninguno sonreía. Eran niños y niñas con cuerpo de niños y niñas pero sus caras y manos eran de gente mayor; extraños.*

*La puerta principal de mi casa permanecía abierta durante todo el día, hasta la hora en que los jornaleros regresaban del ingenio azucarero, justo cuando el sol estaba tan inclinado en el cielo que bañaba por completo el baúl antiguo que se encontraba en el pasillo. El baúl era un objeto muy importante y yo no tenía permiso ni de tocarlo. Tenía la tapa abultada y por dentro le colgaban pedazos de terciopelo negro sujetos con chinchetas. No tenía aldaba, pasador, ni llave. Siempre estaba cerrado pero al mismo tiempo siempre estaba abierto. A menudo, mi abuela Tomasa me platicaba historias sobre aquel baúl, entonces el tiempo dejaba de pasar y yo hacía el esfuerzo de respirar por encimita para poder oír cada detalle.*

*— ¡Tenía monedas de oro!-aseguraba.*

*Me imaginaba las monedas como platos de tazas para té; del color de la luz del sol; alineadas una sobre otra hasta no haber más.*

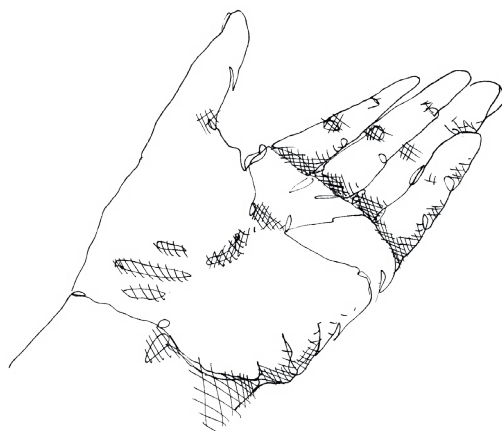
*Un día me escondí en el baúl para jugar a que yo era las monedas. ¿Quién se iba a imaginar que yo estaba ahí? Hicieron limpieza del pasillo; abuela preguntó por mí; descubrí que...a través de la cerradura se veía la calle... en un momento inesperado lo de afuera quedó lejos y la luz solar entró al interior del baúl dando pasos cortos, luego de puntillas. Cientos de bolitas suspendidas*

*en el aire cabalgaron de lado a lado, de arriba hacia abajo; formaron círculos, espirales y resbaladeras. Al inhalar quedaban estáticas, suspendidas de nada. Al soltar el aire se movían hasta detenerse en mis brazos, piernas, espalda, cabeza y, me convertí en bolita. Salí por la cerradura, atravesé el umbral de la puerta y floté hasta las tejas. Me entretuve en corretear la ceniza de la zafra, a los gatos echados sobre el tejado. Reí como nunca al sentir la maravilla de ir por el aire. Reí y reí. De repente, arreció el viento y fui arrastrada por encima de los cañaverales. Los niños estaban entre los surcos de caña. Con sus manitas apenas podían cortar la maleza, agarraban el azadón a duras penas, entre varios niños jalaban la yunta o arrastraban cajas. Recordé las monedas de oro y mi cuerpecito se hizo de metal y sentí que me iba a desplomar; pasaron frente a mí tableros del juego de damas chinas, las canicas cayeron y se volvieron granizo. Los niños y niñas corrieron a esconderse abajo del tejabán. El hombre del cinturón les colocó en sus cabezas orejas de burro y garras en los pies. En las manitas les vació piedras hasta que se les volvieron manotas para sostener la pesada carga. Ninguno lloró; salieron de nuevo a cargar, traer. La ceniza de la zafra que volaba libremente se hizo espesa. Los gatos empezaron a perseguirse con maullidos agudos; gruesas nubes cubrieron el cielo; la luz del sol se desvaneció; abrí la tapa y salí corriendo. Nunca volví a jugar en el interior del baúl.*

---

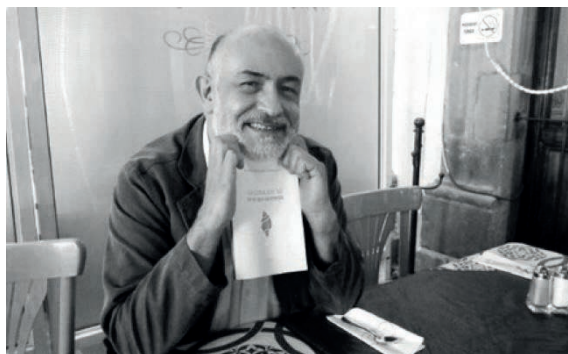
**Cony Pedraza** (1965). Originaria de Tacámbaro, Michoacán, México. Radica desde hace varios años en la ciudad de Querétaro. Discípula de la escritora María Teresa Azuara en el Taller la Buhardilla de creación literaria, y del escritor Eduardo Parra Ramírez en el género cuento. Ha participado en las antologías: **De Sueños e Insomnios** (2011), **Viento de la Buhardilla** (2013), **Antología de cuento breve Paz Guerra**, grupo editorial Benma (2017). Obtuvo el primer lugar en el concurso nacional de cuento organizado por editorial Ketzalcóatl en Querétaro, y tercer lugar en el concurso internacional de cuento "Heridas Invisibles", E.U.A., (2013). Fundó e impartió el taller de literatura "El sonido de las letras" en la escuela para ciegos y minusválidos de Querétaro. (2011-2017) Colabora como editora en jefe de la sección cuento en la revista digital literaria "En Sentido Figurado". Trabaja en su primer libro de cuentos.

---



## TRES POEMAS

Miguel Aguilar Carrillo



### Presagio

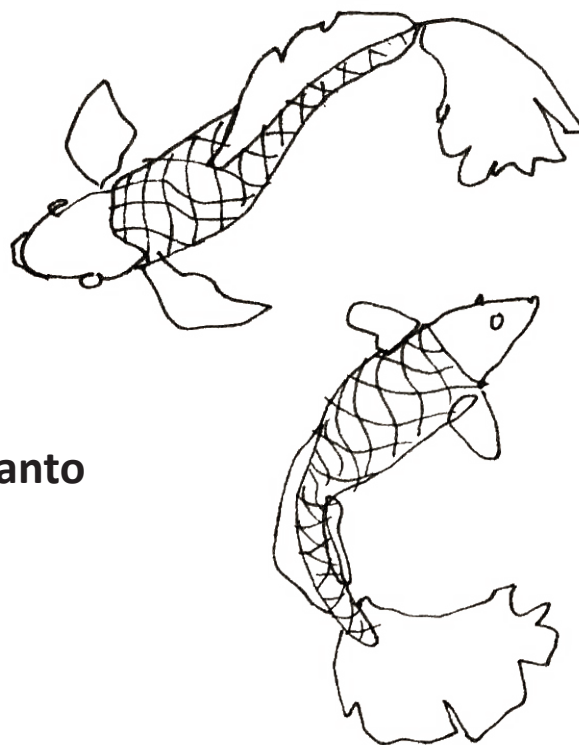
*Hay un aroma incierto  
Hay un perfume raro  
en el aire enviado del domingo  
en el cuarto de dormir sin nadie  
Algo que espanta*

*Aquí*

*Hay un rumor  
de caballos que galopan  
Hay un toquido fúnebre  
Un aletear de manos*

*Un hueco*

*Hay un olor  
Un infierno  
subiendo la escalera*



### Navegación / Aceptación del Canto

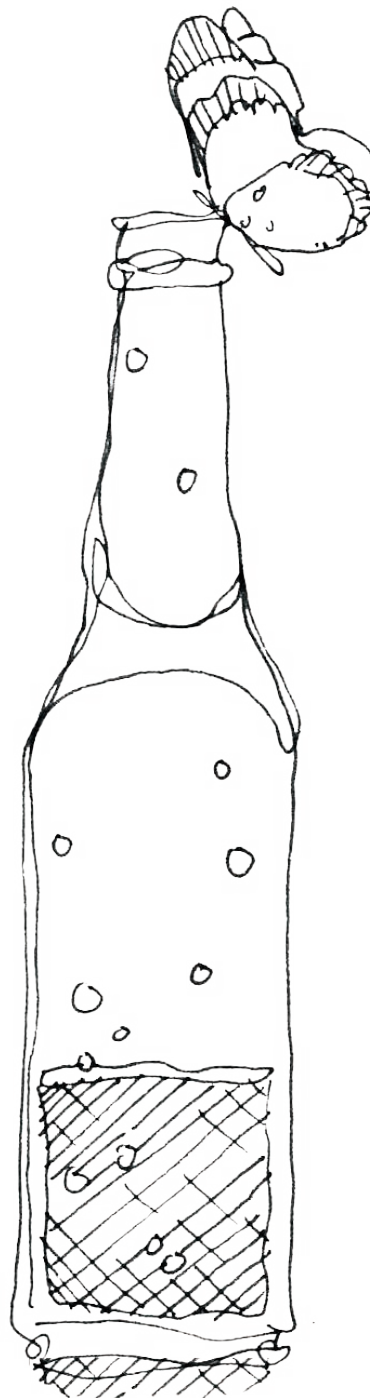
*Se embarcaron al atardecer.  
Las nubes presagiaban tormenta.  
Envuelta en un gris anodino la ciudad  
quedaba lejos, pervertida en rumores de plata.  
Surcando la pradera lodosa de ese mar, solos,  
con la humedad untándose*



*sangrienta en el pecho. El temporal  
no dejaba que fluyera aquello que hubieran querido  
olvidar en tierra. Las palabras obstruían  
al aire en los pulmones. Regresar no era posible,  
lo supieron cuando la marejada comenzó su discurso:  
elevadas olas, cansada espuma sobre la superficie  
de la barca y un aliento feroz  
que alimentaba las entrañas. Lo supieron. Luego  
de perecer poco a poco en los suburbios  
transitando con los pesados cuerpos, cargados  
de soledad y orgullo y sobre todo  
atentos a las palabras que el mar enquistaba  
en los oídos, recobraron lentamente  
la fuerza: Ser del mar era el destino  
naufregar atentos al dictado de las aguas.  
Recobraron de inmediato la sonrisa  
para ser conducidos sin tregua adonde  
existiera el canto poderoso de la sirena.*

## **Consistencia del Cuerpo**

*El cuerpo se resuelve si una mujer | La mujer  
sabe de esto | lo comprende | Tan es así  
que la mujer camina por las calles | entra en los elevadores  
penetra en la oficina | Furtivamente  
acomoda las piernas y la falda | se colorea los labios  
un pezón se rasca | palpa su sexo | cierra los ojos | sueña  
vuela | El cuerpo es cuerpo y la mujer lo sabe | El cuerpo  
es cuerpo cuando la mujer se unta y se astilla y lo sabe  
Y el cuerpo animal tranquilo  
sabe que viene  
se acerca y se detiene frente a ella | Y es cuerpo  
Toma nombre | Miguel se llama  
y la mujer en llama lo convierte cuando conoce que sin ella  
el cuerpo es cuerpo | sin nombre  
casi ángel sin ala ni aleyuya | un aliento  
a lo más | un desperdicio*



---

**Miguel Aguilar Carrillo** (Ciudad de México, 1954) reside en Querétaro desde 1980. Egresado de la Escuela de Escritores de Querétaro, se ha desarrollado principalmente como poeta. Entre sus libros están: *Oficios de la luz* (1996), *Ocupación de la nada* (2000), *Hilvanes* (2002), *Asuntos personales* (2003), *Laberinto del cuerpo* (2006), *Historias* (2006), *La cosa en sí* (2010), *Muchacha en la playa y +* (2010), *Teologías (y otros problemas didascálicos)* (2013) y *La cosa en sí es lo que importa* (2012). Con este último obtuvo el primer premio en la categoría de poesía del Certamen Internacional Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz” 2011. En 2016 publicó *Lejos de juzgar a los espejos. Antología 1973-2013* y *Los poemas de Anamar*. Su más reciente libro es *Entre la luz sitiada, áspera luz*.

---

## CUENTISTA INTERNACIONAL INVITADA

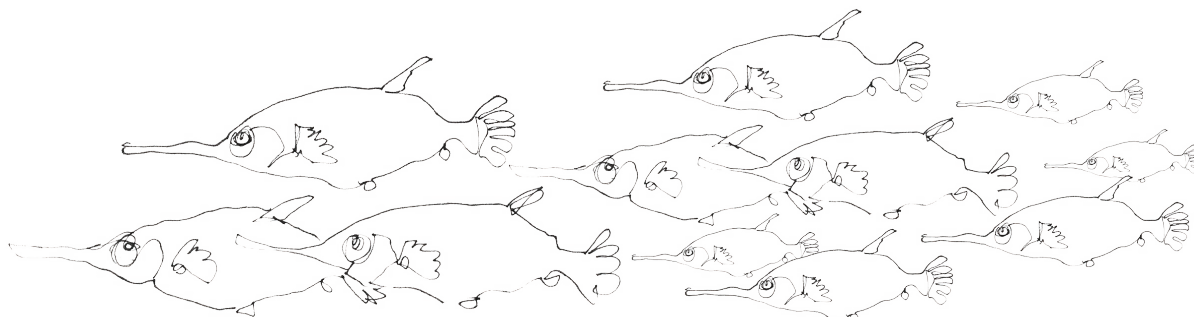
### Una Profesión Como Cualquier Otra

Ana María Shua  
(Argentina)



—Quédese quietito, ¿ve? Ahí está. Mmmm, qué caries, profunda, no me gusta nada. No, no, no me vaya a cerrar la boca, ahora le pongo el extractor de saliva. Ojalá que no haya que hacer tratamiento de conducto, pero no sé, eh, vamos a investigar un poquito. Quietito, quietito, así, muy bien. ¿Cómo está su primo Enrique? Ese sí que tenía la boca hecha un desastre... Entre paréntesis, usted sabe que me dejó colgado con la mitad de los honorarios. Yo sabía. Quiero decir que tenía un palpito... No se mueva ahora. Mire, va a ser un poquito difícil trabajar esa muela directamente, voy a tener que llegar por el oído. Hay que perforar el tímpano pero no se preocupe. Le pongo un poquito de anestesia local y no le va a doler nada. Un pinchacito, pero eso sí no se vaya a mover porque se me va el bisturí y le puede costar el cerebro. Como le decía, uno se va haciendo un poco psicólogo práctico en esta profesión, ya se da cuenta por

la cara cuándo un tipo lo va a dejar colgado. Si no fuera porque es primo suyo, yo a ese señor no le daba crédito, ah sí, o me pagaba por adelantado o no le trabajaba. No solamente por las horas de trabajo que uno pierde, ¿usted sabe lo que cuestan los materiales? Todo importado. Porque nacionales también hay, pero no es lo mismo. Uno es responsable y le gusta trabajar con lo mejor. Un suponer, mire si después de perforarle el tímpano y todo yo le llego a poner una amalgama y a los dos meses se le cae y la caries se profundiza. Usted no viene más, y mucha razón que tendría. Cuidado, por favor. Ya está. La anestesia le tomó fenómeno pero claro, igual tiene que sentir algún dolorcito, no se puede evitar. A ver, vamos a hacer una cosa, cuando le duela mucho me levanta la mano y yo paro, ¿de acuerdo? Hoy me vino el proveedor con unas fresas para el torno ultrasónico... una maravilla. Todos los días se inventa algo nuevo. ¡Pero los precios! Porque no crea, las fresas también se gastan. Todo se gasta y después hay que reponer. En fin, de los costos de reposición mejor ni hablemos. Ya, ya, ya paro. ¿Oye algo del oído derecho? No, no trate de hablar que si me cierra la boca arruina todo el trabajo, contésteme con la cabeza. No, claro, no oye nada. Bueno, no es nada, de ese oído probablemente no va a oír más, pero tampoco le va a doler la muela, que eso sí que es importante, ¿no es cierto? Hizo muy bien en venir ahora, cuando todavía no estaba tan mal, imagínese, hay gente que recién se acuerda cuando ya no pueden dormir de noche del dolor y se caen por acá con semejantes inflamaciones que no hay manera. Al dentista hay que ir siempre, cada seis meses por lo menos cuando uno tiene una boca delicada, y si no una vez por año aunque no le duela nada. Bueno, ya terminamos con ésta, haga un buchecito y prepárese que ahora viene la más difícil. Le vamos a sacar una radiografía. Cíérreme un momento la boquita, así, muy bien. Para la próxima va a estar revelada. Ay, pero mire qué pena este premolar. ¿Quién le hizo esta obturación? No, no, no cierre ahora. Obturación blanca. Claro, sale una cosa nueva y hay profesionales que enseguida la quieren usar para todo. No puede ser, con las cosas nuevas hay que tener mucho cuidado, ir probándolas de a poquito. Ve, por ejemplo ahora, para sacarle esta obturación blanca le voy a tener que remover el globo ocular. No se preocupe que después se lo vuelvo a poner y le queda como nuevo. Qué feo, eh, no me gusta nada como tiene la boca, sí, sí, del otro lado tiene una obturación igual, blanca también. Qué barbaridad, uno no quiere criticar a los colegas, pero



hay cada irresponsable. ¿Se da cuenta? Eso le pasa por ir a la competencia. No, si se lo digo en broma. Bueno, dormirlo del todo no va a hacer falta. De todos modos igual le va a parecer que se pone todo oscuro cuando le saque los globos oculares, pero el dolor ni lo va a sentir, le pongo este rocío en los párpados y enseguida le penetra la anestesia. Otro pinchacito por acá y listo. Usted no me va a creer pero sabe que los tipos más grandotes son los que más miedo le tienen al dentista. A veces es más fácil trabajar con chicos que con hombres grandes. Yo cuando hacía las prácticas en el Argerich me venían casi siempre los portuarios, semejantes roperos acostumbrados a cargar bolsas y de ver la jeringa no más se desmayaban. Usted se está portando muy bien en cambio, lo felicito por ser tan valiente. Ahora me va a hacer un poquito de ayudante así se olvida y no se pone tan duro. Trate de relajarse más. Listo el pollo. Bueno, aquí tiene, con la derecha me va sosteniendo este ojo mientras yo le voy sacando el otro. No lo apriete a ver si se le sale el cristalino. Ojito con la retina, eh. Perfecto. Un día me llega al consultorio privado uno de los pacientes del hospital. Estibador. Yo estaba, con perdón de la palabra, que me hacía encima de miedo. Digo, este tipo le hago doler mucho y lo primero que me hace, me pone un ojo en compota. Y no va el tipo y se queda seco de sólo ver como preparaba el torno. Flor de lío se me armó con el tipo ahí sonado. Cardíaco tenía que ser. En fin, gajes del oficio, ¿no le parece? Tuvo suerte usted al final con este premolar, un poquito más y no se salvaba de la extracción. El otro no, el otro no lo tiene tan mal. Es que la obturación blanca es una maldita, vio, es una de esas cosas que lo mismo que tienen de bueno tienen de malo, porque lo que es a dura no le gana nadie. Durísima es. Claro, pero si no le ponen una buena aislación debajo, qué es lo que pasa?, que la caries sigue muchas veces por detrás de la obturación y para removerla te la voglio dire, no es ningún chiste, usted se da cuenta del trabajo que está dando. Eso sí, yo siempre trabajo con aislación. Se tarda un poco más, por ahí el paciente tiene que venir dos o tres veces, pero cuando está terminado, está terminado como Dios manda y ya seguro que no tiene más problemas. Ya está. Por ahora se lo dejo así, haga un buchecito y escupa. Le doy hora para la semana que viene. ¿Está bien el jueves a las 19.30? Contésteme con la cabeza, así se va acostumbrando, porque le tuve que cortar un pedacito de lengua y al principio no se le va a entender bien. Ni se dio cuenta, ¿no es cierto? ¿Vio qué bárbara la anestesia? Pero no se haga problema que con una buena foniatra va a andar regio. La dicción por ahí le queda medio rara, pero como total usted actor no es y locutor tampoco. Una maravilla las cosas que se pueden hacer hoy día en ese campo, pensar que hace apenas cien años eso no existía. El jueves a las siete y media, entonces. Los ojitos me los pone mientras tanto en formol para que se conserven como la gente y la vez que viene o la otra se los pongo. Ver no va a ver pero le van a quedar perfectos, ni se va a dar cuenta nadie que alguna vez se los sacaron. Eso sí, le puse una aislación que es muy buena pero un poco delicada así que no me vaya a comer nada de aquí al jueves que se me arruina todo el trabajo, eh. Y saludos a su primo Enrique.

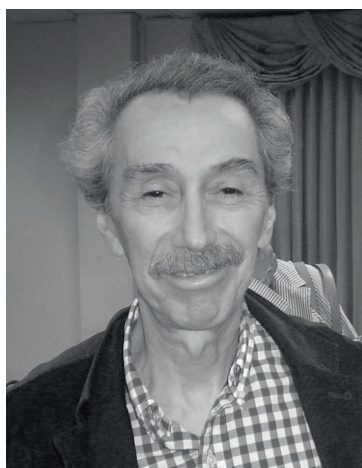
---

**Ana María Shua** (Buenos Aires, Argentina, 1951), publicó en 1967 su primer libro, *El sol y yo*, poemas. En 1980 su novela *Soy Paciente* obtuvo el premio Losada. Sus otras novelas son: *Los amores de Laurita* (llevada al cine), *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (Premio Ciudad de Buenos Aires en novela y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* e *Hija*, 2016. Libros de microrrelatos: *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas* (reunidos en el volumen *Cazadores de Letras*) y *Fenómenos de circo*. En 2009 sus cuatro libros de cuentos se publicaron reunidos: *Que tengas una vida interesante*. En 2014 obtuvo el Konex de Platino y el Premio Nacional de Cuento y Relato. También recibió varios premios nacionales e internacionales por su producción infantil-juvenil, muy difundida en América Latina y España. En 2016 se le otorgó en México el I Premio Internacional Juan José Arreola de Minificción. Y en 2017 publicó sus microrrelatos reunidos con el título de *“Todos los universos posibles”*. Parte de su obra ha sido traducida a más de doce idiomas.

---

## Los tejidos del universo en los personajes de "Pretextos para contarte" de Danae Brugiati Boussonis

Fernando Burgos Pérez  
The University of Memphis



*Pretextos para contarte* (2014),<sup>1</sup> Danae Brugiati Boussonis escoge cada palabra con el cuidado que un pintor escogería un color específico para la angustia de una pérdida y otro para la celebración de la llegada de la primavera. Selecciona escrupulosamente como si se tratara de una movida de un juego de ajedrez puesto que utiliza una palabra determinada en un momento de la narración, la cual en veinte movidas más, o sea en algún punto posterior de la escritura esa palabra va a adquirir una relevancia especial. Y si usted quiere comprobarlo como dice el niño protagonista de *“Con los ojos cerrados”*, un

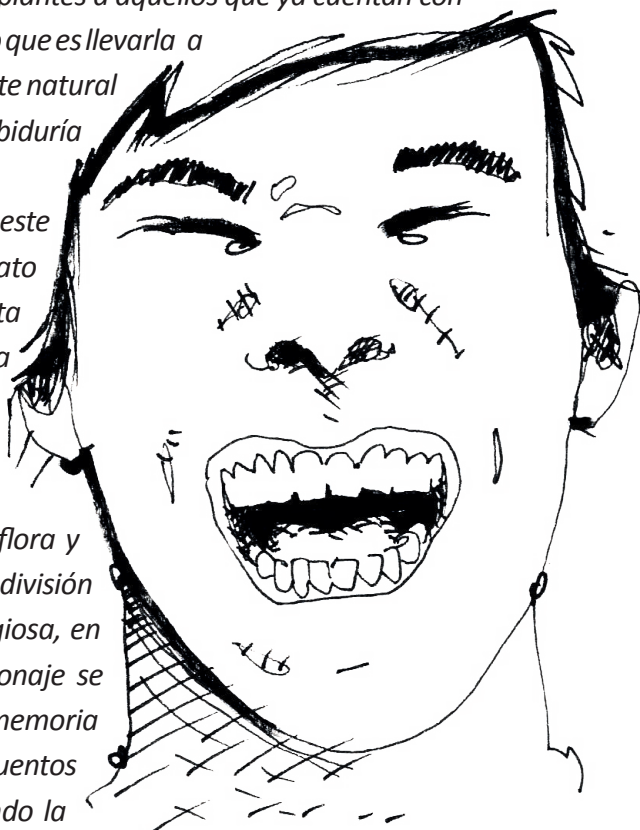
1 Brugiati Boussonis, Danae. *Pretextos para contarte*. Panamá, Panamá: Foro/taller Sagitario Ediciones, 2014.

*célebre cuento de Reinaldo Arenas, démosle una mirada al título de su obra, el cual podría haberse detenido en pretextos para contar, pero se alarga apenas en dos letras “para contarte” no porque haya escogido a una persona real sino porque quiere traer a ese lector y lectora potenciales en frente de su obra, como si ella misma, Danae, estuviera contando a un público que la rodea.*

*También, observemos más de cerca esa primera palabra del título de su obra, el vocablo pretextos que según el diccionario de la Real Academia de la Lengua significa “Motivo o causa simulada o aparente que se alega para hacer algo o para excusarse de no haberlo ejecutado”. Sin embargo, en latín el término praetextus significa ornamentado como en el caso de las togas de los magistrados ataviadas con el color púrpura. Y si agregamos las disquisiciones semióticas, podría aludir al juego de lo que es relato para ser ya leído proveniente de un texto anterior, preexistente que puede corresponder tanto a la experiencia de la escritora como a las varias obras que signan su formación intelectual. Esto explica que cada uno de los elaborados cuentos de Brugiati tenga ese poder de pluralizar sus significantes.*

*Hay un sentimiento de la autora que traspasa toda su escritura y que en el fondo está relacionado a su propia idea de lo que puede abarcar la literatura. Señala Brugiati: “Todos los seres y los objetos se pueden convertir en personajes y entes de ficción. Todo. El amor, la alegría, la fruta, el camino, la estrella, la muerte, el duende, la persona. Y lo imaginado también se da en diversos niveles de reconstrucción” (Pretextos 23). Y aunque esta sensación descrita por Brugiati la hayamos experimentado alguna vez desde lectores a críticos y desde escritores principiantes a aquéllos que ya cuentan con una trayectoria establecida, sabemos lo complejo que es llevarla a cabo. Brugiati lo logra de un modo completamente natural como si el don de la escritura congregara la sabiduría de una lectura de muchas existencias.*

*Un cuento excepcional con respecto a este último punto es “Chefa nuestra”. Bellísimo relato que constituye un verdadero homenaje de la nieta a la abuela, personaje este último que marca entrañablemente la actitud frente a la existencia de las generaciones que le van a suceder a través de una demostración de amor y pasión por la vida, lo cual aquí significa todo: fauna, flora y seres humanos como si no pudiese establecerse división entre estos reinos en una unión, por tanto, religiosa, en el sentido etimológico de religar. En este personaje se reúnen la narración de la Historia del pueblo, la memoria del presente y del pasado, la narración de los cuentos y leyendas a través de los cuales se va formando la*



nieta como futura escritora. En su presencia se activa la comunión de la vida y el estallido de una energía de todos quienes la rodean.

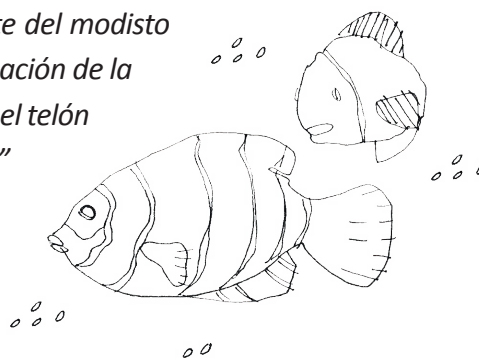
Es un personaje humilde y por lo mismo un personaje centro porque esa modestia le permite crecer en su vinculación visceral con todo lo existente. Cuando este ser tan especial muere, el sentimiento de pérdida lo invade todo:

*Transcurría plácida y feliz nuestra infancia y luego la adolescencia hasta que un día la casa se oscureció. La abuela faltó y su hogar fue perdiendo aquel olor a limpio y a café recién hecho, las flores de su jardín tenían todas sus cabecitas inclinadas hacia la puerta de la cocina esperando que ella saliera a hablarles y a regarlas. El silencio se acomodó en cada rincón del hogar y de nuestras existencias. (Pretextos124)*

Al mismo tiempo, al morir, queda su huella en la nieta, quien no solamente va a recuperar el poder de narración de la abuela sino que a constituir su registro escrito, lo que posibilitará el regreso al pasado como una nostálgica restauración de un sentimiento diferente de vivir.

“La piel” es un relato sobre la ambición en un escenario europeo. La desmesurada codicia del exitoso modisto Carlo Ravelli lo lleva a explotar el uso y curtiembre de la piel humana para su consumo como vestuario. Es una plasmación alusiva al horror del nazismo primeramente y además al signo del dinero como el valor fundamental de relacionamiento social. En esa carrera inclemente y desprovista de todo principio ético, el empresario muere ahogado por la misma piel que él ha decidido exhibir en un estreno de modas. Es una crítica al demencial abuso del poder y por ende al curso de una Historia antihumana. Enjuicia, además, los invasivos cultos de la egolatría humana y del dinero. Mientras este último se ha impuesto posmodernamente como la veneración social máxima, el primero es la idolatría de la imagen personal, la exaltación y glorificación de un ego que no tiene límites. Para resaltar el efecto de la crítica sociohistórica, el relato narrativo se transforma en el escenario de un teatro, de suerte que no sólo los semblantes de quienes participan del desfile de moda se asocian a “las máscaras trágicas del teatro” (58) sino que también la muerte del modisto debe coincidir con el último acto de la pieza teatral, la consumación de la historia narrada y el fin de la Historia: “Los empleados bajaron el telón sobre el último acto de la portentosa vida de Carlo Ravelli” (Pretextos 58).

El cuento “Tahona” observa con sarcasmo y lástima al mismo tiempo la figura patética del hidalgo que busca en los recovecos de la burocracia la pertenencia de la casona donde él se ha metido a vivir. No es su trabajo ni su esfuerzo lo que le permitirá llevar



una vida digna sino las documentaciones con sellos. Estas legitimarán su calidad de dueño en vistas a una herencia: “Don Vicente de Cadenas y Callejas, del linaje Tahona, caballero español cuya familia tiene armas oficiales certificadas por el Rey de Armas de Madrid y la Sala de los Hijosdalgo de Valladolid en prueba de su nobleza e hidalguía” (Pretextos 68). El cuento opera sin inscripciones temporales y espaciales por lo cual la crítica de vivir en el orgullo de una rancia aristocracia y no del trabajo se expande más allá de los remanentes coloniales. Una técnica eficaz logra completar esta visión crítica de vivir de las apariencias puesto que en lugar de descargarse esta crítica por medio de una persona narrativa, esa voz se le entrega a la casa quien se queja de su propio envejecimiento y de su frustración de no poder haber cumplido con su función vital de hogar:

*Solo conocí a aquel hombre taciturno, mísero, que un día me abandonó sin preámbulos. Su vida era insípida, sin amigos ni parientes, solo de soledad casi bienvenida por el poco gasto que acarrea. Ni leña en la chimenea ni en el fogón; sin aceite en los candiles y las lámparas; sin niños, ni perros, ni otras mascotas que alimentar; sin empleados que pagar. Así, estoy vacía de pasiones, de gritos, de cantos. Austera, silenciosa, incolora, prematuramente envejecida. Ah, me siento tan inútil; nunca cumplí mi verdadero propósito que es el de acunar y proteger, el de esconder los dolores, de consolar, de hacer descansar y también de gritar a los cuatro vientos las alegrías de las bodas, de los bautizos, de los cumpleaños, y de servir de refugio en el dolor y tristeza de los funerales. (Pretextos 66)*

Los cuentos más breves de la autora, incluyendo los que representarían el género de la micro ficción, acometen fundamentalmente cuatro perspectivas estéticas. Primero, un simulado distanciamiento narrativo, el cual puede examinarse en los textos “Personaje en tarde lluviosa”, “Primera y última página” e “Impasse”. Se trata de una original manera de metaficcionalizar la narración. En “Personaje en tarde lluviosa” se revela ostentosamente el poder que engloba la escritura. El personaje parece espiar al escritor e intenta insubordinarse a su narración: “Me mira y sostengo la mirada. Ve la pluma en mi mano. Sabe que lo estoy creando, moldeando” (Pretextos 39) sin entender que esa narradora-escritora lo puede eliminar de su relato. Sin embargo al matarlo lo inmortaliza en la escritura. Así, el castigo al personaje rebelde demuestra la cadena inextricable de vínculos entre el mundo narrativo y quien escribe, entre creación y creadora. “Primera y última página” relata un crimen que parece arrancado de las páginas de una historia romántica folletinesca. Sin embargo, en la última línea del cuento se entrega el satori que iluminará el hecho que este crimen pertenece a la ficción y que desde allí, el personaje debe enfrentar la realidad: “Curiosos se agolpan para no perderse detalle y entre ellos pasa el personaje, parsimoniosamente. Se detiene, mira otra vez la escena por encima del hombro y sale rumbo a la realidad” (Pretextos 87). Esa realidad se convertirá, por supuesto, en la verdadera ficción, lo cual acarrea la sátira de la historia de folletín. “Impasse” es un relato aun más radical en cuanto a su postura metanarrativa puesto que se llega a crear una especie de angustia metafísica en personajes que desean dialogar y hacer sus propias vidas hasta que caen en la dura realidad de



saber que lo que se aproxima para ellos como futuro dependerá enteramente de los guiños, deseos, frustraciones y hasta arbitrariedades de la autora:

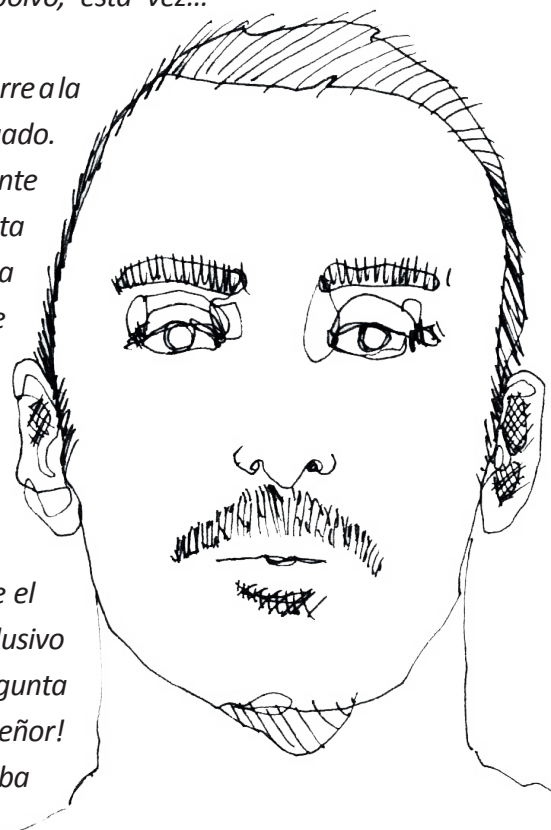
*Desesperados vemos cómo se levanta y apaga la luz. De los labios de ella con mi voz se escapa un '¡Oh, no, no...!' mientras la autora cierra el cuaderno y nos encierra en su interior. Las sombras caen sobre nosotros en el universo reducido de la última hoja que escribió. Nos atrapa y nos condena a seguir así. Ella en angustia y yo dentro de ella, en la oscuridad tratamos de ajustarnos a la espera consternados y, literalmente, como almas en pena, por primera vez ambos sufrimos la misma agonía: ¿Qué va a hacer con nosotros de aquí en adelante?' (Pretextos 113-114)*

La narración, de hecho, concluye con una incertidumbre, dejando por lo tanto el cuento inconcluso respecto del destino de los personajes y consumado al mismo tiempo respecto de la libertad narrativa.

La segunda perspectiva estética se enfoca en el humor posibilitado por la ambigüedad lingüística, como en el caso de "Ángela" cuya ansiedad de vuelo del personaje se resuelve en su muerte de niña convertida en ángel de acuerdo con el folclore; y "Quimera", el pájaro que también desea volar para revelarse finalmente que se trata de un avestruz cuyo peso le hace caer ridículamente: "con los ojos cerrados; extiende sus alas al máximo. De nuevo, como las otras aves Truz intenta volar. Aparatosamente, en medio de una gran nube de polvo, esta vez... también se cae" (Pretextos 94).

El tercer plano de los cuentos breves de la autora recurre a la ironía de trasfondos socioculturales que se han perpetuado. Por ejemplo, el texto "El camino hacia el infierno" desmiente la idea de trascendencia humana así como la disputa hacia la región a la que viajan las almas después de la muerte haciendo una broma con la accidentalidad de todo: "¿Quién puta tiró aquí esta cáscara de guineo?" (Pretextos 99). Por su parte en el cuento "Catequesis en el Chorrillo" el debate entre lo creado por mano divina y por mano del hombre es asimismo disipada por Lucía, una niña de ocho años quien recuerda la necesidad de corrección política con el lenguaje y de clarificar que el término genérico hombre no puede utilizarse como inclusivo de masculino y femenino, por lo cual responde la pregunta del profesor sobre quien ha hecho la bandera así: "No señor! . . . La bandera panameña la hizo una mujer. Se llamaba María Ossa de Amador" (Pretextos 116).

La última aproximación de su minificción



consiste en utilizar el humor para socavar la supuesta seriedad del falso romanticismo, como en “Prisma”, minicuento donde el mero hecho de haberse quedado una espina en la rosa que se le regala a la enamorada causa el odio eterno del enamorado puesto que esa espina se le clava a ella en el dedo. En el texto “Otro asunto”, dos amigos Mario y Sergio, sirven como modelos representativos de la inevitable discordia entre el pensamiento conservador y liberal, pero luego de los años y ya de estar viejos lo que los une realmente es el enfrentamiento a la muerte, tornándose esa discrepancia de toda una vida un asunto baladí. Finalmente, “Camino a la colina” es un relato que se presenta técnicamente con las características propias de un universo narrativo fantástico aunque el objetivo específico consiste en ironizar la idea romántica y simplista del escritor acompañado en este caso de una máquina fotográfica: “Entre estos últimos estaba él, llevado por la extraña circunstancia de que siendo un escritor de cuentos, cuando visitaba por primera vez lugares desconocidos se llevaba su cámara y tomaba fotografías de personas, animales o espacios que le atraían como detalles que podían estimular su imaginación” (Pretextos 95). La figura del escritor se convierte paulatinamente en el cuento en la de una novela gótica posmoderna de mal gusto: “Entró febril, enloquecido, en aquella habitación en que la preparaban para llevarla a su última morada, llamándola Amor, porque ni siquiera sabía su nombre; y allí la vio ponerse de pie. Sus ojos, que le habían enamorado aun cerrados, estaban ahora abiertos en toda su dorada belleza y le miraban con estupor, seria, extrañamente sorprendida. Él cayó ante ella, besó el canto de su túnica y expiró” (Pretextos 98).

Finalmente, la cuentística de Brugiati se enfoca en el aspecto político de la posmodernidad haciendo una crítica de cómo se ha ido destruyendo la cultura para llegar al final de ella. Para tal fin se establece una alegoría entre la vida a nivel microbiológico, es decir su proyección invasiva a través de bacterias, esporas junto con el mundo prácticamente invisible de todo lo que es orgánico y la fusión del poder y la burocracia de tal suerte que las posibilidades de una vida cultural se hacen prácticamente inexistentes:

Nos hemos convertido en los aliados de los políticos de turno, neoliberales e implacables, que invaden los espacios, los valores y los sentimientos humanos. Nos aliamos oportunamente, acomodándonos a sus caprichos, y como ellos, hemos pasado sobre cadáveres para lograr el último propósito. Los espacios de la Cultura no les son necesarios, no son rentables. Ella debe dar cabida al progreso, al futuro, que traerá nuevos territorios para nuestra insaciable gula depredadora de restos humanos . . . Ya ven, humanos, no tenemos dios, ni jefe, ni leyes. Ahora, ¡apártense o caerán! (Pretextos 80)

En esta visión negativa de la posmodernidad, Brugiati intenta rescatar un espacio para la cultura que este tipo de sociedad ha ido dejando cada vez más relegada, utilizando slogans provenientes ya desde el positivismo: las necesidades culturales deben postergarse o eliminarse en vistas a los requerimientos del progreso.

---

**Fernando Burgos Pérez.** Profesor de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Memphis, en Memphis, Tennessee. Se graduó de la Universidad de Chile como Profesor de Español y de la Universidad de Florida con un Doctorado en Lenguas Romances. **La novela moderna hispanoamericana; Vertientes de la modernidad hispanoamericana; Cuentos de Hispanoamérica en el siglo XX; Los escritores y la creación en Hispanoamérica; Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi** y *Conductividades posmodernas en la obra de Enrique Jaramillo Levi* (UTP, 2012) se encuentran entre los doce libros que ha publicado. Ha contribuido a la bibliografía hispánica con más de setenta artículos aparecidos en revistas europeas, latinoamericanas y estadounidenses.

---

## TRES POEMAS

Julia Aguilera



### sauce

Árbol de tronco  
blanco, de hojas  
caídas,  
te alzas solitario en los  
arroyos. Recuerdo de húmedas  
sombras. Pueblas las mentes de luciérnagas, grillos.  
Sauce,  
has construido lo que nadie  
comenzó.  
Tus silencios,  
seguridad de

*continente,  
resuenan aún en la memoria.*

*Llanto inmarcesible,  
Anocheces la casa  
muda,*

*-vacíos  
meditados-las mentes  
surgen tímidas de azul  
se cubren.*

*Escucho lo que cantas*

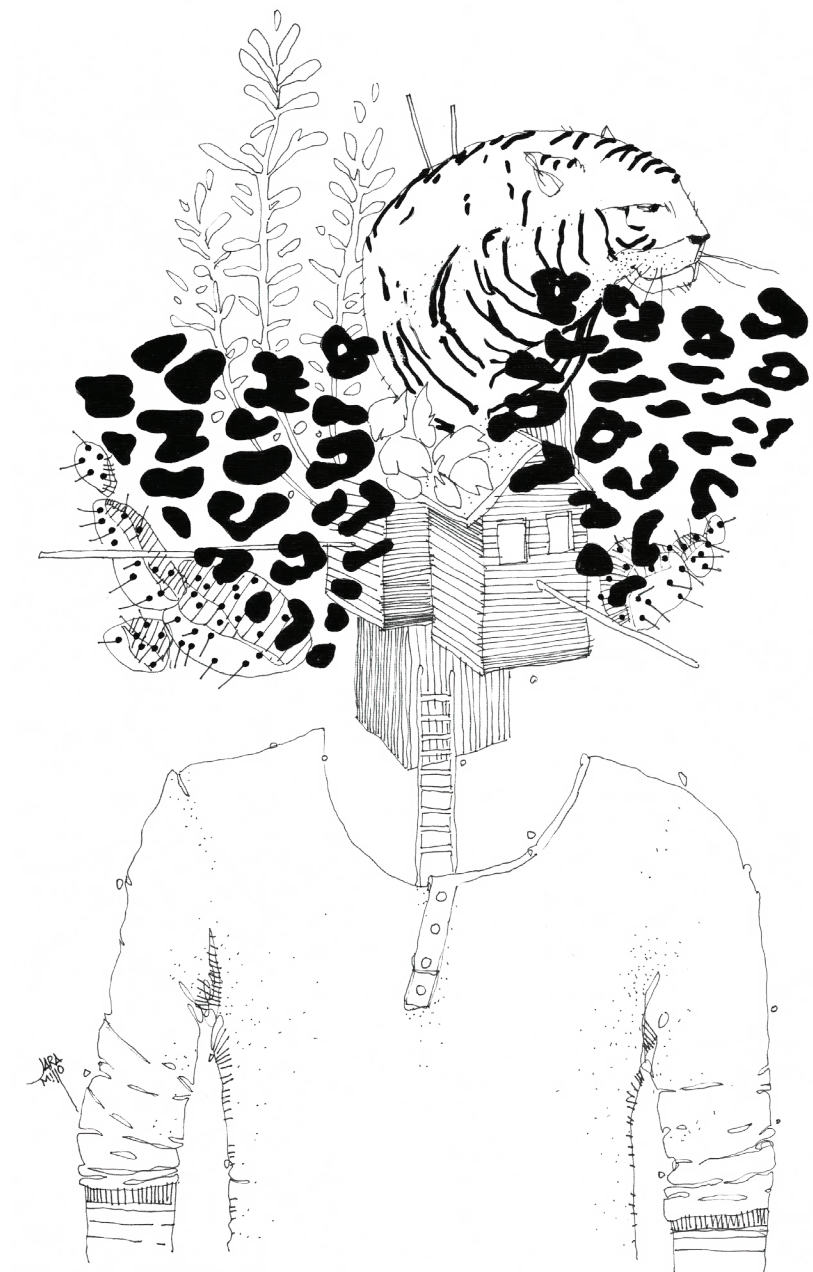
*por las ramas que no han nacido  
aún,*

*quietudes, descansos.*

## **deshabitado**

*Yo dejaría las hojas  
amontonarse sobre el césped,  
y senderos.  
Cubrirlo todo con su alfombra  
rojiza. Crujiente.  
Que la humedad tornaría silente.*

*Hojarascas, objetos  
abandonados. Crece  
enojada la naturaleza.*



*Siento nostalgia de parques  
deshabitados, donde la hierba,  
-la mala hierba-*

*borre todas las  
huellas y arbustos  
descuidados  
estrechen los  
caminos.*

## **recuerdo naranjo**

*El viento,*

*intranquilo y marchito,  
cruza el callejón de  
troncos. Ramas, raíces y  
secas.*

*Estar perdido.  
Desvanecerse.  
Huir.*

*Al final del sendero,  
mis ojos  
deslumbrados. Un  
recuerdo tesoro.  
Patio de naranjos al  
horizonte. Casas, columpio  
y vacías.*



*En la blancura de la  
piel, un sueño de rocío  
cítrico.*

*Canta el silencio.*

---

**Julia Aguilera.** *Nació en Panamá el 4 de marzo de 1991. Arquitecta, egresada de la Universidad de Panamá y poeta. Ganadora del Premio Municipal de Poesía “León A. Soto” 2016. Fue incluida en la antología “Historia de Marruecos y Panamá desde la voz poética de sus mujeres”, de Rajaa Dalkis y Mariafeli Domínguez. En la actualidad, ejerce el oficio de la arquitectura en el diseño y ejecución de diversos proyectos de corte sostenible. Se dedica al diseño de mobiliario, como también participa activamente en diversos grupos de senderismo en Panamá en la que promueve la protección, conservación y aprecio por la flora panameña.*

---

## OTRAS DOS CUENTISTAS PANAMEÑAS

### El Susurro del Pez

Olga de Obaldía



*-¡Se movió!*

*-Imposible, es de vidrio, no se puede mover.*

*-Te juro que se movió. Y no es de vidrio, es de cristal. Y se movió. Quédate mirándolo fijamente y vas a ver que se mueve. Siéntate aquí conmigo y míralo.*

*Eulalia se sentó junto a Martina y miró con atención el diminuto pez púrpura de aletas rojizas, el perfecto óvalo de su ojo singular, el perfil de su boca, los rayos violáceos que avivaban las membranas de inmóviles aletas, la burbuja traslúcida con la que se anclaba en un océano*

*infinito, contenido dentro de una bandeja cóncava de cristal, de un pie de circunferencia, cuya superficie parecía tallada de burbujas cerúleas, verduzcas y aguamarinas. El único sonido en la habitación era el mecanismo del reloj de péndulo, que nunca daba la hora exacta.*

*-¡Es la luz, Martina! -exclamó Eulalia levantándose y rodeando la mesa, inclinando su cabeza de nieve para captar mejor los impertinentes haces luminosos del sol mañanero que atravesaban el cuerpo del pez.*

*-Mira, mira, la luz hace que todos los colorinches del adorno se muevan, como si se salieran del plato, es eso ¿ves? No es que se mueva el pescadito, es la luz la que se mueve mi niña.*

*Con el ceño fruncido y la punta de su lengua asomada en la comisura de su boca, Martina siguió fijamente el haz de infinitesimales partículas de polvo hasta la ventana y de vuelta al centro de la mesa donde reposaba su pez saltarín. Sospechaba alguna traición. ¿En verdad sería la luz? Pero si ella lo había visto recorrer el borde de su mar, anoche lo había dejado mirando hacia la cocina y hoy miraba hacia la puerta de atrás. Mientras dormía, lo había escuchado hacer burbujitas. Se trazó un plan.*

*-¿Y si cerramos la cortina y no entra más la luz? Vas a ver que se mueve.*

*-No, mi niña, la cortina está rota hace meses y tu papá dice que no hay cómo arreglarla. Vamos, déjate de cosas, vamos caminando a la escuela, que vas a llegar tarde de nuevo. Vámonos calladitas, que tu papá se quedó dormido en la cocina otra vez y así no lo despertamos.*

*Cuando salían de la casa, Martina atisbó a su papá doblado sobre la mesa de la cocina con una botella vacía en la mano.*

*-¿Eula, tú te acuerdas de mi mamá?*

*-Cada día, mi niña. Siempre está aquí, en mi corazón, igual que en el tuyo. Ella fue mi primera niña, antes que tú.*

*-Ella decía que la bandeja de mar no era de vidrio sino de cristal burrano. ¿Por qué un burro haría un cristal?*

*-¡Ja jaja! ¡Niña inventora! Tu mamá decía cristal de Murano no de burrano, pero yo no sé eso qué es ni ¿ónde está. Pero es verdad que ella quería mucho ese adorno y el reloj ese que está en la sala, que nunca ha dado la hora bien. Eran las únicas cosas que le recordaban a tu abuelo, no sé por qué las quería tanto, si, total, su papá la botó de la casa por enamorarse con tu papá. Pero, jepa! vamos muchacha, a la escuela.*

*Esa noche, después de que Eulalia le hubiese dado de cenar y la hubiese acostado a dormir a la luz de una lámpara de kerosene—hacia dos meses que les habían cortado la luz—, Martina se levantó porque el pez le susurró en sueños y de puntillas se fue a la sala con la lámpara en la mano. Estaba desobedeciendo a Eulalia y lo sabía.*

*Con toda la fuerza de la que fue capaz, levantó la pesada bandeja de cristal, quería*

ponerla debajo de la mesa, donde no le diera la luz del sol y observar al día siguiente si el pez se movía. Casi lo había logrado cuando se abrió la puerta de la casa y a la voz de trueno de su padre: ¡¿Qué haces, chiquilla?! ,Martina soltó la pesada carga. Corrió hacia la parte trasera, hacia el cuarto de su Eula, por encima de los añicos de vidrio -opacos sin la magia de la luz-, y escuchó tras ella los torpes embates y las palabras ininteligibles de su padre, que se tropezaba con la lámpara de kerosene, la quebraba y caía enredado con ella al suelo, empapándose del combustible.

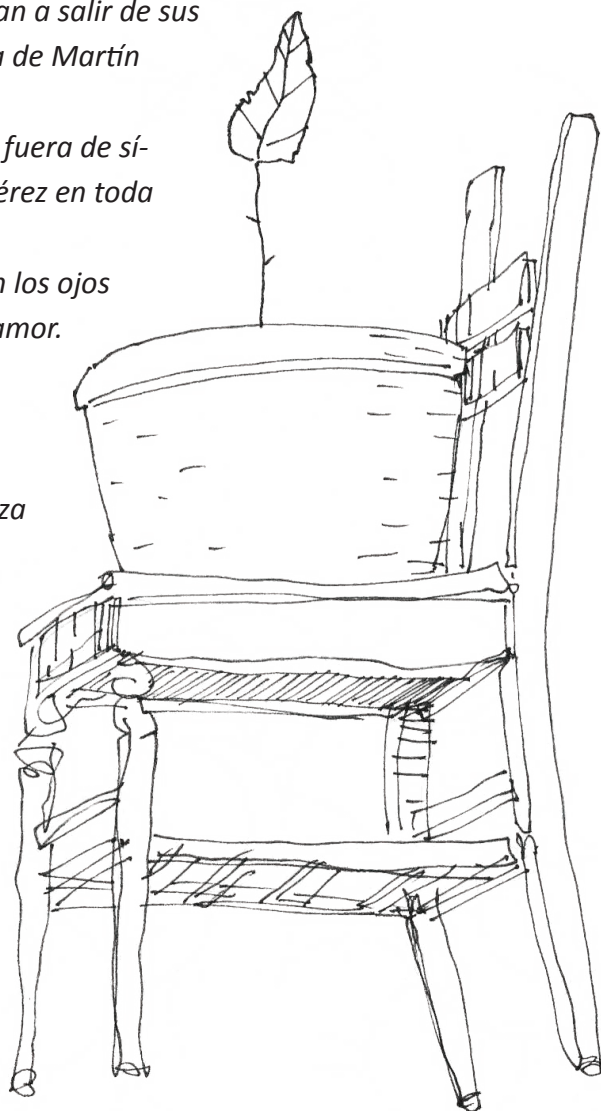
Alcanzó la seguridad del entorno de Eulalia que la aupó en brazos, escaparon al patio, bordearon la casa y llegaron a la puerta de la vecina. Esa puerta que sabían siempre abierta, ya que les había dado refugio varias veces en el último año. A salvo, en el regazo de Eulalia, no sentía las cortadas en las plantas de sus pies, que goteaban creando una charca roja, mientras los vecinos comenzaban a salir de sus casas y gritaban ¡fuego, fuego, se quema la casa de Martín Pérez!

-¡Gracias a Dios, Eulalia! -decía la vecina fuera de sí- Has salvado a la niña, lo único bueno que hizo Pérez en toda su vida.

-¡Ella me salvó a mí! -exclamó Eulalia con los ojos cerrados, estrujándola con toda la fuerza de su amor.

-¡Nos salvó mi pez! Él me dijo "corre Martina" cuando dormía -murmuró la niña en su oído.

Con una manita Martina mimaba la trenza blanca de Eulalia y con la otra acariciaba el pez púrpura de cristal que había brincado al bolsillo de su camisón, mientras en sus pupilas se reflejaba el resplandor del incendio, al tiempo que los gritos desgarradores de un hombre en llamas ahogaban el vaivén del péndulo de aquel abuelo, siempre equivocado.





---

**Olga de Obaldía.** *Nació en la ciudad de Panamá el 3 de junio de 1963. Graduada de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Santa María La Antigua, tomó cursos de Derecho Internacional en la Universidad de Northwestern en Chicago, Illinois. También está certificada en Fundraising Management por la Universidad de Indiana. Es egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), en 2010. Ha tomado talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Ganó la cuarta versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria” de la UTP con su primer libro de cuentos: **Almas urbanas** (2016). También ganó el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez 2016, con su libro “**Cuentos elementales**” (2017). Actualmente es Directora Ejecutiva de la Fundación para el Desarrollo de la Libertad Ciudadana –capítulo panameño de Transparencia Internacional.*

---

## Misteriosa Panamá

María Laura De Piano



*Fue una noche oscura sin luna ni estrellas. No había amanecido cuando los primeros curiosos se arremolinaron en torno al malecón. Alguien llamó a la policía porque las luces de un carro patrulla salpicaban de azul y rojo a los presentes y dos uniformados de pie sobre el muro de cemento oteaban el horizonte intentando ver a través de las sombras. Un momento después llegó un grupo de mujeres en ropa deportiva que se sumó a lo que ya era una multitud silenciosa, apretujada e incrédula. Ese día el sol se demoró en salir más de lo habitual y cuando por fin iluminó el agua mansa y oscura, un grito de asombro escapó de la ciudad. Increíblemente verde, elevándose en el medio de la bahía, una isla irradiaba su belleza ante la mirada atónita de cientos de testigos.*

*De golpe, los carros se detuvieron, algunas personas se arrodillaron ante la señal de un milagro mientras otras corrían espantadas o permanecían inmóviles, petrificadas ante lo inexplicable. Solo unos pocos, la mayoría niños o ancianos, aseguraban que la isla siempre había estado allí.*

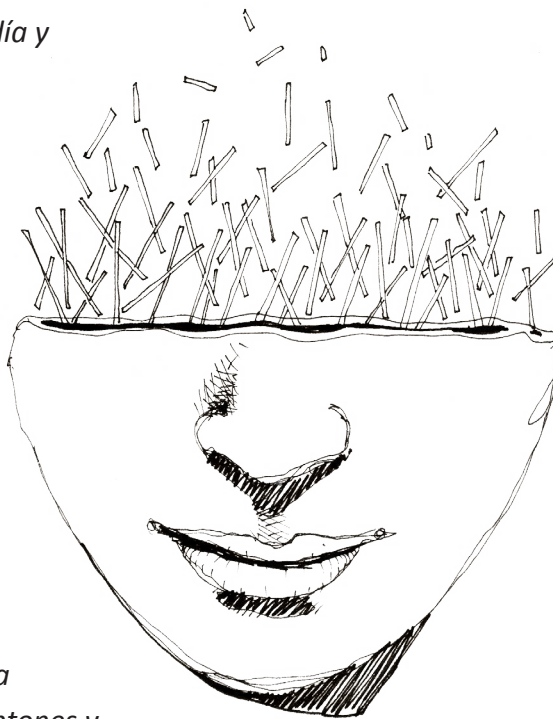
*A las pocas horas, el gobierno por seguridad ordena desalojar de curiosos la Avenida Balboa, lo que provoca el colapso de la metrópoli, y dos lanchas del Senafrent escoltadas por un helicóptero, parten veloces en dirección al enorme montículo verdoso. Desde los balcones y terrazas de las torres, miles de habitantes siguen minuto a minuto la operación, y televisoras del mundo entero transmiten en vivo el fenómeno. Los periodistas conjeturan sobre una falla tectónica, una explosión volcánica e incluso, los más osados hablan del resurgimiento de Atlántida.*

*Tras desembarcar, los uniformados, en ropa de combate y armados hasta los dientes, se pierden entre un follaje exuberante para reaparecer horas después, montarse en las lanchas, partir rumbo al Casco Viejo y desaparecer detrás del Palacio de las Garzas.*

*Por la noche, un presidente feliz y excitado habla en televisión para anunciar entre lágrimas el surgimiento de una nueva isla, que afortunadamente no impide el acceso al Canal. Emocionado, declara el día siguiente como feriado nacional y el país entero festeja toda la noche entre bailes y fuegos artificiales. Al amanecer una muchedumbre desfila frente al malecón. Quieren un selfie con la imagen de la isla como fondo.*

*Queda terminantemente prohibido acercarse a menos de cuatrocientos metros de la recién surgida tierra, día y noche vigilada por helicópteros y lanchas artilladas. Llegan al país científicos y geólogos con el propósito de estudiar el fenómeno y en las redes sociales circulan fotografías con paisajes sorprendentes, playas de arena blanquísima, una suave pradera que toca el mar y hasta paisajes selváticos con cascadas incluidas. Por fin el gobierno declara oficialmente la anexión de un territorio frente a las costas de Panamá.*

*Lo primero que se ordena es la confección de nuevos mapas, pero, un día después, el trabajo se paraliza; el flamante terruño aún no tiene nombre. Luego de horas de discusión la Asamblea Nacional acuerda organizar un concurso público para decidir el apelativo de la isla. Las cartas llegan a montones y*



se nombra una comisión especial para clasificarlas. Hay quienes proponen nombres de próceres, de ex presidentes, de poetas, de flores, de vírgenes, santos, jugadores de pelota o cantantes de reggaetón. Sin contar las sugerencias de nombres obscenos que, por respeto, no fueron sometidos a la votación de los diputados, quienes seleccionan cuatro y anuncian un referéndum para escoger el favorito.

El país espera ansioso la consulta popular y los ministros se avocan a planificar el destino de la isla. ¿Área protegida? ¿Turismo? ¿Cultivo? ¿Reclusorio de máxima seguridad? ¿Barriadas? ¿Ciudad deportiva? ¿Campus universitario? Así es que comienzan a aparecer un sinnúmero de inversionistas locales y foráneos presentando ideas y proyectos. Cuatro hoteles cinco estrellas, dos marinas, tres condominios de lujo, un centro comercial de varias plantas, dos edificios de cincuenta pisos y dos canchas de golf. Todo es aceptado y aprobado de inmediato. El plan es construir cada metro y luego adosar islotes artificiales.

La ciudad se satura de coloridos anuncios promocionando las facilidades de una tierra prometida, aún sin nombre, pero con un paisaje arrollador. Hay manifestaciones diarias, cada sector clama un espacio propio. Ecologistas, maestros, religiosos, intelectuales, ganaderos, golfistas quieren ser parte del nuevo territorio, incluidos los narcotraficantes que no perdieron tiempo en incorporar una nueva ruta.

Pero hoy, precisamente un día antes del referéndum, amanece lloviendo. Una pesada cortina de agua envuelve a la ciudad y un cielo plomizo se funde con el mar, los edificios y las avenidas. Cuando deja de llover, poco a poco la niebla se disipa dejando ver la bahía iluminada por un tímido sol que se cuele entre grandes nubes. A pesar de la multitud arremolinada en torno al malecón, a los carros otra vez detenidos en medio de la Avenida Balboa, a los cientos de habitantes asomados a los balcones y al helicóptero que sobrevuela la zona, el silencio es sobrecogedor. La isla sin nombre ha desaparecido.

---

**María Laura De Piano.** Nació en Buenos Aires, Argentina, el 27 de septiembre de 1959. Nacionalizada panameña. Abogada por la Universidad de La Habana, empresaria en el sector turismo. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2014 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Ha formado parte del taller de cuento avanzado del escritor Enrique Jaramillo Levi. Gana la tercera versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria” con su libro de cuentos “**Vidas ajenas**” (2017). En 2017 obtiene la cuarta versión del Premio “Sagitario Ediciones” de Novela Corta con “**El color de las buganvillas**” (2017).

---



## EL ODISSEUS

Gilza Córdoba



Esa madrugada nos encontrábamos en el puerto de Rora en la región del Gilfra, disfrutando del sonido que producían las olas al romper con violencia en el acantilado y de un magnífico cielo lleno de estrellas. Estaba en compañía de mi amigo Frank y los dos nos sentíamos de buen ánimo al poder estar al aire libre de nuevo. Habíamos estado encerrados en nuestras casas durante varios días por causa de los extraños fenómenos naturales que habían estado ocurriendo en la región: hablo de los tornados, la nevada y el granizo que azotó toda la zona oeste del país, matando a un centenar de mendigos en las calles de Tetrís.

Salimos aún a oscuras de nuestras tiendas de campaña, para estirar las piernas y disfrutar de la aurora. Nos sentamos sobre la arena mientras nos desperezábamos cuando, de pronto, Frank se mostró sobresaltado. Me dijo que mirara hacia el mar mientras señalaba algo que estaba viendo a orillas de la playa. La luz de la luna me dejó divisar lo que podría ser una embarcación de vela de medianas proporciones. A ambos nos desconcertó la silenciosa soledad de la cubierta y que sus formas se dibujasen como las de un barco antiguo.

Resolvimos esperar a que amaneciera para examinar la embarcación, no sin antes armarnos de unos cuchillos de mesa que pudieran hacer de arma, en caso de enfrentarnos con algún peligro.

El sol no se hizo aguardar y caminamos entonces hacia la orilla de la playa.

La nave había sido devuelta a tierra por el impulso del mar, que en los últimos día sera más intenso de lo normal. La embarcación parecía una antigüedad pintoresca y enigmática; su estructura contradecía claramente a la de los veleros o barcos contemporáneos. Por fuera, la madera estaba parcialmente cubierta de moluscos bivalvos. En el interior, el maderamen estaba laqueado y de los palos colgaban numerosas y gastadas velas. Los remaches eran de acero y en ellos se observaban enormes y herrumbrosos clavos.

Inspeccionamos una de las galerías del barco: la mercancía estaba colocada en anaqueles sujetos a una pared de madera. La nave llevaba una carga de telas y de gruesas alfombras que aún conservaban sus colores. Había también varios atados de ramas que despedían un aroma resinoso y algunas botellas de vino de una apariencia lechosa; la mercancía que no era mucha, estaba deteriorada pero intacta.

Al entrar en la cabina principal, notamos que en la misma había dispersos por el piso multitud de cartas de navegación, una bitácora, mapas y una serie de curiosos aparatos que parecían ser instrumentos náuticos.

De pronto, nos sobresaltó un ruido fuerte acompañado de una vibración, como si algo pesado hubiera caído en la sala contigua. Mi amigo soltó un grito y a ambos nos invadieron los nervios. Frank salió del barco precipitadamente, pero yo demoré un poco más. Logré verificar que el ruido había sido provocado por una de las botellas de vino que había caído al suelo, reventándose.

Antes de abandonar el barco, logré tomar la brújula, la bitácora y una pipa tallada que escondí bajo mi ropa. La primera página del cuadernillo estaba fechada en 1825 y decía así:

\*\*\*

*6 de abril*

*Seis marineros, un cartógrafo de nombre Jacobo y yo, a cargo de la nave, zarpamos en el "Odiseus" del puerto de Orab Rushi con sus desordenadas*

calles y su arquitectura ruinosa una mañana en la que sus callejuelas siempre animadas, estaban casi desiertas. Nuestro objetivo es navegar hasta Isla de Esbos y abordar una falúa con un mascarón de proa en forma de ave. Allí entregaremos la mercancía y las joyas que transportamos al capitán Horuc.

\*\*\*

9 de abril

Hoy hemos navegado tranquilamente mar adentro sin encontrar en las aguas siquiera un barco pesquero. Durante la mañana costaba estar en la cubierta por la intensidad del fulgor de un sol de los mil demonios. Al mediodía vi volar una parvada de pamperos con mi catalejo y me sobrecogió un mal presentimiento. Decidí darle seguimiento a los cambios en el cielo y en el viento, que continuaron mostrándose pacíficos tal y como estaban por la mañana. Ya por la tarde, un vapor gélido que trajo la brisa me produjo alivio del sofoco del día y borró mis preocupaciones. Después hicimos una pesca nocturna cerca del arrecife de Hilab Rumi. En cuanto Jacobo sacó una lámpara para iluminar el agua, salieron a flote nubecillas de plancton. Curiosos, mis camaradas las recogieron, y guardaron en recipientes de vidrio. Me acosté a descansar, pero a la medianoche no pude dormir ya más: habían regresado los dolores musculares que me torturan por temporadas y la maldita sensación de tener los intestinos llenos de agua.

\*\*\*

10 de abril

Hoy ha caído sobre nosotros una tormenta con olas que han arrasado la cubierta de popa a proa y nos encerró el bramido del viento.

\*\*\*

12 de abril

Han pasado dos días desde que empezó el huracán y desde entonces no hemos logrado retomar el

rumbo: estamos a merced de una mar enardecida que nos arrastra hacia el norte. Las velas están todas desplegadas bajo el gobierno del viento y como si fueran nuestras enemigas, nos empujan con violencia al más bestial embate de espuma y agua que pueda concebir la mente de un marinero. Desde ayer por la noche, no quedó un solo hombre en la cubierta. Estamos sometidos al azote de las aguas hasta que acontezca lo peor.

\*\*\*

Vadeamos cientos de olas poseídas por la furia de la naturaleza. Las noches sin astros no nos permitieron ubicarnos ni en el lugar ni en el tiempo; pero, hoy al mirar el caos a mi alrededor y el terror en la faz de mis camaradas, me pregunté si alguna vez temblé cuando el peligro me desafiaba y me di cuenta que nunca lo hice. Mientras las olas gigantescas se levantaban sobre nuestro barco y lo embestían, pensé en lo singular que fue mi vida y le agradecí a todas las potencias de los cielos por los años que estuve en esta tierra. La mar es el terror que amenaza con arrastrar nuestros cuerpos a la profundidad del abismo, pero en verdad ya la suerte del hombre ha sido echada desde su nacimiento y los males que se ciernen sobre él no son nunca dueños de su alma.

Ya el agua empieza a llenar el barco, a subir por nuestros pies y a envolverlo todo. De repente, en medio de la marejada, Obed el de la coleta alquitrana exclamó:

—¡Un momento, capitán, me falta mi Espuma de Mar y no quiero partir sin ella! — Y se alzó a coger la pipa tallada con la que quería morir.



## TÚ, YO, ELLAS LAS MISMAS

Lucía Kusial Singh

*Era la hora en que la luz se hundía tras las montañas, y la niebla densa por todo el ancho de la selva umbría iba tendiendo su cortina inmensa.*

*Cuanto con más esfuerzos avanzaba viendo si al llano por doquier salía, más la selva a mis pasos se cerraba, más en la negra oscuridad me hundía.*

José Zorrilla

Era de tarde, los hombres de guerra van por los caminos verdes, peinándolos, apresurados. Penetran con saña las entrañas del sitio. Van como esos marineros que pisan tierra tras prolongado exilio en alta mar. Marchan callados. Caminan siguiendo el río. Acribillan la hierba con sus pasos marciales. La hierba ultrajada resucita como zombi.

Sus ojos guerrilleros escarbaban entre los cerros, escarbaban entre los montes, escarbaban entre los caminos como si fuesen incisivas lámparas de campos de concentración.

Los animales silvestres, a sus pasos, ocupan sus cuevas.

El belicoso ejército baja de la montaña agazapado como tigre hambriento atisbando su presa, arrastrados. Sobándose con la cerros. Impregnan en el herbaje húmedo su sudor de guerra, su sudor a cielo. La sierra soberbia, intimidada, se rinde a sus pies, convirtiéndose en cómplice de su desenfreno. Pretenden toparse con vírgenes dispuestas que, sin mojigatería ni remilgos engorrosos, apaguen el fuego que los hace cenizas.

Allá en el pueblo, los fogones arden azuzados por la leña. Secan el arroz aprisa ignorando el alboroto. Las matronas nerviosas, los patrones de los ranchos, de guindarejos y techos de paja, hechos los machos, echan mano a tácticas dilatorias, propias de mandatarios audaces, e

invitan, melindrosos, a pasar a los exaltados soldados, de postura insolente, cediéndoles sus hamacas cómodas, ofreciéndoles café en tacitas domingueras, viandas con sabor hogareño en complicidad con el sol que arrecia, distrayéndolos de sus objetivos enfocados: sus hijas vírgenes.

Los escobones detrás de las puertas están puestos con los palos hacia abajo, para que las visitas no demoren.

Mientras tanto las preñadas abrazadas a sus panzas y las vírgenes que resguardan sus faldas entre las piernas se escurren aceleradas, con llanto, hacia las cuevas protectoras guiadas por las cotorras de plumaje caribeño, enramadas en los palos de mangos dulces, quienes alborotadas les señalan el camino seguro.

La hierba silvestre, en el camino, les rasgaba la piel.

El miedo hace parecer más oscura la tarde.

En las enaguas escondidos cuchillos afilados.

Por los caminos, agazapada la injusticia se revela. Harta de suplicar.

Los pájaros encerrados en los árboles picotean los mangos dulces, las mariposas promiscuas besan las flores.

En las cercanías los nativos machos se rompen la cabeza elucubrando fórmulas para salvar a sus mujeres de estos visitantes lujuriosos y altaneros, crueles y hambrientos. Hambrientos por sus mujeres. Idean aliarse con las hormigas domésticas, al mejor estilo del Arte de la Guerra. Desde la curumbita de los robustos árboles, sin ser advertidos, tallan en las hojas de los Espavé jeroglíficos que dan pistas a los otros machos que avistan, del avance del enemigo. Las hojas caen como paracaídas burlando la tropa bélica. Los insectos emisarios, igual que palomas mensajeras transportan las hijas deladoras de las ramas, alineados, en fila india, entre los botines de los famélicos hombres de fusiles y rifles, filtrando el mapa espía a los atrincherados aborígenes que, agazapados en los caminos los interceptan. Y así con las pistas actualizadas afilan sus machetes, preparan antorchas, entierran el arroz, envenenan

las flechas. A sus mujeres las encierran junto a sus recién nacidos chumbados en el fondo del motete como con candados de castidad; a los niños, con sus brincos, los encuartelan en los altillos abrazados a las cestas repletas de mazorcas; a los más grandecitos les encargan pueriles encomiendas, acorde a sus tamaños: que si llevar mensajes, que si traerles agua, que si armar pertrechos o envenenar flechas.

En los caseríos, los gatos en los techos, las aves multicolores, los fogones ardiendo, los niños llorando, los machetes desenvainados, las palomas en los palomares, y en las cabeceras de los lechos las madres con sus hijas en sus mentes.

Internadas en las cavernas protectoras, las prófugas doncellas, van apaciguando el temor de ser desvirgadas sin romances, sin ternuras, sin delicadezas.

El susurro de la noche temblorosa penetra el espacio.

El ramaje de los árboles se bambolea como los barcos a la deriva.

Sabina pensaba en esos seres pasivos que eran las mujeres de épocas antiguas que se sometían sin oposición ni grandes alardes de culpabilidad, sin mayores remilgos al capricho de los hombres que las tomaban.

Encarceladas por el miedo, indefensas, sin más escudo que su propia determinación, desnudan revelaciones íntimas que sólo ese colindar con la muerte pudieran develar. Mientras tanto las pisadas vehementes de acero y lujuria avanzan. Surgen espejismos, como en los desiertos. Los hombres de guerra se sueñan desembarcando en una especie de isla Citera de Afrodita y entre la espuma y las conchas del mar se ven perderse entre los brazos pasionales de la diosa erótica. Entre ríos de vino y miel.

Ellas, en las grutas cóncavas, contienen el aliento, acallando los silencios, acurrucadas, atentas. Regresaba en ese escenario, de desamparo, su mundo interior y como universos misteriosos afloran historias, como los cuentacuentos. Historias de duendes fulitos que tiraban

piedras en el río, que molestaban, que babeaban a las niñas y a los niños también, secuestrándolos, confinándolos a un limbo secreto, para después, al son de los obstinados rezos, de los porfiados llamados de los padrinos, aparecerlos. Carmela le había contado a su madre de aquellas apariciones, la madre de sus hermanos le había aconsejado que para espantar sus apariciones debía iniciarse en las artes del fuego pa' dentro. Ese humo de cigarro aborigen los alejaría, los confundiría, y los enviaría de vuelta a su mundo misterioso. Por otro lado, el padre de Carmela receloso de semejante práctica, para una niña tan pequeña, rezongaba entre dientes, cuidándose de emitir sonido alguno, respetando la sabiduría atávica de la madre de sus hijos para enfrentar eventos inexplicables, cualidad heredada de sus abuelos indios.

La lluvia iba cayendo y las bañaba y caía miedosa por el empedrado.

En sus pechos los corazones palpitan de espanto como tambores de guerra.

Las mujeres perseguidas, con los vestidos empapados, con los trajes húmedos, pegados a sus cuerpos temblorosos, se abrazan entre sí clamando calor. Sus trenzas lacias anegadas chorrean a sus espaldas. Las hacen temblar. Las cuevas son oscuras y limosas por dentro. Los vestidos encharcados, regados por todas partes, se secan agradeciendo la dádiva de los tenues rayos del sol, que se cuelan tímidos.

Desde las cuevas las chozas sombreadas por las palmeras que parecen paraguas. En los patios los marañones y los mangos se pudren discriminados. Los niños con su griterío y algarabía esperan al pesimismo. Las gallinas con el plumaje alborotado desentierran los gusanos de la tierra. Los sinsontes, en los llanos, ven los espantapájaros y retroceden. Por las noches el caserío parece un nacimiento, en el cielo la única estrella vigila atenta. Las luces miran por las ventanas como los ojos alumbrados de las calabazas en halloween.

La lluvia bañando el río. Los chorros de la lluvia, que destilan por las grietas de las grutas, bañan los cuerpos de las mujeres escondidas.

Entre ellas bañan sus cuerpos para arrancarles el pánico que las asfixia, mientras alguna vigila a la entrada de la cueva, como si fuese la vigilante de algún castillo medieval. A la entrada de las grutas las serpientes pasan reptando, como si fuesen presos que escapan. Las ranas croan. Desde lo alto de las colinas ojos felinos las vigilan.

Luisa recordó la huaquita de jazmines y mimosas, jacintos y rosas que desmoronaba con sus dedos enamorados, mimándolas. La fragancia que despedían los pétalos perfumados le invadían la piel. Penetraban en sus huesos, estremeciéndola. Se acordó de los labios carnosos y dulzones que recorrieron su cuerpo buscando el origen de la esencia de las mimosas intentando descifrarlo como a combinación de caja fuerte. Ese movimiento lento, ondulante y explorador dentro de su boca. La vorágine de sensaciones que despertó como volcán rebelde, haciéndola vibrar. Se vio ceder esa primera vez en ese atardecer de verano. Se dejó llevar cuando la miel de sus pechos era lamida por el cacique de sus sueños. Hasta el río convenció a las piedras que hicieran silencio... se alejaba de prisa como quien se desplaza de puntillas para no interrumpir, con las palabras calladas.

Por las noches, el padre de Carmela se las ingeniaba, entre el engaño de las sombras, como si fuese un mensajero Real, para hacerles llegar algunas golosinas, hacerles llegar mensajitos de sus madres a la niñas grandes, escondidas de los hombres invasores, alejadas del caserío. Hubo que salir dejándolo todo, comiendo nada.

En la aldea las luces duermen.

Los hombres de guerra, enfundados en armas, no dan tregua, olisqueando su presa, adivinando su escondite.

Escóndanse bien, les recomendaban sus madres. A algunas de nosotras mismas nos sucedieron horrores, a muchas nos repartieron entre varios, a otras se las llevaron con ellos para luego dejarlas regadas por los montes como piltrafas, como despojos. Volvían. Volvían una y otra vez apaciguando sus ardores. Pero saben...

hubo una. Hubo una india que nos vengó a todas. No descansó hasta que el jefe de los envilecidos soldados la amara. La amara hasta que no pudiese respirar sin ella. Un día, sin paños tibios y menos titubeos mutiló su hombría. La empotró en un arco, la lanzó como una flecha. Hombría y venganza, despedazadas ardieron en medio de la fogata del campamento milico.

La soledad les regalaba tiempo, tiempo para soñar, tiempo para recordar, tiempo para inventar. Encarnación contaba que con la ruma de ropa amontonada sobre los moños en rodete, bajaba su hermana a la quebrada todos los días a darle porrazos a la ropa para sacarle la blancura. Una mañana soleada en que canturreaba boleros, iba entretenida lamiendo una deliciosa melcocha de miel. Se la había obsequiado, con una sonrisa y un beso en la mejilla, su mejor amiga. El obsequio dulzón la envenenó. La confidente infiel se había quedado con su marido y en la orfandad había dejado a cinco chiquillos. En su delirio de muerte, angustiada por el recién nacido, dejó dicho "Si no quieren a mi hijo, lo colocan a mi lado cuando me entierren, métenlo en el ataúd conmigo". Aquel mismo día el curandero del pueblo que no pudo con su potaje secreto salvarla de la envidia y la traición, del beso de judas que esa mañana siniestra le regalara la que conocía sus secretos; ese mismo yerbero, el mismo indio brujo de piel curtida y mirada que atravesaba el alma, en persona preparó la toma fallida, de manera tal decidió retar su poder sobrenatural. Y fue así, que aconsejó a sus deudos, que para descubrir la identidad de quien exterminó la vida de la que fuera el alma del pueblo, colocaran un gran espejo reflejando el cadáver: rieguen ceniza ardiendo a su alrededor, rocíen agua bendita en abundancia les ordenó. Verán, entonces, resurgir de entre las cenizas, como una aparición, la imagen asesina igual que Aladino concediendo deseos.

Y ahí en esa guarida amurallada de dignidad y vergüenza, por las noches, cuando todos en las chozas duermen, desnudas les bailan a la luna, seducidas por el embrujo de la caña fermentada. Cantan quedo. Recitan poemas.



*Ama, sueña, rompe los espacios  
traspasa la cima, colócate en la cumbre,  
no le des tregua a la duda. Entrégate,  
y cuando ya sacies tu embeleso,  
tu alma, tu éxtasis, toda tú,  
monta en las ancas del águila,  
y ve tranquila.*

Y entre poemas, canciones y la luna enamorada, otras con sus manos ociosas esculpen una estatua a Anacaona. La india poetisa, rebelde como ellas. Y la recuerdan. Cuentan que era bella. Que recitaba poemas. Que defendiendo el honor de las mujeres de su tribu la mataron. La vejaron y la ahorcaron públicamente. De la efigie indígena de barro en honor al lamento, resurge Mariví. Cuando niña sus padres vivían preocupados por ella, insistía en bañarse desnuda en el río. La llevaron al curandero del pueblo, angustiados por ella, sospechando algún encantamiento misterioso. Ya de moza, salía del baño de techo y paredes de zinc, apartado en el patio trasero, arropada con una toalla raída, atravesando el camino floja de ropas. Soñaba con ser cortesana de un burdel.

Al principio la intimidaron las maneras aumentadas de brutalidad de aquel numeroso contingente de guerrilleros. Más pudieron las noches sofocantes de deseos, de deseos reprimidos. Fantaseaba con ser consuelo de muchos, con ser reina de un prostíbulo. La más deseada.

Su actitud ofrecida desarmó a los armados. Tejió sus largas trenzas; rasgó sus ropas, retazos de sus senos accedieron; pintó sus pezones de púrpura con un cocimiento de raíces, mismas que usaba para colorear las taguas con que sus manos daban vida a los collares que vestía; envolvió sus pechos con unas redecillas doradas, engarzadas en unos hilos ocre y oro; jugueteó con su cuerpo, con los jugos colorantes de su selva; maquilló sus ojos intrépidos embrujando la mirada; pintó su rostro; hermosas flores hicieron lienzo en sus dedos, en sus pies, en sus brazos. No era usual en su raza taína, pero así se había visto en sueños.

Los soldados creyeron ver una diosa aborígen

resurgiendo. Los feroces invasores obnubilados la llevaron consigo ensalzándola como a una reina. Como de un pozo bebieron de ella hasta la saciedad; gozaron de sus favores como si fuesen los elegidos de alguna extraña fuerza divina.

Mariví, para purificarse, los atrajo hacia el gran río que bordeaba su selva. Ahí soltó, como la diosa griega del amor, sus trenzas. Su cabellera indómita sitió las aguas. Sus pechos desnudos se sumergieron en la corriente repleta de destellos dorados. El sol y el oro estallaron en chispazos que envolvieron su impetuosa figura. Y ante los rostros anhelantes de los guerreros y en uno de esos artificios del confabulo del astro sol y del metal precioso, desapareció. Su estela estalló en centenares de riscos imponentes, de peñascos como baluartes que se esparcieron a lo largo de la orilla del río de su gente, amurallándolo. Protegiéndolos. Bordeando los quicios de su aldea.

*Sin medias tintas.  
No importa el pasado,  
sólo este presente amenazador,  
desigual e injusto.  
Estamos aquí, negadas a parir hijos sin  
nombre,  
negadas a desatar perversiones consentidas  
de guerras,  
tiranas y serviles.*

La gente aplaude la obra de teatro y los actores se doblan ante el público que se levanta delirante y los ovaciona.



## DÍA DE FIESTA

Indira Morales



Un estruendoso ruido proveniente de la galería número cinco hizo saltar de su destartalada silla a Manuel, custodio de turno en el Penal de Santiago. “Será una larga noche”, pensó para sus adentros, al tiempo que dejaba a medio terminar su taza de café sobre el escritorio maltrecho de la sala de guardias.

Caminó sin prisa – maldecía su suerte. Tomó su vara de contención y un manojito de llaves. Se unió al minúsculo grupo de guardias que se dirigían presurosos por el corredor de la prisión. El ruido era ensordecedor. A cada lado del pasillo, los reos estrellaban con fuerza los candados de las puertas de las celdas. Siempre lo hacían cuando había una riña, o cuando querían llamar la atención...cling, cling, cling, sonaban incesantes.

“Comando, hay un herido aquí, ayuda por favor”, gritaba Narciso, un indio kuna que cumplía una condena de cinco años por tráfico de drogas y que se dedicaba a hacer los mandados a “los pesaos” de la galería.

“Todos al suelo”, gritó Manuel mientras buscaba entre el manojito de llaves, la que abría la celda.

Estaba oscuro, pero aun así pudo ver a poco más de una veintena de reos tumbados en el piso con las manos en la cabeza. Manuel se abrió paso entre los cuerpos semidesnudos. Ya no había ruido, sólo el olor a muerte.

“Maldita sea”, pensó y entonces lo vio. Estaba tumbado, semi sentado, sobre un charco de sangre, orina y excremento. Vestía de mujer. La sangre que brotaba de su pecho se confundía con las flores de su mini vestido.

Tenía el rictus de la muerte y un hilillo de sangre se escurría por la esquina de sus labios mal pintados. Olía a perfume barato y a muerte. Estaba descalzo; sus pies estaban blancos, muy blancos.

Manuel y otros tres guardias lo levantaron. Narciso, el indio, se acercó con una vieja carretilla, de esas que usan en la construcción. La usaba para sus “mandados”. Allí cargaba botellas de agua y distribuía los víveres clandestinos que compraba en la tiendita de Gregorio, el chino que controlaba la galería número tres.

Entre los cinco, acomodaron al reo herido. Ya no hay ruido, sólo olor a muerte.

Es mi cumpleaños pero no es día de fiesta. He pasado treinta y dos meses en esta mugrosa prisión, en donde ya nadie viene a verme, ni siquiera mi madre. Es mi quinta condena y hoy es mi cumpleaños número 32.

Es día de visita pero nadie viene por mí.

El indio Narciso trajo botellas de agua para el baño, sopas chinas, navajas de afeitar y dos sobrecitos de crispy. Tengo una botella de Buchanan, de las que sobraron de la celebración de año nuevo, así que inicio mi propia fiesta.

Mientras tanto, en el patio central una multitud aguarda la hora de visita.

Me di un baño rápido, me afeité la incipiente barba que apenas se asoma por mis mejillas curtidas por el poco sol que tomo de tanto en tanto en el patio de la prisión.

Aspiré hondo un cigarro de crispy. Se me seca la boca y el corazón se me quiere salir del pecho. Aspiro de nuevo y poco a poco el mundo parece girar más lento. Tomo un trago de Buchanan. Me quema el pecho y entonces aparecen en mi mente las imágenes de aquel día.

A lo lejos escucho la algarabía de la gente en la visita. Se funden entre llantos, abrazos y besos pero nadie vino por mí.

Esa tarde estaba “peleando gallos”. Salimos de la gallera Ernestito, Jacinto y yo. “Vamos pal bar a tomarnos unas pintas y a ver qué putas levantamos”, ideó entre risas mi primo Jacinto.

Llegamos y empezamos a tomar. Habíamos ganado en los gallos, así que cada uno pagaba una ronda mientras bailábamos con ellas al son de Diomedes.

Nuevamente aspiro del cigarro y despacio boto una bocanada de humo denso que rápido invade mi celda. “Qué bien la pasamos esa tarde”. Recuerdo haber ligado con Bárbara, una mulata del Darién con la que planeaba pasar la noche. Eso era antes de aquello. Ese día cambiaron todos los planes.

Salí a fumar fuera del bar. Anochece pero a lo lejos pude ver la parejita retozando en el callejón. Le presté poca atención hasta que descubrí que eran dos hombres. Uno de ellos era mi hermano menor, Sebastián. Me le abalancé rápidamente y logré derribarlo sobre el pavimento. Le golpeaba la cara mientras él sollozaba histérico. “¿Tú quieres ser maricón? Seguía golpeándolo hasta que intentó defenderse. Entonces saqué un puñal, de los que usaba para afilar las espuelas de mis gallos, y sin pensarlo dos veces se lo enterré en el corazón.

Todos están en la visita pero nadie vino por mí.

Un olor a perfume barato impregna el aire y entonces la vi. Era Bárbara, la darienita.

Llevaba un bonito vestido de flores ajustado a sus hermosas curvas. Una hilera apiñada de blancos dientes me sonreían coquetos. Se acercó como un felino a su presa y nos fundimos en un abrazo prolongado en donde las ganas encendieron las pasiones. Mi torso desnudo se apretujó contra su cuerpo. Bailamos al compás mental de la vieja canción de Diomedes que dejamos a medio terminar.

Bebimos casi toda la botella...Ella reía a carcajadas. Suavemente la llevé a mi litera. Inhalé su perfume barato y la besé fuerte, casi hasta hacerle sangrar los labios. Se acostó sobre su vientre y yo la cabalgué hasta saciar mis ansias.

Todos están en la visita pero nadie vino por mí.

Me tumbé a su lado y me quedé dormido.

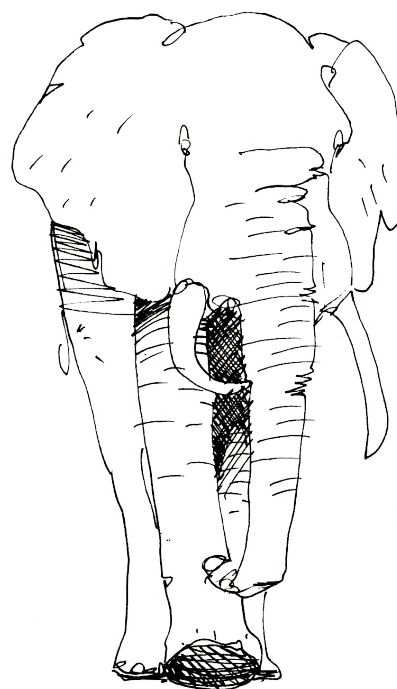
Son las cuatro de la tarde. Me despierta el ruido de los presos que vuelven de la visita. Vienen cargados de paquetes y de sueños.

La cabeza me da vueltas pero no estoy solo. Una mulata hedionda a ron con vestido de flores yace a mi lado. No la conozco pero su perfume barato está impregnado en mi piel tatuada. Trato de despertarla, zarandeo su cuerpo. Una peluca se le cae al suelo mugroso. Abre los ojos y trata en vano de incorporarse. Levanta su minúsculo vestido de flores dejando al descubierto su verdadero sexo.

Lo empujo y golpeo su rostro maquillado. Emite apenas unos quejidos y cae abatido sobre la cama. Saco a relucir un cuchillo fabricado que tengo oculto en el colchón. Trata de defenderse; corre, pero lo logro acorralar en el fondo de la celda. Le aprieto un brazo contra la pared y con la mano derecha le hundo el puñal en el pecho. Sus ojos se quedan en blanco. Se desliza lentamente y queda sentado en un charco de orina, sangre y excremento.

¡Se enciende la galería de presos! Todos empiezan a sonar los candados.

Es mi cumpleaños número 32 pero no es un día de fiesta.



## MIRMIDÓN Y EL CABLE DE LUZ

Brígida Tobón  
(colombiana)



En realidad, él no era ningún liliputiense, eso era puro cuento de los humanos que todo lo que ven pequeño lo denominaban enano. Él era Sir Arthur O'Connor, que por desgracia o malabares del destino se había enredado en las faldas de una puta inglesa, quien desembarcó en América con la ilusión de convertirse en santa.

Él no recuerda cómo llegó a estar bajo las enaguas rojas y malolientes de la mujer. El cuento es que cuando comenzó su periplo, él luchó como un titán para escaparse de esa celda, pero resultó imposible porque su minúsculo pie izquierdo estaba atrapado en el ligero de la dama y, para colmo de males, la hebilla de la correa que sostenía su también diminuto pantalón se había engarzado en el elástico carmesí que adornaba el calzón de seda de la ramera.

Él pidió auxilio repetidas veces pero nadie lo escuchó; tal vez por aquello de que su voz era un fino hilo de sonidos que resultaban imperceptibles para las almas de poca sensibilidad. El desesperado gnomo pellizcó hasta el cansancio los muslos robustos de la doncella, le hizo cosquillas, la mordió, pero la muy tonta sólo atinó a rascarse las nalgas, maldecir y mandar al diablo lo que, según ella, no era más que una pulga de perro que de seguro se le había montado mientras se revolcaba adormeciendo las pasiones de un desdentado y miserable marinero escocés. Para Sir Arthur esa

fue una de las peores ofensas y humillaciones recibidas en su vida. No podía creer que siendo él descendiente de una de las más nobles estirpes irlandesas, culto y de buen gusto, fuera confundido con una simple y vulgar Siphonaptera y, mucho menos, con la especie parásito de perros.

La mujer, que casi siempre estaba ebria, solía dormir en la calle o en cualquier bar de mala muerte. Al parecer nunca se cambiaba de ropa y la única manía que tenía era pintarse los labios de rojo cada media hora. Mientras duró la estadía de Arthur en las vertientes de la geografía femenina, estuvo ocho o nueve veces a punto de morir estrangulado por las piernas macizas o la barriga prominente del borracho de turno que contrataba los servicios de la meretriz.

Después de dos días y medio de aprisionamiento, sintió de repente que todo se movía. La mujer estaba desnudándose y si comprendía bien lo que ella estaba a punto de hacer era darse una ducha. Él resbaló por el tobogán infinito de la inmensa pierna de la prostituta hasta caer en el piso. Sin fuerzas por el hambre escapó del lugar, recorrió el cuarto con las zancadas más largas que podía dar un mirmidón famélico y salió a un espacio de corredores interminables, donde comprobó con estupor que se había convertido en polizón de un barco que acaba de zarpar rumbo a América.

Comprendió entonces la verdad que había en las palabras de su madre cuando le repetía una y otra vez: "Arthur, deja las malas mañas". "No merodees en el mundo de los humanos". "Vas a terminar muy mal". "Créeme que ellos además de fétidos también contagian la desgracia".

No tuvo escapatoria, le tocó cruzar el océano y aceptarse invisible. Durante siete meses que duró el viaje sólo se pudo comunicar con algún insecto que aterrizaba desprevenido en la proa durante las noches de luna llena, cuando el barco carguero anclaba para cumplir alguna parada técnica obligatoria. Fue un viaje eterno y lleno de reminiscencias. Al atracar en el puerto de Barranquilla, Sir Arthur creyó morir ahogado por

el calor y la humedad, pero más que todo por la nostalgia de su identidad perdida.

Después el relato es breve, sobrevivió como mejor pudo. Gastaba los días reposando en cualquier pequeño agujero que encontraba en la calle, o debajo de un arbusto o meciéndose en la hoja de una palma empujada por la suave brisa del Caribe. En las horas nocturnas recorría el puerto, hablaba con las zarigüeyas y las mariposas de noche, miraba estupefacto la demencia de los hombres y se metía en los bares donde aprovechaba los restos de ron y de comida que dejaban los borrachos en medio de sus penas más profundas.

Pero una vez que tuvo la certeza de que sería imposible el viaje de regreso, decidió subir cada día a las seis y media de la tarde por un poste de electricidad hasta un cable de luz, instalarse allí por un par de horas, porque es el tiempo en el que su aldea contempla el cielo, y cantar los versos más tristes que podía, a la espera de que una estrella lo oyera y reflejara su melancólica existencia al otro lado de la tierra.

Panamá, 5/03/2018

---

## EL TELEVISOR

Jennifer Betancourt C.

*(colombiana)*

Hoy especialmente la extraño. La vi por primera vez en Cartagena, Colombia, esa ciudad que me embujó, y que, como tantas otras, puede ser dos, un cuento de terror o uno de hadas, dependiendo de en que parte de ella estés. Es una ciudad bellísima en donde a los pobres se los oculta y se los ignora sin ninguna culpa, pero como extranjero debo anotar, que... igual se ven.

Yo llegué a la ciudad amurallada en junio de dos mil dos, a dictar una capacitación para algunos empleados de la empresa a la que dediqué más de treinta años de mi vida. Siempre fui muy afecto al trabajo y por eso hasta ese momento no me casé. Me parecía irresponsable de mi parte comprometerme a algo que de sobra sabía iba a estar siempre en

un segundo lugar. Por eso esperé y me parece que hice muy bien. Ya con los años, la experiencia y mi madurez, enamorarme fue un ejercicio responsable, consciente, lúcido, dentro de lo lúcido que se pueda estar en semejante situación.

El primer día del curso vi a Helga, era una morena muy simple, sin mayores atributos, de estatura mediana, ojos pequeños y muy negros. La verdad, no era mi tipo de mujer, no me atrajo en lo más mínimo, pero debido a su insistencia, no solamente le hablé, sino que terminamos pasando la noche juntos en un hotel. Ella me preguntaba por cada cosa que decía, tras lo cual me manifestaba su profunda y honesta admiración hacia mis logros profesionales y mi invaluable experiencia, eso me dijo. A mí, nunca antes alguien me había mirado así ni me había hecho sentir tan bien.

Ella tenía un cargo muy bajo en la compañía, pero de alguna manera había logrado entrar a la capacitación, le encantaba aprender. Pasaron pocos meses y de pronto, casi sin darme cuenta, me quedé a vivir en Colombia, ascendí a Helga a gerente y también la hice mi mujer. ¡Helga! Qué nombre tan inapropiado para la hija de un negro y una indígena de la zona más pobre de Colombia, porque si bien vivía en Cartagena ella era de un pueblo muy chiquito en el departamento del Chocó. El nombre se lo puso la madre en honor a la mujer para la que trabajó como empleada toda su vida y que un día cualquiera la despidió sin ningún motivo y sin ninguna liquidación. Tal como la madre, Helga era muy inocente, extraño su candor y su dulzura. También la forma en la que se estremecía y temblaba con solo verme, los abrazos que me daba y que me permitían oír el palpitar acelerado de su corazón.

Donde quiera que esté Helga, quiero que mi alma llegue, quiero estar eternamente a su lado; mientras tanto, estoy aquí sentado en mi sillón favorito, cansado de ver la televisión, especialmente porque está en el canal de música, si es que así puede llamarse a ese ruido molesto tan lleno de percusión y sin armonía. No hay videos, es solo el ruido. Música para mí es la clásica, mis favoritos son Chopin y Bach, y me encantaría alguna sinfonía de Haydn para acompañar

el aburrimiento y la soledad, pero no, en este canal solo pasan ritmos tropicales que me resultan ajenos, muchas veces con letras ofensivas... No son letras... Con lo maravilloso que es el español no entiendo cómo pueden destruirlo así.

Estoy atado a esta silla y no puedo cambiar el canal. Extraño a Helga, aunque si ella estuviera aquí tampoco lo cambiaría porque no sabría ni dónde está el control. Es que ella era así. Iba poniendo las cosas en cualquier lugar y después nadie las podía encontrar, yo me quejaba a veces de eso, de su desorden, de esa manía de tirar todo a su paso. Ahora me arrepiento por tanto tiempo desperdiciado con mis pequeños descontentos. La extraño. Ella llegaba de la calle y en seguida se sacaba los zapatos, esos zapatos que parecían tener vida propia porque se los quitaba en la entrada, pero uno aparecía en el living y el otro en la habitación, yo solía encontrarlos al tropezarme con ellos.

Me quejaba, sí, debo reconocerlo, pero no como esos maridos de ahora, que tratan a sus esposas como si fueran sus sirvientas o como una más de sus propiedades; no, yo soy un hombre educado, correcto y además la amaba. La amo. La amo, aunque tirara todo, aunque su aliento de fumadora compulsiva muchas veces causara que todo a su alrededor hediera; la amo, aunque no se midiera con su lenguaje, aunque intentara provocarme con insultos o groserías, aunque se tomara hasta el agua de los floreros, como decía ella, orgullosa de su afición a tomar alcohol sin medida. Así fue siempre Helga y así la acepté yo. Igualmente traté de enseñarle con mi ejemplo que hay otras formas de comunicarse, de vivir, sin agresividad o improperios, sin burlas; pero no quiso aprender. Sus frases favoritas: “Yo soy así” y “el matrimonio es para aguantar”, eso solía decir en voz alta, mientras torcía sus ojos y manoteaba con exageración. Es que ella había sufrido mucho, alguien tan acostumbrado al maltrato, al dolor, a la pobreza; muchas veces no está dispuesto a aprender, no es porque no quieran sino porque no saben que hay otras formas de ser, de vivir, no se dan cuenta de que actúan mal.

Pobre Helga, mi amor, tampoco tuvo nunca amigos. Solo compinches que aparecían para el

disfrute, el vino y la fiesta. En los momentos duros solo estuve yo.

Siempre la amé. Pocas veces se lo dije, pero se lo demostré con creces. Ella lo sabía y me atormentaba a veces con su premonición fatídica: - Yo me voy a ir antes que vos, gringo viejo; piensa bien qué vas a hacer.

Yo sí tenía amigos, pero poco a poco me aleje de ellos, me cansé de sus miedos y prevenciones ante mi mujer. Me decían que Helga solo estaba conmigo por dinero, que para ella yo era solo un pobre viejo a quien estafar, que me era infiel. Que con cincuenta y tres años yo aún era joven, que me fuera, que la dejara; que me iba a pasar como en un tango, que ella iba a salir por los puchos y nunca iba a volver, que... ¡No me importa nada!, les dije a todos. ¿Qué voy a hacer? La amo, es mi esposa.

La defendí a muerte y me separé de todos los que la rechazaban.

En el año dos mil siete me enfermé, empecé a sentir que mi cuerpo se entumecía. Síndrome de Guillain-Barré fue el diagnóstico. Una autoinmune que además de negarme la posibilidad de ciertas sensaciones también me negó la de poderme mover. Quedé literalmente a merced de Helga y de su inmenso amor.

En ese mismo año tuvimos una pequeña discusión porque del banco me llamaron a confirmar que ella sacó todo el dinero de nuestra cuenta y la cerró. Espere su explicación y lo único que respondió fue: - Amar a un enfermo no es amor, es compasión. Dijo que hace tiempo ya se había llevado sus cosas y que ahí me dejaba prendido el televisor para que me distrajera mientras llegaba alguien a visitarme. Después se rió, dio un portazo y hasta el día de hoy, tres de julio de dos mil diez, no ha vuelto. Tampoco vino nadie más a verme, por eso estoy en esta silla donde Helga me dejó, ella no sabe que estoy muerto seguramente, quizás pensó que alguien de verdad vendría a visitarme, algún amigo, la señora de la limpieza... La verdad es que nadie vino, pero yo sigo esperando a mi amada Helga, debe estar arrepentida, seguro fue un arrebató, yo lo sé, en cuanto ella muera vendrá

aquí y entonces estaremos juntos y seremos felices eternamente, aunque no podamos apagar el televisor.

## LOS BARTLEBYS DE VILA-MATAS

Carolina Fonseca  
(venezolana)

"...pase lo que pase, lo correcto es marcharse.", es lo último que dice Vila-Matas antes de dar la espalda a la cámara y seguir su camino por una calle parisina que acusa ya las sombras del ocaso en el documental *Extraña forma de vida*. Y de eso podría tratar su libro *Bartleby y compañía*, publicado en el 2000: de una retahíla de personajes (escritores o artistas -reales e imaginarios, puesto que todo lo que pasa por la pluma de este autor se convierte en literatura-) que deciden "marcharse", dar la espalda, clausurar su expresión, silenciarse, y sus motivos para "preferir no hacerlo"; en la voz de Marcelo (uno de la misma condición), jorobado, lector empedernido, que reactiva su escritura para indagar en esa negación y sacar a la luz a los tantos aquejados del mismo "mal" que sufrió el Bartleby original: aquel enigmático escribiente creado por Melville que se fue replegando en sí mismo hasta morir. En eso consiste el libro, en el despliegue de Bartlebys de la literatura y en el intento fallido -como debe ser- de despejar el enigma; también en la especulación en torno a sus matices.

Con esta publicación Enrique Vila-Matas consolidó el interés de la crítica en su obra por tratarse de un libro singularísimo que radicaliza el desdibujamiento de los géneros y la frontera entre realidad y ficción (de hecho, hace de eso el objeto preciso de su literatura), para hablar a su vez de la Literatura -que en su caso es forma y fondo-, a través de su escritura fluida, cargada de humor fino y de un bagaje cultural importante que no intimida, sin embargo, al lector, en parte por su modo entretenido de contar, lo anecdótico y ocurrente de las situaciones de estos autores

paralizados y de las reflexiones de Marcelo, y en parte porque al entender el juego que nos propone el autor, dejamos de tomarlo en serio y nos disponemos a disfrutar sus estupendas ocurrencias sin preguntarnos si son reales o no, porque ¿acaso importa eso frente al arte, ese lugar en el que todo lo que entra se trastoca sin más sentido que el puro gusto o aquel que decidamos atribuirle?

*Bartleby y compañía* está poblado no sólo de personajes cautivadores cuya pulsión negativa se manifiesta en la imposibilidad de escribir la obra que -sentimos- les corresponde, sino también de ambigüedades. Entre ellas la del texto fantasma (cuyas notas a pie de página, y numeradas para crear la ilusión de una secuencia y de su referente invisible, se supone estamos leyendo) que nos lleva a perder algunos minutos de sueño preguntándonos a qué texto se refiere Marcelo, un texto que no existe y que por no existir precisamente nos abrumba; un texto que bien puede ser -una especulación más entre las muchas que nos quiere provocar el autor- la historia que Marcelo no escribe y que evita escribiendo sobre aquellos otros que tampoco escriben y en los que se busca. También el contrapeso oscilante entre la ligereza que puede sentirse a ratos en la desafortada ocurrente picardía que interviene y elabora, y la profundidad que está pensando la literatura (su sentido, elaborados mecanismos, sus fronteras y límites, la impostura...).

Ahora bien, hay muchos modos de marcharse... Y las razones sobran, nos acechan, pueden saltar sobre nosotros como el tigre-símbolo de Marcelo, el tigre que buscó Borges en vano al poetizarlo (Vila-Matas 134) porque las palabras no son lo que Es, y esa imposibilidad -no digamos que de expresar la esencia, sino de "asir"-; tomar conciencia de esa imposibilidad, reducir a la palabra a su papel de humilde mediadora y medirla desde ahí con la presencia total de la vida misma -que solo puede ser experimentada-, es peligroso para el que escribe, como lo es, en mayor grado, deambular en torno a la legión de escritores que deciden dar la vuelta y marcharse de su escritura;

pues el abismo es atrayente y la vida, después de todo, está ocurriendo más allá, del otro lado, y sin embargo... este Bartleby, que es Marcelo, prefiere el peligro que puede implicar sentir "desconfianza en las palabras" (Vila-Matas 134) y seguir buscando, pescando, acechando a los escritores del no que le susurran al oído sus mil razones, inocentes de que son ellos -y esa búsqueda con la que juega a llenar sus días de encierro tomando notas que va numerando incansable, eufórico-, el medio de conjurar la propia parálisis y darle un sentido a su incapacidad en el lado de la vida misma;

Nunca [tuvo] suerte con las mujeres, [soporta] con resignación una penosa joroba, todos [sus] familiares más cercanos han muerto, [es] un pobre solitario que trabaja en una oficina pavorosa. (Vila-Matas 11)

Pero es feliz porque escribe, aunque lo haga sobre imposibilidades -que es sobre lo que se escribe, en verdad- (la del amor, en su primera y única "novelita", y la de la escritura, en el diario de notas marginales que leemos). (Vila-Matas 11)

Marcelo, enfermo de literatura como aquel otro personaje del universo de Vila-Matas que solo habla a través de ella y de los escritores -suspendido en un mundo ficticio y enajenado quijotesca de la vida misma-, en la nota 59 del libro elabora lo anterior, es decir, el temor que le produce alternar tan de cerca con los Bartlebys no vaya a reproducirse en él la crisis sobre la que está escribiendo, y lo hace borgeanamente (Borges gustaba de tigres, de repeticiones y de simetrías):

Hoy, 3 de agosto del 99, exactamente cuarenta años después de que Borges escribiera ese poema, pienso en el otro tigre, ese que también yo busco a veces en vano, ... una forma de conjurar el peligro, ese peligro sin el que, por otra parte, nada serían estas notas. (Vila-Matas 135)

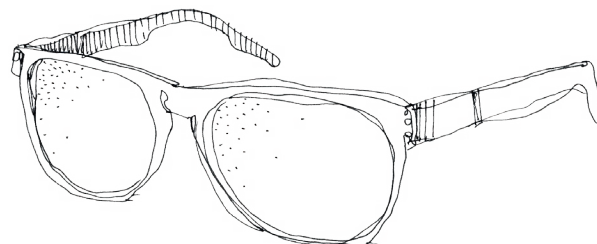
Enrique Vila-Matas, enfermo y feliz como Marcelo, escribe desde un lugar propio; con respecto a escritores de generaciones anteriores su

literatura se desprende de España y su circunstancia (ya más llevadera, menos asfixiante que en los años de dictadura, más abierta al mundo) para abordar la Literatura; esa posibilidad infinita de representaciones en la que este autor, osado, lúdico y ambicioso, ha logrado erigir su universo particular sin clausurar su contacto con el mundo.

---

### Bibliografía

- Conte, Rafael y otros. "Los mundos particulares de Enrique Vila-Matas y Miguel Sánchez-Ostiz". *Historia y crítica de la literatura española. Coord. Francisco Rico. Vol. 9/1. Los nuevos nombres (1975-2000)*. Coord. Jordi Gracia. Barcelona: Crítica, 2000. 378-391.
- Rodríguez Fischer, Ana. "Shandys, Bartlebys y Montanos: Las novelas (peligrosas) de Enrique Vila-Matas". *Cuadernos Hispanoamericanos. Vol. 635*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2003.
- Vila-Matas, Enrique. *Bartleby y compañía*. Editorial Anagrama: Barcelona, 2005. Impreso.
- Vila-Matas, Enrique. *Extraña forma de vida. Retrato literario (Enrique Vila-Matas)*. Dir. Emilio Manzano. *Imprescindibles. RTVE.es*. 24 junio 2016. Web. 20 ene. 2018 <http://www.rtve.es/alacarta/videos/imprescindibles/imprescindibles-extraña-forma-vida-retrato-literario-enrique-vila-matas/3645074/>
- Vila-Matas, Enrique. *El mal de Montano*. Editorial Anagrama: Barcelona, 2003. Impreso.
- Vila-Matas, Enrique. "Un tapiz que se dispara en múltiples direcciones". Una vida absolutamente maravillosa. Barcelona: Debolsillo, 2011. 128-146.
- 





## Conversatorio con escritoras



De izquierda a derecha, las escritoras Carolina Fonseca, María Laura De Piano y Nicolle Alzamora Candanedo, ganadoras del Premio Diplomado en Creación Literaria de la UTP.

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), a través de la Editorial Tecnológica, realizó el 12 de octubre, un conversatorio, entre escritores que han ganado premios literarios y han sido publicados por la UTP.

Las escritoras participantes de este conversatorio denominado: “Letras femeninas del Premio Diplomado en Creación Literaria –UTP”, fueron María Laura De Piano, Carolina Fonseca, y Nicolle Alzamora Candanedo.

Nicole Alzamora Candanedo, relató que el Diplomado es un avance para los escritores, porque obliga a leer y adoptar una disciplina que de otra manera es muy difícil encontrar; también les enseña a aceptar las críticas y hacer más honestos con lo que escriben, lo cual es muy necesario para la formación del escritor a la hora de competir.

El escritor Enrique Jaramillo Levi, moderador del Conversatorio indicó que la finalidad de esta actividad, es seguir en contacto con escritores que han empezado a tener cierto renombre en el ámbito nacional, pero que tienen la característica, en primer lugar, de ser egresados del Diplomado en Creación Literaria que ya tiene quince años.

## UTP presenta obras literarias en el Instituto Técnico Don Bosco

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), a través de la Editorial Universitaria, hizo la presentación de la obra “La Mantis Malabarista y su Mundo Malabarilloso”, ganadora del Premio Nacional de Literatura Infantil UTP, Hersilia Ramos de Argote 2015, en el Instituto Técnico Don Bosco.

La presentación estuvo a cargo de la escritora Lil María Herrera, autora del libro, y del poeta Héctor Collado, Coordinador de Difusión Cultural de la UTP.

“La Mantis Malabarista y su Mundo Malabarilloso”, a través de sus ocho cuentos busca crear consciencia sobre el tema del medio ambiente y el cambio climático, pero visto y vivido desde la perspectiva de los insectos como la Mantis, la Mosca, la Cucaracha, entre otros.

En esta presentación también los chicos tuvieron la oportunidad de conocer el libro de poemas: "En el Jardín", del escritor y poeta panameño, Bladimir Víquez, quien utiliza los insectos o bichos como personajes principales de la obra, al igual que Lil María Herrera.

El Director del Instituto Técnico Don Bosco, Alex Figueroa, expresó su complacencia por la visita de la UTP, cuyo objetivo fue de transmitir y compartir conocimiento y crear espacios de convivencia con autores de obras literarias como: Lil María Herrera y el poeta Héctor Collado, despertando en los jóvenes, la curiosidad por descubrir sus talentos por el arte, cultura y la literatura.

## Elpidio González Aguilar, gana Premio José María Sánchez 2017



De izquierda a derecha, Ing. Rubén Espitia, Vicerrector Académico, hasta 2017; Elpidio González Aguilar, ganador del Premio "José María Sánchez" 2017; Lic. Diego Quijano, de la empresa SUCASA, patrocinador del certamen.

Elpidio González Aguilar, con la obra "**Breve manual de urbanidad y etiqueta**", es el ganador del Premio Nacional de Cuento José María Sánchez 2017, que organiza la Coordinación de Cultura de la **Universidad Tecnológica de Panamá (UTP)**.

El jurado integrado por Mónica Miguel, Yolanda Hackshaw y Jaspe Lescure, le otorgó este reconocimiento a la obra, "por ser un libro de corte social, que muestra una actitud iconoclasta ante las reglas, y en su contenido juzga a una sociedad deshumanizada que practica la maldad por deporte, fiel reflejo de nuestros días. Es una obra intensa donde se funden la jerga de la calle con destellos poéticos, los sueños con la realidad, para dejarnos ver nuestras propias debilidades como sociedad".

Igualmente, el jurado otorgó Mención Honorífica al trabajo "Misteriosa Panamá", de la escritora María Laura De Piano, "por expresarse en prosa limpia y clara; su manejo de recursos literarios y por su unidad temática. El cuentario amalgama misterio, fantasía y realidad".

El Premio José María Sánchez lo convoca cada año la UTP, con el auspicio de la empresa SUCASA, para celebrar al escritor bocatoreño, autor de Shumio ara y cuentos de Bocas del Toro.

## Edilsa Evelyn Lozano Pinzón, gana Premio "Hersilia Ramos de Argote" de la UTP



De izquierda a derecha, Ing. Rubén Espitia, Vicerrector Académico, hasta 2017; Edilsa Evelyn Lozano Pinzón, Ganadora del Premio "Hersilia Ramos de Argote" de literatura infantil y juvenil; Lic. Diego Quijano, de la empresa SUCASA, patrocinador del certamen.

El libro **El cantor de las aves y otras voces** del cielo, la tierra y el mar, de la autora Edilsa Evelyn Lozano Pinzón, es el ganador del Premio Nacional de Literatura Hersilia Ramos de Argote 2017, que organiza la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP).

Según se desprende del fallo, el jurado consideró a esta obra la ganadora, porque “presenta una estructura completa como libro, con un hilo conductor bien llevado, que propone una sensibilidad desde el punto de vista infantil de la naturaleza, pero sin que éste limite la estructura individual de cada cuento”.

La ganadora, Edilsa Evelyn Lozano Pinzón, quien tenía el seudónimo Eulalia, es egresada del Diplomado en Creación Literaria 2015, y ha publicado “Las Escamas del Dragón”.

El Jurado, que estuvo compuesto por Lucy Chau, Juan Gómez y Anayansi Barrantes, mencionó, de manera especial, el libro Ana y los ladrones de gatos, del escritor y periodista Leadimiro González, cuya estructura e historias tiene gran potencial.

El Premio Nacional de Literatura Hersilia Ramos de Argote se convoca cada año, con el auspicio de la empresa SUCASA, para celebrar la vida y la obra de la excelsa maestra y escritora aguadulceña.

### La UTP promueve nuevo conversatorio entre escritores

Con el propósito de profundizar en el arte de la literatura y propiciar la participación de los estudiantes, la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), organizó un segundo conversatorio con escritores panameños que han ganado premios literarios, en los últimos años.

Tres autores expusieron sus obras: Basilio Dobras, novelista y cuentista y ganador del Premio Rogelio Sinán y Ricardo Miró; Eduardo Jaspe Lescure, Premio Rogelio Sinán y José María Sánchez; Gonzalo Menéndez González, quien también es ganador de ambos concursos.

Los Premios de la UTP se crearon en 1996, a través de la Editorial Tecnológica, se publican las obras que resulten ganadoras en el certamen.

El moderador fue el profesor Enrique Jaramillo Levi, quien destacó que el Premio Rogelio Sinán, es internacional y lo administra la UTP. Todos los años cambia el género literario y es abierto a toda Centroamérica.



De izquierda a derecha, los escritores Eduardo Jaspe Lescure, Basilio Dobras y Gonzalo Menéndez González, ganadores del Premio "José María Sánchez", en un conversatorio moderado por el escritor Enrique Jaramillo Levi.

---

## Cuatro nuevos cuentistas



De izquierda a derecha, los escritores Melissa Melinna Sánchez Salazar, Julio Aris Batista, Gerardo Bosquez Iglesias y Aileen B. Brown Solís que integran el libro colectivo "Esto, aquello y lo otro y lo de más allá".